

J. AMADOR

POESIAS



DRPS  
FA  
461





J. AMADOR

—  
POESIAS



Ex Libris



Russell Perry Sebold III



FL DRPS FA/0469

0500763381

Biblioteca de  
RUSSELL P. SEBOLD



OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

---

POESÍAS



# POESÍAS

DE

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

INDIVIDUO QUE FUÉ DE NÚMERO  
DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,  
ETC., ETC.

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DE

DON JUAN VALERA

Individuo de número de la Real Academia Española

---

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ

25 — CALLE DEL PRÍNCIPE — 25

1880



---

Es propiedad de la *Vinda é Hijos*  
*del Autor.*

Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

## PRÓLOGO

---

En los pasados siglos, era moda en Europa anunciar como próxima la fin del mundo. Ahora, más cauta la gente, anuncia la fin de otras cosas, pero con tal arte y dando tan vago concepto de aquello cuya fin anuncia, que, aunque viva lo que da ya por muerto, no pasa el profeta por ignorante ó mentiroso. Así, por ejemplo, el anuncio de la muerte de la poesía ó la afirmacion de que está muerta ya. En balde protestarán contra la muerte de la poesía un enjambre de poetas y una multitud de tomos de versos, que en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Rusia, en el mundo todo, abundan hoy como nunca. Con decir el profeta ó afirmador de que la poesía murió, que esos volúmenes que hoy se publican no son de poesía verdadera y espontánea, sino de artificial, erudita y falsa poesía, ya responde al argumento y persevera en su opinion.

De aquí que ande hoy tan valida la division de la poesía, en espontánea y reflexiva, inspirada y erudita, popular y no popular. Pero en esto hay incertidumbre tam-



bien, y cada cual tilda de espontánea y popular la poesía que le agrada, y de erudita y artificial la que no le agrada. Verdad es que, por lo comun, el vulgo de los críticos se inclina á calificar de poesía espontánea é inspirada la de aquellos hombres que han estudiado poco ó que nada han estudiado, y á considerar como poesía artificial y criada en invernáculo la de aquellos hombres que han tenido buenos estudios. Leopardi, Goethe, Carducci y otros, á quienes nadie puede negar el título de grandes poetas y de grandes eruditos á la vez, son excepciones monstruosas que no deben tenerse en cuenta.

Nótese bien cómo, en todas partes y singularmente en España, es mil veces más difícil lograr fama de poeta al que la tiene ya de persona estudiosa, que á aquel que no la tiene.

De aquí, sin duda, la desventaja de D. José Amador de los Rios para ser celebrado como poeta, y la dificultad del prologuista para hacer creer al público, como él cree, que era poeta D. José Amador de los Rios.

Para mí es evidente que, de cada diez lectores de este prólogo, uno, á lo más, dejará que le convenzan, sin resistir mucho, de que pudo ser poeta el autor de la *Historia crítica de la literatura española*, de la *Historia de los judíos*, y de tantas otras obras de erudicion, que presuponen largos estudios, suma diligencia, asídúo trabajo y mil prendas y esfuerzos, que no sé por qué no se creen compatibles con la condicion de poeta.

Figurémonos, por el contrario, que este mismo tomo de Poesías tuviese por autor á una persona enteramente

desconocida como literato. Aseguro que, si mi corta habilidad no me faltase por completo, haría yo creer fácilmente, que sacaba de las tinieblas del olvido á la viva luz de la gloria, á un pasmoso vate, épico, lírico, elegiaco y todo á la vez.

No debo, con todo, apelar á la estratagema de ocultar el nombre famoso, como erudito y crítico, del autor de estas Poesías. Tanto el autor, como el prologuista, tenemos que luchar con la desventaja que el nombre dá al autor para ser tenido por poeta. Lo único que es lícito es prescindir de su saber y de su fama como sábio, y hablar aquí de sus Poesías, como si se hablase de las poesías de otro que sólo por ellas aspirase á ocupar un lugar más ó ménos elevado en el templo de la inmortalidad.

Examinemos, pues, las Poesías, sin la menor preocupacion, ni adversa ni favorable. Y digo ni favorable, porque yo, si he de hablar con franqueza, me dejo llevar de una opinion contraria á la que creo que prevalece: y cuando sé de alguién que, siendo buen humanista y buen crítico, y conociendo los clásicos griegos y latinos y los de su propio idioma y patria, tiene la aficion de hacer versos y los hace, ya, ántes de leerlos, doy por cierto que, si no son de mérito superior, no pueden ser, ni malos, ni desatinados, ni de gusto abominable, ni faltos de sentido y de juicio: que algunas calidades habrá en los versos por donde merezcan alabanza, porque, si no, la misma crítica del autor, cuando no hubiera servido para impedir que los hiciese, hubiera servido para moverle á que los quemase ó rasgase al cabo.



Lo que no dá la erudicion, pero lo que no dá la ignorancia tampoco, ántes suele echarlo á perder, si álguien lo tiene, es aquella divina locura, aquel atinado delirio, aquel sacrosanto furor, que hace del poeta un sér singular, y que presta á sus obras, si no á todas, á las mejores al ménos, raró hechizo y perenne atractivo para las almas delicadas, capaces de comprender lo bello y lo bueno, y que, al leer tales poesías, ven con forma sensible, perfecta y clara, merced al arte de la palabra rítmica, lo más hondo, lo más puro y lo que hasta entónces han tenido por más inefable y arcano en sentimientos y en ideas.

Á este grado eminente del sér de poeta, no llegan muchos, y, á mi ver, no hay crítico que tenga autoridad para decir que éste ó aquél llega, como no le acompañen otros en dar el fallo, y al fallo se una la aclamacion entusiasta de la muchedumbre. Pero el crítico puede y debe decir muchísimo en elogio de las poesías estimables y buenas que le incumbe juzgar, sin tocar punto tan árduo y peligroso como el de declarar *génio* á su criticado, especie de canonizacion ó de apoteosis, que rara vez es valedera cuando se hace en vida ó poco despues de la muerte del autor. De cada cien apoteosis ó canonizaciones de estas, la posteridad acaso confirme una.

Abstengámonos, pues, de tanta empresa, y limitémonos á más modesto papel.

Por varias razones desempeño yo gustoso el de prologuista de este volúmen. Su autor era amigo mio de hacía muchos años, y era además todo lo que puede imaginarse

de más paisano: como que era de Baena, villa que está á tres leguas de Cabra, que es donde yo nací, y á una de Doña Mencía, donde tengo mi cortísima hacienda. Aquellos lugares son fecundos en hombres que vienen luégo á figurar en Madrid como literatos y como poetas; pero, sin duda por estar ya muy acostumbrados á estas glorias, no les dan importancia. Menendez Pelayo, por ejemplo, es de Santander, y toda Santander se complace, con inequívocas y frecuentes manifestaciones, de tener hijo tan ilustre. Jamás, que sepamos, hizo nada Baena por el antecesor de Menendez Pelayo en la cátedra de Literatura española de la Universidad Central. De Baena es tambien el notable humanista Camús. De Lucena, á una legua de Cabra, es Canalejas. En Zuheros, un cuarto de legua de Doña Mencía, si no han nacido, tienen casa y bienes los discretos y eruditos hermanos Aureliano y Luis Fernandez-Guerra. En fin, sería cuento de nunca acabar el ir enumerando aquí los hijos preclaros en letras que tuvo y tiene la provincia de Córdoba, desde Lucano, Séneca, Céspedes y Góngora, hasta el Duque de Rivas, Grilo, Reina y Alcalde Valladares. La provincia, como tan fecunda en producirlos, no se toma el trabajo de ensalzarlos, y deja que el resto de España, ó á veces el mundo entero, los ensalce.

Algo perjudican á la reputacion y nombradía, en la provincia, de la gente de letras allí nacida, la nombradía y gloria que alcanzan sus hombres de armas tomar, famosos todos, desde aquel que se llama por excelencia el Gran Capitan, y conquista reinos, hasta aquellos otros, de con-



dición más aviesa y de fama poco menor, como el Chato de Benamejí y el Cojo de Encinas-Reales, sobre cuya patria jamás habrá disputa, como sobre la de Homero ó sobre la de Cervantes, ya que por el mismo nombre de la patria son conocidos.

Otra buena condición de que carecen los cordobeses letrados ó que por las letras tienen capacidad y sino de encumbrarse, aunque no tengan muchas letras, es aquel espíritu de compadrazgo y de mútuo auxilio, tan subido de punto y tan eficaz entre los astures, por donde ha habido tantos y tantos que han ocupado en España los primeros puestos. En mi provincia, cada cual mira por sí, sin auxilio de nadie, de modo que los encumbramientos son milagrosos. De aquí, sin duda, que aquella frase pintoresca de *saber buscársela* se inventase en mi provincia para designar una de las mayores habilidades, una verdadera ciencia infusa, una inspiración, un estro, cuando no más sublime, más útil que el poético, y del cual pudiéramos citar, si no temiésemos ofender su modestia, larga lista de cordobeses abundantemente dotados.

Pero dejémonos ya de divagaciones, y vamos á las Poesías de D. José Amador de los Ríos.

Las aquí coleccionadas forman un tomo de 300 páginas, que será el primero de una larga serie de ellos, pues la familia del autor se propone publicar sus obras en edición completa, si el público se muestra medianamente propicio.

Un buen modo que los baeneros tendrían de desmentir mis asertos, sería suscribiéndose á estas obras completas

siquiera por trescientos ejemplares, lo cual no es mucho, si se atiende á la riqueza, población é importancia de la villa de Baena; pero sigamos adelante, y dejemos á los baeneros que hagan lo que gusten, arrebatados de la propia iniciativa, aunque justo y conveniente es recomendar á los editores, que, ya que este tomo va á salir tan en sazón, envíen á Baena, al ménos los trescientos ejemplares que hemos dicho, en los primeros días de Octubre, que es allí la feria; feria de las más alegres, lujosas y regocijadas, y donde circula más dinero en ventas, juego y diversiones, de toda Andalucía.

En el tomo hay versos de todas clases: líricos y épicos ó narrativos. Comunes son á todos ellos la corrección, lo castizo del lenguaje, la dicción poética adecuada á cada género, la maestría en versificar y la abundancia de imágenes. Hablemos separadamente de los versos líricos primero, y de los épicos despues.

Otra dificultad, no menor que la de su saber, tenía Amador de los Ríos para hacerse popular en España como poeta: la templanza de sus opiniones ó doctrinas políticas, y hasta la prudente circunspección con que trataba las cosas de fé ó dejaba entrever sus principios religiosos. No halagaba ni las pasiones del vulgo revolucionario, ni las del vulgo reaccionario. Los partidos extremos, que son los que en España hacen propaganda, no se movían en su favor. Por el contrario, ya los absolutistas y clericales le tildaban de libre-pensador y hasta de impío; ya los radicales, progresistas y republicanos, le censuraban de servil y de adulator de las potestades terrenas; de



príncipes y de reyes. Ni unos ni otros tenían razón; pero Amador de los Rios, con su *justo medio*, no lograba otra cosa, y era harto sincero para adoptar un tono exagerado á fin de conquistar el aura popular y el aplauso de alguno de los partidos entusiastas.

Como todo poeta, ó mejor diremos como todo hombre, cuando no hace vida pública activa, imponiéndose un papel marcado, Amador de los Rios se inclinaba un poco, ya de un lado, ya de otro, según las circunstancias; pero siempre prevalecieron en él los sentimientos monárquicos y católicos sobre los otros sentimientos. Téngase en cuenta, no obstante, que en España han estado y están todavía tan arraigados en las almas la monarquía y el catolicismo, que, por atracción invencible, hasta los hombres más liberales en prosa, se van del seguro en verso, y son capaces de defender la inquisición y de condenar el libre pensamiento y la serena investigación de la verdad, infamándola con los dicitos de *delirio insano* y *osada impiedad*, digna de que Dios la castigue duramente. Así Espronceda, en sus versos *Á Jarifa*. Amador de los Rios, por fortuna, no va nunca tan lejos; pero el amor de la patria tal vez le hace incurrir en demasías, aunque disculpables. Por ejemplo, en su *Inspiración en el Escorial*, entusiasmado por nuestras antiguas glorias de los tiempos de Carlos V y Felipe II, y por las recientes aunque algo inferiores, que ganó D. Ramon Narvaez en 1848, venciendo á seiscientos ó setecientos hombres, que se sublevaron, y exportando doble ó triple número para que no se le sublevaran más, Amador de los Rios se pone á vaticinar,

por los excesos de la revolución y de la demagogia, nada ménos que la ruina de imperios y de civilizaciones, tan fuertes y grandes como los de la Gran Bretaña, Francia, Alemania é Italia, mientras que España, sostenida por el catolicismo y por D. Ramon Narvaez, levantará su estandarte en el Pirineo y vencerá al nuevo Atila.

El vaticinio de Amador de los Rios no lleva trazas de realizarse. Francia é Inglaterra siguen ricas y poderosas, á pesar de sus impiedades y revoluciones; Alemania é Italia se han hecho dos grandes Estados, merced en parte á esas impiedades; y España, á pesar de su piedad y de sus Narvaez novísimos, no es cosa mayor lo que florece, aunque mejor está que estaba cuando éramos más pios.

Esta falta de tino profético no nos perjudica, porque al fin nosotros no sostenemos que Amador de los Rios fuese buen profeta, sino que fuese buen poeta, y para esto, incluso la misma *Inspiración en el Escorial*, todo sale en nuestro abono.

Los versos *Á la creación del Teatro Español*, en elogio del Conde de San Luis, son ingeniosos y discretos, y dignos del acontecimiento, tan fausto para los autores dramáticos, que en dichos versos se celebra. Dichos versos, además, son un laudable esfuerzo, en verdad premiado por el éxito, para emplear el estilo, el lenguaje, los giros y hasta el modo de presentar las imágenes, que se usaban en el siglo xv, en un asunto tan de actualidad y tan del siglo xix.

Casi todas las composiciones líricas de Amador de los Rios son *de ocasión*, lo cual ya prueba mucho en su favor;



ya prueba que no quería ser poeta de oficio, ni se ponía á componer versos á destajo: vicio insufrible en la lírica, para la cual importa que haya siempre un móvil externo que interese mucho al poeta y que agite su alma, excitando en ella entusiasmo, dolor ó alguna otra pasión vehementemente y elevada.

De esta clase es la epístola á D. Francisco Rodríguez Zapata, *En la muerte de D. Alberto Lista*, una de las más bellas composiciones del tomo, donde hay verdaderos sentimientos de amor y de admiración por el ilustre maestro de la gran escuela sevillana, á la que Amador también, así como Zapata, Tassara, Campillo y otros poetas de no vulgar mérito, han pertenecido y pertenecen. Cuanto se dice allí en elogio de Lista, y para expresar el dolor de haberle perdido, es sincero y está felizmente expresado.

En versos inspirados por las mujeres, aunque la vida recogida y adusta del laborioso escritor se prestaba poco á esto, hay á menudo ternura y más delicadeza y gracia que en versos de galanteadores profesos. Véase en prueba de ello los que llevan el misterioso título *A E...*, donde hay, entre otras, estas lindas estrofas:

No quieras,— pues que á mis ojos  
eres el ángel que guarda  
mi ventura,—  
sembrar de nuevos abrojos  
el pecho, y que estéril arda  
mi locura.

Al dulce ruego tu mano  
cubra mi abrasada frente  
piadosa;  
y cual lluvia de verano  
apaga la llama ardiente  
que me acosa.

Como de pura fontana  
raudal brota cristalino  
de ambrosía,  
ó como en fresca mañana  
el alba néctar divino  
nos envía

de tus labios brote y mane  
bálsamo de nueva vida  
para mí.  
Brote y providente sane  
la aguda, enconada herida  
que sentí.

Hay asimismo una composición, de la primera mocedad del poeta, siendo sin duda estudiante en Sevilla, donde celebra á Baena, su patria, y á las lindas muchachas de Baena, sus paisanas. Esta composición es muy bonita y candorosa, y para los que somos de por allí tiene más hechizo, pues al leerla se nos figura ver á Baena y su enriscado castillo, en mitad de la fértil campiña que los rodea, cubierta de rubias mieses, de huertas, olivares, viñas, sotos y alamedas, que crecen al borde los



arroyos, dorado todo por un sol espléndido, digno de entre trópicos:

Villa fuerte y fronteriza,  
fué espanto y terror del moro;  
y su vega fertiliza  
un río, que se desliza  
por entre arenas de oro.

Denegridos torreones  
cual marcial corona ostenta;  
como otros tantos pregones  
con que á las generaciones  
sus timbres de gloria cuenta.

No deja el autor de enumerar entre estas glorias la de haber estado hospedado en aquel castillo, nada ménos que el último rey moro de Granada Boabdélí, hecho prisionero por los de Baena, y guerreros de otros pueblos cercanos, que seguían al Alcaide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba y á su noble tío el Conde de Cabra.

En cuanto al elogio de las baeneras, nos parece entusiasta, pero ni por asomo excesivo, ni discrepando un ápice de la verdad:

Sus lábios de grana son  
como encendido capullo,  
y es su acento una canción  
que conmueve el corazón  
con su armonioso murmullo.

Lo cual es exacto, pues dicho acento es lo que llaman

por allá el *tonillo* de la tierra, que, cuál más, cuál ménos, todas le tienen, así como tienen también un gracioso é inimitable *ronquido*, que exhalan al hablar, de vez en cuando, como la gente de Jaen. Para dar idea de este *ronquido* no bastan descripciones, y se requiere la voz viva. Dice además el poeta que las muchachas de Baena tienen vinculada la sal andaluza, en lo cual se opone, con aplauso mío, á algunos malagueños y á otros burladores desaboridos de Sevilla y de los puertos, que siempre están jactándose de que ellos se quedaron con toda la sal de María Santísima, y propalando que Córdoba y Jaen son la Galicia de Andalucía, como si la cara de Dios, que la tenemos nosotros, no nos favoreciese tanto como á ellos su bendita Madre.

Las *Epístolas*, según el antiguo y acendrado gusto clásico sevillano, están llenas de interés y contienen trozos muy bellos. Á más de la elegiaca por la muerte de Lista, hay otra no inferior, dirigida igualmente á Zapata, último resto de la escuela de Sevilla, que sigue rindiendo culto á las Musas, sin abandonar las orillas del Bétis.

Allí, como le dice Amador, enamorado también de las glorias y de la viva poesía de la hermosa capital andaluza,

diráte cada torre una conseja,  
hallarás un amor en cada fuente  
y una hazaña de honor en cada reja.

Dos *epístolas*, en tercetos ambas, dirigidas al Sr. D. Jacobo María de Parga, tienen grande atractivo, y la se-



gunda, sobre todo, extraordinario brio poético. Si no fuera por lo que hemos afirmado de que el crítico no debe dar patentes de *génio* ni hacer apoteosis, nos atreveríamos á sostener que en esta *epístola*, donde se describe la desolacion y ruina de Salamanca y de su gloriosa escuela, se advierte claro y fehaciente el sello de las composiciones inmortales, que han de aplaudirse y leerse siempre con profunda emocion, miéntras dure y se entienda la lengua en que fueron escritas: verdad es que á ello concurren el entusiasmo del poeta, el del arqueólogo artista y el del literato, reunidos los tres en uno.

Es, por último, muy bella como poesía descriptiva, si bien con algunos lunares de exageracion, si la exageracion puede ponerlos en la poesía, y sobre todo en la poesía de un andaluz, la epístola *Á D. Juan Federico Muntadas*, pintando y encomiando la hermosura de su despues tan celebrado *Monasterio de Piedra*.

En las *Odas*, propias ú originales, hay toda la majestad y elegancia de un gran maestro en el habla y versificacion castellanas, y en algunas, verdadero y candoroso entusiasmo, sin afectacion ampulosa. La titulada *Victorias de África*, sería, por todos estos conceptos, la mejor, si no se le adelantase la que el autor compuso *Á la inauguracion de la estatua que al Maestro Fray Luis de Leon consagra el amor nacional en Salamanca*, donde la misma estatua habla por milagro, y habla, en nuestro sentir, como el propio Fray Luis hubiera hablado, alta, castiza y poéticamente, enumerando y describiendo con sencillez y grandeza todos sus trabajos literarios y títulos de glo-

ria. La *oda* nos parece tan bella, que casi, casi nos inclinamos á creer que su escasa popularidad proviene de que para el vulgo la lengua poética ha muerto y la alta inspiracion no suena ya, engolosinado como está con estos cantares, mixtos de alemaniscos y andaluces, que se usan ahora; donde la forma, con el prurito de aparecer sencilla, es de mala prosa; donde la poesía se dá como en pildorillas homeopáticas; y donde el pensamiento, si le hay, en los mejores que así escriben, es malsano, enfermizo, extravagante, y huele á cementerio.

Entre los *Sonetos*, que pasan de treinta, apenas hay uno que no esté motivado ú ocasionado. Esto se conoce á leguas de distancia. No hay allí *soneto* que no sea legítimo, esto es, que no haya nacido de pasion bastante á justificar el abrazo de la Musa, y no de liviano capricho, como nacen los versos de los versificadores de oficio, y como nacen los hijos espúreos. Claro está que esto va contra los que se imponen la tarea de hacer un tomo de poesías líricas, y le hacen, como quien hace un par de calcetines. Pero no murmuremos. ¿Quién sabe si los que tal tarea se imponen tendrán en el bolsillo la inspiracion, como la que hace los calcetines tiene ovillo, daga y agujas en el regazo?

Entre los *sonetos*, hay siete ú ocho de Amador excitando á Carolina Coronado á volver á escribir versos, y otros tantos de Carolina excusándose por su ignorancia, y sosteniendo, no obstante, que la ignorancia es un bien y la ciencia un mal, porque nos roba la fé y la inspiracion buena. Tanto los *sonetos* de Amador, como los de su opo-



sitora, siguen siempre los mismos consonantes del primero y quinto de Amador: todos ménos dos, son, pues, de piés forzados; y, si bien en poesías serias no es justo celebrar estas habilidades pueriles, no se ha de negar que la dificultad parece en casi todos vencida sin la menor violencia. Los *sonetos*, además, se prestarian á un curioso comentario, por las doctrinas y sentimientos encontrados que de una y otra parte se encarecen en ellos.

Entre las poesías líricas, merecen, por último, elogio varias traducciones de salmos, hechas con enérgica concision. Lo que no podemos tolerar es la manía de hebraísta que mueve al Sr. Amador, contra la índole de nuestro idioma, de su fonética y de su ortografía, á llamar al Dios de Moisés, en vez de Jehováh, que es como ya le conocíamos, con el extraño y bárbaro título de Ihowáh, que como no nos enseñen á pronunciarle, no pronunciaremos nunca. ¿Quién sabe cómo Moisés y Aaron pronunciarían el nombre de Jehováh, hace más de tres mil años? Lo mejor es, pues, que nosotros convengamos en llamarle Jehováh, cuando hablemos en español. Así, pues, propongo, para una futura edicion de las Poesías de Amador, que se borre el Ihowáh, donde quiera que se halle, y que se ponga Jehovah, como ántes se decía.

La parte épica ó narrativa de esta coleccion de versos consta de varios *Romances*, históricos casi todos, como los del Duque de Rivas, y algunos nos atrevemos á sostener que en nada inferiores á los del Duque, así por la gala y naturalidad del estilo, como por las descripciones de armas, sitios, trajes y costumbres. El fundamento

histórico ó tradicional de estos *romances*, está bien escogido, y la narracion dispuesta con ingenioso arte y buena gracia, á fin de prestarles interés de novela. Los que tratan del Rey don Pedro son excelentes.

El Rey don Pedro es siempre la glorificacion del tirano, valiente y nivelador, que entusiasma al pueblo, y cuyas atrocidades pasan por sapientísimos actos de justicia, ó por hazañas, dignas de aplauso, aunque no sea más sino porque las víctimas de las tales atrocidades no valian moralmente más que el verdugo. El Sr. Amador de los Rios no acierta á dejarse llevar del torrente de la opinion popular y á encomiar á don Pedro, sin restricciones, como hace Zorrilla, ni emplea tampoco la ironía ni aquel asomo de *humor* que Heine suele emplear en su *Romancero*. De aquí cierta inferioridad en Amador, por donde el hombre razonable y juicioso gana á expensas del poeta; pero, á pesar de esto, son amenísimas sus tres ó cuatro historias de don Pedro contadas en romances.

Sin duda que este modo de poesía épico-popular es tan propio de España, que tiene que durar, aunque ha acabado la gran poesía épica; mas para que dure y guste en adelante, no bastará la narracion, por más interés dramático y novelesco que en los pormenores se le preste, del acontecimiento histórico descarnado; el poeta deberá añadir algo, ó ya conservado por tradicion, ó ya tan diestramente fantaseado que parezca tradicional.

Tambien el Sr. Amador se ensayó en el género épico-religioso, escribiendo unas elegantes y bien sentidas octavas, donde refiere la pérdida de Jesús, niño aún, y cómo



la Virgen y su casto esposo San José le hallaron en el templo, discutiendo con los doctores.

En *romances moriscos*, que tienen más de líricos que de narrativos, se ha ejercitado además nuestro poeta. Los tres, que van publicados en el tomo, se leen con verdadero deleite.

En todas estas obras hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta, si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diría que los olvida, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiración propia. Apenas se advierte en sus *Poesías* la imitación de otros autores, tan frecuente en los poetas no eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leído poco se apasiona de lo poco que ha leído y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó, si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leído mucho, como le sucedía á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilación en elegir modelos, por desecharlos todos, y por buscar en el fondo de su alma lo que ántes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces hace que el erudito huya de repetirlo, mientras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oído, cree haberlo inventado, y á menudo nos dá por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.

El poeta debe su gloria á su valer, pero á menudo con-

tribuye á que esta gloria se divulgue pronto alguna mañana, alguna opinión atrevida ó extrema, algún principio paradójico ó escandaloso con que el poeta llama á sí la atención del vulgo.

Así, por ejemplo, Leopardi es un ateo, pesimista, desesperado y místico á la vez; Carducci ferozmente enemigo del cristianismo y grande admirador del diablo, en cuya alabanza escribe una magnífica oda; y Quintana, cuando en España, según se dice, éramos aún tan católicos romanos, sale llamando al Padre Santo *mónstruo inmundo y feo que abortó el Dios del mal*. Estas cosas imprimen carácter y pasman á la multitud. Al que no sale, permítasenos la expresión sobrado familiar, con alguna *tonada* por el estilo, le es harto más difícil ser admirado. Su originalidad es ménos patente.

Tales, son, en suma, las *Poesías* de D. José Amador de los Ríos. En mi opinión, no desmerecen de sus obras en prosa: ántes noto en las *Poesías* cierta ventaja. En la prosa, el excesivo caudal de erudición, el afán de que nada se quede por decir, y el empeño de que no haya punto oscuro que no dilucide la crítica, hacen á veces al autor, para lectores impacientes, un tanto difuso. En sus versos, Amador de los Ríos es conciso y sóbrio. Y bien se puede afirmar que, áun cuando no hubiese escrito más que este tomo, su nombre viviría y ocuparía puesto distinguido en nuestra historia literaria, y cualquier persona de gusto que hiciese una buena antología de los poetas de ahora, allá en los siglos futuros, no dejaría de incluir en ella bastantes obras suyas, verbi-gracia, la *Oda* á



Fray Luis de Leon, la *Epístola* á Parga, sobre Salamanca, y el *Romance* titulado *La palabra del Rey*.

En nuestra parsimonia y circunspeccion para dar alabanzas, no creemos que se puedan dar mayores, ni creemos tampoco que al darlas nos muevan la antigua y franca amistad y el paisanaje de Baena, sino la más severa justicia y el más desapasionado criterio.

JUAN VALERA.

---

## POESÍAS VARIAS



## INSPIRACION EN EL ESCORIAL

AL SEÑOR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON

EN PRUEBA DE CARIÑO Y RESPETO

Gloria y sepulcro á un tiempo de las artes,  
honor de la eclipsada monarquía,  
mole inmortal, que á siglos desafia,  
y tumba de vencidos estandartes,  
¿por qué la turba insana,  
que por tus átrios gira,  
mísera afrenta de la estirpe humana,  
tu templo augusto indiferente mira?  
Hierve en dolor y en ira  
el noble corazon y el llanto baña  
la escandecida faz, cuando contemplo  
que, para oprobio de tan alto ejemplo,  
virtud, á par de honor, huyó de España.

Alteza tanta al corazon oprime;  
y abismado en la nada el pensamiento,  
de Dios se eleva al encumbrado asiento  
y sólo vé su majestad sublime.  
¡Dios!... ¡Y el mortal impío  
de su poder aún duda!  
Y en ciego desvarío



mueve su lengua contra Dios sañuda!...  
 Mas tú, solemne y muda,  
 morada eterna, su existir pregonas;  
 y es á tus plantas la humanal grandeza  
 del erial inculco vil maleza,  
 y polvo son los cetros y coronas.

Los siglos doblan su veloz carrera;  
 y al ímpetu sañudo, en ronco estruendo,  
 caen revueltos con estrago horrendo  
 pueblos, naciones, que el abismo espera.  
 Con indómita saña

el Ponto al cielo insulta;  
 y desgajada el áspera montaña,  
 entre sus negras olas la sepulta.

La viva lumbre oculta  
 al flamígero sol, en cien turbiones  
 del Etna bramador la hirviente lava,  
 y sus ejes fortísimos desclava  
 la tierra en espantables convulsiones.

Oscuridad do quier!... Sólo radiante  
 en tan feroz borrasca esplende un faro,  
 que el dedo de Jhowáh, cual firme amparo,  
 muestra desde su trono de diamante.

La rabia destructora  
 del tiempo y del mar calla:  
 apagado el volcan, plácida aurora  
 es á su fúria prepotente valla.

Trás hórrida batalla  
 aparece de paz íris fecundo;  
 y en himnos mil se eleva al firmamento  
 de la creacion inmensa un pensamiento,  
 que alto revela al Hacedor del mundo.

La religion!... La religion! Su manto,  
 cobijando al mortal, le acerca al cielo:

es cáos horrible sin su luz el suelo,  
 do sólo brotan orfandad y llanto.  
 Los anchurosos mares,  
 fiado en frágil pino  
 y á otro mundo llevando sus altares,  
 cruza el ibero con ardor divino.  
 En el hinchado lino,  
 enseña santa, al ondular, fulgura:  
 lecho de amor, do el cándido cordero  
 del crimen blasfemante al mónstruo fiero  
 ahogó en raudales de su sangre pura.

Congrega el Trace en la tostada arena  
 sus armígeros carros y legiones;  
 y al desplegar sañudo sus pendones,  
 habla, y el Ponto conturbado atruena.  
 La Europa estremecida  
 torna la invicta frente,  
 y al súbito rumor despavorida,  
 mira bajar la esclavitud de Oriente.  
 Su brazo armipotente  
 viste, y su pecho, de brillante acero:  
 lucha, y alzando de victoria el canto,  
 sumerge el mar sangriento de Lepanto  
*el carro y el caballo y caballero!*

Brama en el Norte helado, furibunda  
 de error caduco y de impiedad armada,  
 hidra espantosa contra el cielo alzada,  
 que el ancha tierra de veneno inunda.  
 Tenaz al Vaticano  
 rayos de muerte envía,  
 y en sacrílega lucha intenta en vano  
 hollar la Cruz bajo su planta impía.  
 A tan ruda porfía  
 sacude el leon de España la melena,



tendiendo airado la potente garra;  
y al mónstruo horrendo con furor desgarrar,  
y desparce sus miembros en la arena.

Calló del Garellano y Cerinola  
el bélico rumor, y el galo altivo  
manchar osó con pecho vengativo  
la clara enseña que Felipe arbola.  
Heróico aliento inflama  
su no domada frente;  
é infundiendo en sus haces diva llama,  
cayó en la lid, cual rápido torrente.

Á su ímpetu valiente  
son las torres y alcázares ruinas;  
y, entre el humo y tronar de cien cañones,  
arrancan victoriosas sus legiones  
láuros en San Quintin y en Gravelinas.

Triunfó!... Y bañada en religiosa lumbre  
la leda faz — «Para inmortal renombre  
hagamos templo tal, que al mundo asombre» —  
dijo; y brillaste como excelsa cumbre.  
De Toledó y de Herrera  
los genios divinales,  
su vuelo remontando á la alta esfera,  
con sus alas cubriéronte inmortales.  
Cual águilas caudales,  
de Dios subieron al alcázar de oro,  
y en él clavando la inspirada vista,  
audaces pregonando su conquista,  
á España dieron sin igual tesoro.

Á su creacion magnífica en tributo  
Italia ofrece espléndida corona,  
en que gloriosos triunfos eslabona  
de Sansovino, Strozzi y Benvenuto.  
Con insólita afrenta

sus bélicos despojos  
al par le rinde Francia la opulenta,  
que al gran Felipe se postró de hinojos.  
Abrió en raudales rojos  
América sus vírgenes entrañas;  
y el Atlántico mar ráudas surcaron  
ferradas naves, que en Iberia entraron,  
cual de luciente Ofír vivas montañas.

Dos mundos á tus piés! Sobre tu frente  
antorcha perenal, mágica brilla:  
luz que entre nieblas alumbró á Castilla,  
terror y asombro á la muslime gente.  
La fé!... Vivaz centella,  
que del nitente seno  
del Dios de Sinaí pura destella,  
ya limpio brille el sol, ya ruja el trueno!...  
De su entusiasmo lleno  
só tus dóricas cimbrias resplandece  
heróico pueblo, y en sublime coro  
al cielo envía cántico sonoro,  
que tu gigante cúpula extremece.

Fuiste de Dios alcázar sin segundo!...  
Su majestad tus ámbitos aún llena!...  
Y cual se rompe el mar en el arena,  
en tí se estrella el huracan del mundo.  
El fuego del profeta  
súbite inunda el alma,  
y en santa inspiracion hierve el poeta,  
postrado en medio á tan solemne calma.  
La fulgurante palma  
y de David la cítara ambiciona;  
y en éxtasis profundo sumergido,  
sobre el Querub contempla enaltecido  
al Dios de Abraham, cuyo poder pregona.



Lo vé!... Y oye tronar el firmamento,  
y desprenderse el monte á la llanura;  
y, vuelto el claro día en noche oscura,  
mira inflamada la region del viento.

Jhowáh!... Desciende airado  
á la rebelde tierra:

en humo envuelto el valle dilatado,  
humilla su cerviz la prócer sierra.

Su voz!... Su voz atierra  
á la creacion! Contra el mortal impío  
viene á lanzar sus rayos serpeantes:  
las torres, que al zénit tocaban ántes,  
aristas son del vendabal bravío.

Retiemblan tus cimientos!... Ilumina  
ráfaga de esplendor tu altar bendito!  
Y en presencia del Dios de lo infinito  
mi faz al polvo trémula se inclina.

Dura sentencia escribe  
su dedo omnipotente:

¡Ay cuánta angustia el corazon recibe!

*¡Ay cuánto de dolor está presente!*

Vuelan de gente en gente  
con terrífico son, ardiendo en saña,  
sorda Impiedad y maldiciente Ira,  
lanzar ansiando en devorante pira  
el magnífico trono y la cabaña.

De su rencor ingénito en trofeo  
sepultan en el cieno, ensangrentado  
y ya en girones mil despedazado,  
el manto del valiente Clodovéo.

Febril aplauso estalla:

despavorido el Sena,  
bramando rompe la robusta valla,  
que su corriente rápida refrena.

Su ronco hervir resuena  
del Alpe helado á la trinácria orilla;  
y sorprendida el águila teutona,  
la rica presa tímida abandona,  
y de San Márcos al Leon se humilla.

Do quier cunde el clamor! Con saña loca  
audaz discordia al Vaticano oprime;  
y el sucesor de Pedro en balde gime,  
y al cielo, en preces de dolor, invoca.

Furioso y delirante

Berlín crüento brama:

abrasa al Norte fuego devorante,  
y á Viena envuelve tragadora llama.

Corre la inquieta fama

del Báltico á las márgenes de hielo;

y de Albïon el empinado muro

al estruendo retiembla mal seguro,

y mira hundirse ante sus piés el suelo.

¡Ay, cuánta destruccion y rudo estrago!

Sangrientos van los desolados rios,

y sólo ven los tristes ojos mios

de sangre y fuego inmensurable lago.

Del Cáucaso en la cumbre

clama el bárbaro scita;

y aprestando á la lid su muchedumbre,

en los llanos feroz se precipita.

Negro estandarte agita

sobre la férrea cuádriga asentado;

y levantando el formidable acero,

infando yugo forja al orbe entero,

que sus tremendas hordas ve espantado.

¡Ay de tus hijos, Roma, que insensata  
los horrores del hérulo olvidaste!...

Nueva Solíma, la virtud hollaste,



hija de rebelion y madre ingrata!...  
 Parténope orgullosa,  
 desconsolada y triste,  
 llora tambien tu corrupcion odiosa;  
 pues la verdad sencilla escarneciste.  
 Y tú, Milan, que viste  
 al águila cobrar su ráudo vuelo,  
 rota en tu mano la ñudosa lanza;  
 sólo hallarás á tu dolor venganza  
 en la horrible opresion del ístrio suelo.

En su opresion!... Que trocará el germano  
 por oro el agua que sediento beba,  
 sin que la vista á levantar se atreva  
 para mirar la frente del tirano.  
 Esclavas sus mujeres,  
 su herencia de enemigos,  
 y en tristeza trocados sus placeres,  
 vagarán sus varones cual mendigos.  
 De su orfandad testigos  
 serán, y de su fiera servidumbre,  
 los que asaltar los vieron delirantes,  
 en espantosa lucha de gigantes,  
 de la rebelde ciencia la árdua cumbre.

Y Gália altiva que, cual frágil barro,  
 frenética rompió el áureo trono,  
 audaz llevó con su implacable encono  
 del Nilo al Volga su triunfante carro,—  
 de siervos dominada,  
 á precio vil la leña  
 comprará, de sus campos despojada,  
 y en lodo hundida su espantable enseña.  
 En la desierta peña,  
 que enhiesta vence al Húmido Oceano,  
 de Jena se alzaré la sombra augusta,

y á Lutecia la faz tornando adusta,  
 romper querrá su cautiverio en vano.

Y tú, que escondes bajo el blanco armiño  
 el áspid venenoso, al par fingiendo  
 pura amistad, la máscara cubriendo  
 con la sonrisa de inocente niño,  
 llora tambien, Bretaña!...  
 No ya tus altas proras  
 al mundo anunciarán tu horrenda saña,  
 los piélagos cruzando vencedoras.  
 Trás fúlgidas auroras  
 tu cielo entoldará noche profunda,  
 y tragarán los mares tus riquezas,  
 y doblarán tus hijos las cabezas  
 del tirano á la bárbara coyunda.

Sin honra y sin arrimo tus ancianos!...  
 Tus doncellas, cual rosas, marchitadas!...  
 Con el hambre las pieles inflamadas,  
 irán de puerta en puerta sus hermanos!  
 El Támesis umbrío  
 detendrá su corriente!...  
 Fuego devorador brotando impío,  
 caerá en pavesas Albión potente!...  
 En su alcázar luciente  
 arrastrará el caiman negras escamas,  
 y crecerá en sus calles verde yerba!...  
 Del llanto agotará la copa acerba  
 para expiar sus tenebrosas tramas!...

Ya truená el Septentrion... Doblad la frente,  
 naciones que el placer torpe afemina!...  
 El rayo asolador Jhowáh fulmina,  
 crugiendo al par la tempestad rugiente!...  
 Invoca en tu defensa  
 ¡oh patria sin ventura!...



de Pelayo y Rodrigo la fé inmensa,  
y tanta afrenta y perdicion conjura.  
La servidumbre dura  
mira venir con temblador espanto!...  
Consagra á Dios la diestra fulminante,  
que exterminó en las Navas el turbante,  
y el cristianismo restauró en Lepanto.

Y cuando arrastre mísera cadena  
el belicoso Rhin, y el Aventino  
cubra humeante lago purpurino,  
y el Támesis se agote y gima el Sena, —  
del Pirene en la cumbre  
levanta tus pendones,  
y á la espantosa y fiera muchedumbre  
serán muro invencible tus legiones.

Temblarán los varones,  
cuya planta los campos aniquila,  
y de celeste rayo el pecho herido,  
envuelto en sangre, del corcel temido  
derribará el Señor al nuevo Atila.

Y vencerás!... Los procelosos mares  
bramando subirán á las montañas,  
y los valles, rasgando sus entrañas,  
sorberán las escuadras á millares!...  
Espíritu divino  
agitará tu mano!...

Llevarás á tus piés el torbellino  
para esparcir el polvo del tirano!...  
El nombre castellano  
terror será otra vez de entrambos mundos  
la cruz brillando, cual triunfal bandera:  
que entre Dios y los hombres medianera,  
embota sus decretos iracundos.

## Á LA CREACION DEL TEATRO ESPAÑOL

COMIENÇA EL MUY POLIDO DEÇIR,

ESCRITO É ORDENADO A LOOR DEL ESTATUYMIENTO DEL THEATRO ESPANYOL,  
É FUNDADO DE SOTIL É FERMOZA INVENÇION,  
SÓ SESSO ALEGORICO, É FECHO SOBRE RAÇON DE POETICAL ARTE É DOTTRINA.

INTRODUCTION AL CONDE DE SANCT LUIS

### I

Perínclito conde de Sanct Ludovico:  
si en trovas atantas, discretas, polidas,  
é assaz artizadas é bien scandidas  
estrénuos poetas vos façen oy rico, —  
en ruda loqüela, qual vedes, m'aplico  
deçir los passados devidos loores:  
ca nunca mi mano guirlandas de flores  
pusiera al triumphante, nin yo manífico.

### II

Narrarvos agora la péñola mia  
estranyas vesiones é suenyos emprehende:  
queret amostarvos graçioso por ende,  
é non retrayades de insania ó follía.  
Mas vet quel mi canto non façe la vía  
d'aquel petrarchista, que diz Garçi-Lasso,  
las leyes catando del vieio Parnasso  
en gaya dottrina, sotíl poesía.



## III

## COMIENZA LA NARRACION

Durmiente en mi çela, de sombras çercado,  
rompió la tiniebra radiosa claror,  
é á lueñe boscaie d'eterna verdor  
en súpito vuelo me viera lievado.  
É luego que ove al çentro arribado,  
en cabo poséme d'aurífera fuente,  
que dá sus liquores, é va murmuriente  
en medio á las frondas é flores del prado.

## IV

Allí solaçando, la dulce frescura  
con libres sentidos felice aspirava,  
é atanto essa dicha la mente presçiava,  
ca nunca enfingiera más alta ventura.  
Mas pero de pronto, angélica é pura,  
firió mis oreias harmónica voçe,  
é allí retornando el vulto veloçe,  
cegó el mi visaie gentil fermosura.

## V

Las sienes corona del árbol lauréo  
é amuestra en el visso virtud é prudencia:  
sus oios resplenden con flama d'sçiençia  
é gira en sus labros furor apoléo.  
Con albo ropaie de venusto arreo  
celícolas formas apuesta cobría,  
y en rica sandália de grand perlería  
lievava en pressiones el pié virginéo.

## VI

## EL RAÇONAMIENTO QUE FIÇO THALIA

Catóme, é su lyra dulçisona acalla,  
é á par la meliflua cantiga refrena;  
é mansa fablando con fabla serena,  
paróse atal dende ques gloria miralla.  
É dixo: «Non tremas, ca non á batalla,  
mas eres á fiesta plasçible invocado  
qu'escripta en antigo, prestante dictado,  
tan noble é sabrosa jamás non se falla.

## VII

«Yo só, consiguiera, la virgo Thalia  
é desta fontana la sçénica sçiençia  
é la terençiana, plautina eloquència  
manantes refluyen con grand dulçedía.  
Aquí Melpomene, de régia valía  
resçibe holocasto é dá sus favores,  
é onoran yoglares é gayos doctores  
á entramas, é sirven en leda porfia.

## VIII

»Al valle, dó posas, é linda ribera  
los altos ingenios, haciendo iornada,  
conquieren ganosos continua morada,  
do viven contentos en grata manera.  
É allí donde el lauro, sobiente al esphera,  
Del Cancro estivo las pommas absconde  
s'amuestra el palaçio luçífero, donde  
el pletro é la lyra les dó falaguera.



## IX

»Alli la mi hermana, dexado el atuendo  
 é son lagrimable de trágica haçanya,  
 á risso graçioso convierte la sanya  
 é cándidos linos se mira trayendo.  
 Del çiego thebano el fado tremendo,  
 las yras minaçes del pérffido Atrida  
 alli iuvilosa non menos olvida  
 qu'al divo furente, en flamas muriendo.

## X

«Alli de Castilla polidos cantores,  
 alli galleçianos, alli valentinos,  
 si quier beticanos, siquier limosinos,  
 diçiendo s'esfuerçan sus veros amores.  
 Mas oy, con guirnaldas d'odíferas flores,  
 en ál consistorio que non tolosano  
 coronan al dotto varon vandaliano,  
 que en Mantua les façe merçedes é onores.

## XI

»El ánimo ardido sublima, é la mente  
 alimpia de todas mundanas querellas:  
 non sigas dubdoso, mas ledó, mis fuellas  
 é sey de vittoria, é amor meresçiente.»  
 Fabló é de finoios, á ley de serviente:  
 «Diossesa, respondo, la luz d'atal visso  
 non piensso m'adudga, sinon parayssó:  
 d'entrar en la vía yo so bienqueriente.»

## XII

## COMPARACION

Movióse; é qual blanca columba ligera  
 que dobla los prados en somo las flores,

asy retornando, con piés voladores  
 lievóse al alcáçar, do rige é do impera.  
 É yo, segudando su propia carrera,  
 de célico esprito el cor inflamado,  
 delante las puertas del templo enviolado  
 falléme por arte, que non entendiera.

## XIII

## LA DESCRIPÇION DEL TEMPLO

Estonçe las puertas sus pernos giraron  
 é olientes sahumeros el ámbito exhala,  
 é asçiende la Dea por fúlgida escala  
 que Phydia é Lessipo su alteça invidiaron.  
 En ella escolpidos allí se miraron  
 en tablas prolixas de nítido argento  
 los triumphos d'aquellos quel trágico açento  
 é cómica sçiençia poetal reçeptaron.

## XIV

Allí la claverna d'Euripide escura  
 é las Eumenídes yradas d'Eschylo;  
 allí Aristopháne con sátyro estilo  
 la oliva aquiestando, que pró le segura.  
 Allí de Menandro la noble fegura,  
 al peno Terençio non poco presçiadá;  
 allí del Annéo la toga onorada,  
 que Nero aviltando, con sangre purpura.

## XV

Dexada el escala, non punto aquedando,  
 quebraron mis oios tan reçaia fulgor  
 que vuelto á la Dea con sancto themor:  
 «¡Valetme, diosessa! clamé balbuçando.»



La cándida Virgo, magüer sorrissando,  
tangió con su diestra mi pecho curosa,  
é dixo: — «La flama, que vees luminosa,  
ardió luengos siglos, el tiempo sobrando.

## XVI

«D'aquesta resurge vivaçe sçentella  
febal, que la mente del ome deiffica;  
por esta su ingenio moral clariffica  
é viven Petrarca é Dante por ella.  
Del ánima tira las cuytas, é sella  
el labro temiente, é vençe discreto  
el alto vestiblo del templo perfetto.»  
Çessó é alongóse fugaz la donçella.

## XVII

É yo, magüer fuera non poco tremente,  
passé las colupnas porphíricas netas,  
é ví las hermanas, qual albos planetas,  
si el supero cielo s'amuestra riyente.  
Empero ¿qué lengua será que recuente,  
magüer que d'Omero, niñ vergiliana,  
aqueel grand miraglo de gloria mundana  
que fué á los mis oios estonçe pressente?

## XVIII

Non fablen poetas del rubro Tymbreo  
de Delpho é Parnasso en sus festiuaes,  
nin digan de Çipro semblanças atales;  
ca yo las sus fablas mintrosas non creo.  
Non fable el que canta al fí de Peleo  
del Jóve Tonante, nin su consistorio;  
ca ya á mis sentidos es fecho notorio  
ser todo escureça é missero arreo.

## XIX

Çient puertas erenas el ámbito abrian  
é cient é cient lámpras con vívida lumbré  
d'arábiga alfarge, biçança techumbre  
en áscuas de oro é tennas pendian.  
Los muros, robando sus flamas, fengian  
de cient é cient otras estanças los sennos:  
atanto brillaban en ricos disennos  
rubís é tupaças, que á par los cobrian.

## XX

DE CÓMO ERAN LAS DEESSAS, É LOS YOGLARES CABE ELLAS

En medio al estrado, segun lo memoro,  
en gradas peramplas un trono s'erguia,  
do vide asentada fermosa Thalia,  
tambien Melpomene con çelso decoro.  
Jamás humanales atanto thesoro  
d'amor é belleça non judgo açertaron  
nin pienso qu'en Ida asy s'amostraron  
las tres disputantes fadal pomma d'oro.

## XXI

É alli cabel trono que séricos pannynos  
valoran, s'offresçen en sendas cadiras,  
trayendo en sus manos las çedras é lyras,  
yberios yoglares, ca non los estrannyos.  
É todos, membrantes los cruos sosannyos  
dèl mundo terreno, allí commidian  
la onra é valençia que ya resçebían,  
trás luenga olvidança d'innúmeros annyos.



## XXII

DE CÓMO VINIERON EN EL PALAÇIO LOS YOGLADES É COMPARSA,  
DEL VARON DE VANDALIA

En tanto s'oyeron plaçientes los sonos  
de rotas, dulçemas, rabés é orabines,  
é blanda axabeba é assaz tamborines,  
mandurrias, galipes, laud é albogones.  
É á par s'escucharon donosas cançiones  
que atildan é asonan antigos versetes,  
é todas afinan en lindos motetes,  
que fembras repiten trás duchos garçones.

## XXIII

É luego en dos rencles miré devisados  
entrar los donçeles é tiernas donçellas,  
si aquestos garridos, mas lindas aquellas,  
é todos de lilijs ansy coronados.  
Con grave talante en pós reposados  
estrénuos varones probectos venian,  
é en cabo tres otros, que en medio aduçian  
aquel vandaliano, non poco honorados.

## XXIV

Un tanto çagueros lievavan dos pages,  
cobierta en veludo, marphírica silla,  
do escripto con letras solgémicas brilla  
en orla, que çierran cresçidos balages:  
« *Al ome, que rompa las fuscas ombrages*  
» *quel scénico lauro han oy en viltança,*  
» *poetas d'Espanya en dulce folgança*  
» *farán otro tiempo los sus omenages.* »

## XXV

É luego, trayente en rica bandeia,  
un libro artizado d'extremas lavores,  
é á par dos guirlandas de lauro é de flores,  
mis oios miraron donosa pareia.  
É al postre, non poco riyente é sobeia,  
é alueñe de toda moral tribulança,  
noté de yoglares la prole é criança  
que á çambra é á fiesta febal s'apareia.

## XXVI

FABLA JOHAN DEL ENZINA

Delante las gradas del trono aquedados,  
fablára el postrero d'aquellos varones,  
é ansy commidiendo sus veras raçones,  
dixiera á las musas, los cantos dexados:  
« Plaçientes disessas, que á los fortunados  
ingenios mostrastes la parla divina,  
yo só, bien sabedes, Johan del Enzina,  
aquel que vos dixo campestres dictados.

## XXVII

»É non de mis rimos agora contiendo,  
magüer que entre reyes ovieron valençia;  
ca prez de más loa é más esçellençia,  
a gloria d'aquestos cabdillos, atiendo.  
Por ende á la vuestra virtud acomiendo  
querades graçiosas á dulce sorriso  
mostrar enclinado el célico visso,  
las preçes postales por buenas aviendo.



## XXVIII

FABLA TORRES NAHARRO

«É yo que en el mundo con ánima alerta  
la cómica fama busqué fasta Arcadia,  
é ví congoxado de mi PROPALADIA  
á lodo é á canto çerrada la güerta;  
pues ya rebatida l'antiga reffierta,  
el triumpho triumphante es fecho çercano,  
ansy vos soplico, é non más displano,  
que al iúbilo abrades beninas la puerta.»

## XXIX

FABLA LOPE DE RUEDA

«É yo que non piensso ser onra el reposo,  
si en humil folgança s'espande la vida,  
merçed vos demando: façetla complida,  
non más detardando el premio glorioso.  
É avet rememdrança quel mí DELEITOSO  
serviendo á discretos é dottos de guía,  
feçiera en Castilla la scénica vía:  
por tanto del triumpho me siento curoso.»

## XXX

FABLA EL MAESTRO OLIVA

«É yo que los duelos d'Ecuba llorando  
vistiera el primero tragérico arreo,  
é fice vengado al fijo d'Atreo,  
la humana dottrina non menos mostrando, —  
á nombre é por fama del cénico vando,  
vos ruego, diosessas, tal onra acordedes,  
é al fijo d'Yspális en graçia catedes,  
que al templo troximos, su pró non dubdando.»

## XXXI

FABLA MELPOMENE

«O sabios, discretos (fabló Melpomene),  
é tú que, siguiendo mi fuero é mi ley,  
onraste en Espanya la cómica grey,  
goçat la ventura quel fado previene.  
É non este dia el planto resuene,  
nin ál omenage de lucto se faga;  
mas solo el contento, quel pecho falaga  
de pulchra Thalia, el ámbito llene.»

## XXXII

»É vos los scientes quel lauro evieterno  
ceñides, mostratvos tambien gasajados;  
é aquel que en el mundo vos fiço onrados,  
avet de su triumpho complido govieno.  
É tú, charo Lope, sempático é tierno,  
florida guirlanda assienta á su frente;  
é tú, buen Moreto, de lengua eloqüente,  
el libro le otorga del bien sempiterno.»

## XXXIII

»Mas tú, el de la Barca, quel çeptro é la gloria  
robásteme un tiempo, non ál que á Thalia  
é oviste en la sçena total sennyoria,  
del griego sobrando la palma é memoria;  
el fúlgido lauro que vence la estoria,  
ansy l'acomienda é fido lo goarde:  
fagades por ende el mérito alarde,  
diçiendo en cantares la clara vittoria.»

## XXXIV

Cessó é dulce choro de vírgines luego  
finchó de melífua, plasçible armonía



el templo, que al éco ferido, tremía:  
 atanto arresçiaua el délico fuego!...  
 Mas pero cobrado en prompto el sosiego,  
 los tres coronantes sus sedes dexaron,  
 e al fi de Vandalia aprés assentaron  
 en essa cadira del cúmico juego.

## XXXV

FABLA LOPE DE VEGA

E Lope catandol' con faz grata é leda,  
 prorompe: «Pues díeste, sotíl Vandaliano,  
 al fiijo de Espanya la prez de tu mano,  
 que gálica usança, sin ley, le devieda, —  
 al ruego d'Oлива, de Torres é Rueda  
 non poco plaçiente, tu amor gualardono,  
 é á par onorado, tus sienes coronó  
 de flores, do luçe virtut é s'ospeda.»

## XXXVI

FABLA MORETO

«Si el divo mandado non poco m'enclina,  
 non menos me vençe assaz bienquerença;  
 é ansy en las tus manos, varon d'esçellença,  
 el libro sagrado mi diestra declina.  
 En él se reguardan de sçiencia divina  
 los veros, sublimes, perennes secretos;  
 é aquel que sus leyes serváre é decretos,  
 á vida turable de gloria camina.

## XXXVII

»En él priso Lope perínclita fama  
 é dél sus deciplos la luz resçebieron;

por el Tirso é Rojas é atantos sentieron  
 crescer en sus pechos la délphica flama.  
 Pues tú, que la virgo Melpomene adama  
 á par de Thalia, goardallo deprende,  
 é vey quél es árbol de vida, é deffiende  
 que alguno mancille nin foja nin rama.»

## XXXVIII

FABLA CALDERON

«É ya que en tus manos, qual noble turquessa,  
 do çendra el ingenio su esprito, se mira;  
 d'aquellos que asonan la cómica lyra,  
 resçíbalo el dino, si atal se confiessa.  
 É aprés este lauro, que nunca non çessa  
 brillando con gloria d'eterna aturança,  
 porné só tu egide, é guay que aviltança  
 d'invidia dolosa, su luz faga lessa.»

## XXXIX

COMPARACION

Non tanto los penos é Dido amorosa,  
 narrante el Eneas sus cuytas, callaron,  
 qual todos aquellos á par s'aquedaron,  
 mostrando en los vissos el ánsia dubdosa.  
 Estonçe, fablando con parla donosa  
 el ya coronado varon Vandalino,  
 ansy á los yoglares vivientes previno,  
 que çercan la ebúrnea cadira radiosa.

## XL

FABLA EL VARON DE VANDALIA

«O vos, que al Parnasso facedes la vía  
 é sodes d'Apolo plaçer é esperança:



tirat ya del pecho la ontosa homildança,  
 pues vedes comiença clarífico dia.  
 Aquestos luçeros de toda poesía,  
 qu'onoran l'Espanya, es bien qu'onoredes;  
 é ricos thesoros fallar non dubdedes,  
 sus obras catando de gaya maestría.

## XLI

«Aquí las sus leyes, aquí los sus fueros,  
 aquí los preçettos del arte divino:  
 asçienda é recepte la onor el más dino  
 é el libro condese por siglos enteros.  
 Asçienda, é poetas qu'alleguen postreros  
 ansy de sus manos tambien lo resçiban,  
 é leyes é fueros incólumes vivan,  
 de prez é de gloria qual amplos senderos.»

## XLII

Fabló, é non tardando con passo acuçioso  
 garrido é apuesto donçel s'adelanta,  
 non menos ganoso de prez é onra atanta,  
 qu'Apolo fué en Lydia del lauro glorioso.  
 É assiando en su diestra el don misterioso:  
 «Non cudes (aclama) que venga en mançilla.»  
 É luego á las deas un tanto s'omilla  
 é torna á los vivos yoglares goçoso.

## XLIII

Empero más cedo que lança el tronido  
 la nube, del rayo de Jóve tocada,  
 d'aquella cohorte, non bien affrenada,  
 salió terresçiente é fondo bramido.  
 É cada qual dende, á sanya movido,  
 del libro pretende façer salva prea;

e ansy recresçiendo la crua pelea,  
 cayó foja á foja desfecho é rompido.

## XLIV

## FYNIDA

Éstonçe, tremiendo los firmes çimientos  
 del templo, é çessando la lumbre evieterna,  
 lo vidé trocado en fusca claverna,  
 do sólo vestiglos se nuçen violentos.  
 É yo congoxoso, d'atales lamentos  
 fuyr assayando, dispierto me vide;  
 desçifre el ensuenyo quien desto se cuyde;  
 ca non lo displanan los mis documentos.

1851.

## EN EL ÁLBUM

## DE LA

## SEÑORA DOÑA TOMASA ANDRÉS

ESPOSA DEL EMINENTE POETA DRAMÁTICO

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

## APÓLOGO

Al mármol Fídias, con cincel divino,  
 traslada de Cytéres la figura,  
 y atesorar procura  
 su ingenio peregrino  
 cuantas gracias ostenta la hermosura.



Á su airosa cintura  
 dió lo flexible de la esbelta palma:  
 del cristal trasparente  
 dió al pecho lo turgente,  
 y robó para el cuello,  
 suavidad y blancura al cisne bello.

Puso en la dulce boca  
 los corales y perlas del Oriente,  
 y en su mejilla derramó impaciente  
 grana y leche no poca.

Mas al llegar á la elevada frente,  
 para imprimir en ella  
 del cándido pudor la amable huella;  
 al poner en los ojos hechiceros  
 de la virtud el sobrehumano brillo, —  
 su corazon sencillo  
 tembló, y su docta mano,  
 trayendo á la memoria  
 las redes de Vulcano,  
 y de Alectrion la malhadada historia.

Sin pudor y virtud es la hermosura  
 luz sin fulgor, Tomasa:  
 que si un momento el corazon abrasa,  
 otro no más, en la memoria dura.

Febrero de 1848.

## PALIMPSESTO

### COMIENÇA LA MUY SOTIL

ET MUCHO ONRADA ET MUCHO COMPLIDA PROPHEÇIA D'ESPAÑA, FECHA ET ORDENADA  
 CON DIVINAL INSPIRATION POR EL NOBLE ET GRAND SABIDOR  
 DON MERLIN DE BRETAÑA;  
 ET VA PUESTA EN METROS DE MAESTRIA REAL ET ESCANDIDA POR ARTE COMUNA.

Merlin fablára d'España  
 et dixo esta propheçia,  
 estando en la su Bretaña,  
 á un maestro, que ende avia.

Don Anton era llamado  
 el maestro que vos digo,  
 sabidor et muy letrado,  
 de don Merlin mucho amigo.

Este mesmo sabidor  
 ansy le fué preguntar:  
 — Don Merlin, por el mi amor,  
 sepádesme declarar

la propheçia d'España;  
 ca yo querria saber  
 por vos alguna façaña  
 de lo que se há de faser. —

Merlin, sabidor sotil  
 dixo luego esta raçon:  
 — Tresçientos años et mil  
 après de la Incarnaçion,  
 los ochenta cumplirá  
 la Era de esta façaña;



la mar fonda passará  
de bestias muy grand compañía.

Et muchas priesas sin falla  
contesçerán veramente,  
et será resçia batalla  
en las tierras de Poniente.

Regnará un Leon Coronado  
en la su linde postrera,  
et fuerte et apoderado  
de mucha gente guerrera.

Sabidor et de raçon,  
vevirá contíno en lucha,  
muy bravo de coraçon  
et con fée çendrada et mucha.

Estante el Sol á Oçidente,  
en tiempo deste Leon  
regnará un Leon Dormiente,  
muy manso de coraçon.

Et el Leon Coronado  
que en este tiempo regnar,  
será sin amor reptado  
del Puerco d'allend el mar.

Et sallir s'ha el Puerco-Espin,  
señor de la grand espada,  
de tierras de Ben-Marin  
con mucha fiera mesnada.

Et con sus perros marinos  
aguas fondas sobrará:  
montes cobrirá et caminos;  
en la España aportará.

Passará por Ponte-Seca  
grand poder á maravilla;  
et con los fijos de Meca  
çercará chripstiana villa.

Puerto es noble d'aquend mar  
en tierras de la Frontera:  
vernále el Drago ayudar  
que ama la çevil Ramera.

Todos ý se ayuntarán  
con el Puerco apoderado:  
estas nuevas liegarán  
luego al Leon Coronado.

Et dando fuerte bramido,  
de esprito armará su gente;  
et oyendo el apellido,  
despertará el Leon Dormiente.

Los leones s'abraçarán  
amos con muy grand plaser;  
al Estrecho amos vernán,  
cobdiçiosos de vençer.

Et el Puerco ý arriscado,  
non saldrá de la montaña;  
et el Leon Coronado  
bramará con muy grand saña.

Et las sus haces veriles,  
liz de muerte trabarán,  
et del Puerco et de sus viles  
muchos bestias matarán.

Et por oteros et breñas  
cabdellando sus criasones,  
guardando sus nobles señas,  
yrán entramos leones.

El Dormiente arrancará  
al Dragon de la Ramera:  
el Coronado fará  
façaña muy verdadera.

El Puerco será vençido:  
mas pero fuirá de muerte:



será á Marruecos volvido  
con muy grand desonra fuerte.

La su Espada perderá  
que fué siempre nosblesçida,  
et nunca la cobrará  
por tiempos de la su vida.

A la su Cova gentil  
tornará el bravo Leon,  
et con esprito sotíl  
dará leys á su criason.

Et d'otro Leon Sapiente  
avrá la sabidoría,  
et el don, quel'dió el Potente  
fará vevir noche et dia.

Aprés el Leon finando,  
ansy finará la gente  
cuemo finca el pulso, quando  
fina el coytado et doliente.

Cient et veynte et quatro años  
su tierra en lucto vivrá;  
mas pero atales sosaños  
Garça Real sobrará.

Et su volar altanero  
passará los amplos mares  
et só un çeptro señero  
avrá los mundos á pares.

En pos, en edad lontaña  
nasçerá de su semiente,  
por nueva salut d'España,  
otra Garça, assaz valiente.

Su nido real, fambriento  
oteará negro falcon;  
serán su defendimiento  
las leys del Sábío Leon.

Dios, que buenos reys mampara,  
el su bien fará colmado,  
et de la su estirpe clara  
dalle há un fijo bienfadado.

Amor, fieldat, lãaltança,  
traherále á su cuna en pecha  
la comunál alegrança  
de su noble grey maltrecha.

El Apostóligo Sancto,  
que há las claves de vertut,  
lo cobrirá só el su manto  
en las fuentes de salut.

Et del Leon poderoso  
que al Puerco fizo vençido  
prophetando generoso,  
pornále el nombre temido.

Nombre que avrá ya la estoria  
apostado en tal logar,  
que traya á toda memoria  
la esperança de goçar.

Fardido, discreto et sábío  
á Dios et la ley somiso,  
la pas verná de su lábio  
al regno, entre sí deviso.

Estonce, Leon rugiente,  
fará tremesçer la tierra  
et cresçerá la su gente,  
dando á entramos mundos guerra.

Et del África en los litos  
las sus señas fulgirán,  
et con sus moros malditos  
de Marruecos morrá el Can.

Et Francia et ansy Bretaña  
su amor avrán en ventura;



mas ¡guay! si el Leon s'assaña,  
non vevirán en folgura.

Sus naos apoderadas  
et sus ferradas galeas  
en son triumphal respetadas  
yrán por lueñes mareas.

De Dios siempre bienamado,  
de las sus gentes bendito,  
será en la fuessa llorado  
con vero planto infinito.

Et sus fijos et sus nietos  
prez avrán en su labor,  
et sabidores et retos  
darán á España claror. »

Estas palabras apuestas  
del comienzo fastal fin,  
ansy cuemo son compuestas,  
prophetólas don Merlin.

Non las quiso declarar  
aqueste grand sabidor:  
oytlas apaladinar,  
si dello avedes sabor.

Aquel *Leon Coronado*,  
conqueridor sin mansiella,  
será Alfonso, el venturado,  
rey de Leon et Castiella.

El otro *Leon Dormiente*,  
de cor noble et natural,  
el rey será de Poniente,  
Alfonso de Portogal.

Et el bravo *Puerco-Espín*,  
señor de la grand Espada,  
será el rey de Ben-Marin

que á Tarifa avrá çercada.

El *Dragon* de la Frontera,  
será de Granada el rey;  
Granada la grand *Ramera*  
que vivrá só falsa ley.

Los bravos *Perros* marinos,  
que aportarán en España,  
moros serán marroquinos  
que y perderán grand compañía.

La *Ponte Seca* del mar  
las galeas serán sin falla;  
las bestias que han á passar  
los que morrán en batalla.

La *Espada* que dix Merlin  
que el grand Puerco y perderia,  
la onra es de Benamarin  
que se y perderá aquel dia.

La *Cova gentil*, que cuento,  
será la onrada Castiella;  
las Leys, el Ordenamiento  
que el Onzeno Alfonso siella.

El *Don*, que avrá luenga vida,  
magüer yaga en abandono,  
la ley será de Partida,  
que á las fembras dará el Trono.

Et la *Garça*, cuya seña  
fará tremir á Lusbel,  
una Cathólica Dueña,  
que avrá su nombre Esabel.

Et l'otra *Garça Real*,  
si el su prophetar se funda,  
será una Dueña cabdal:  
su nombre Esabel segunda.

El su Fijo bienfadado



será don Alfon Dozeno,  
que en la pila su afijado  
será de Pio Noveno.

Por él la antiga semiella  
brotará en qualque façaña;  
grand, cuemo Alfon de Castiella  
será el Alfonso d'España.

La propheçia conté  
et la torné en decir plano:  
verla hedes, mia fée,  
en lenguaje castellano.

Copras de muy buen fablar,  
segun dixo don Merlin;  
¡plegue á Christus las lievar,  
fasta el fin de la su fin!

1857.

### Á P...

Fantástica vision, cuya existencia  
el alma duda en ilusorio halago;  
aérea beldad, cuya gentil presencia  
de los sentidos es burla y extrago,  
¿qué buscas en la márgen peregrina  
del Jalon bullicioso,  
donde tenaz batió sus níveas alas,  
de espumas coronada, leve ondina?...  
No aquí en amante lazo misterioso

vaporosas zagalas  
ó voladoras náyades ligeras  
cruzando van del valle las umbrías:  
de las cálidas aguas en el seno,  
no brotan, no, las ninfas placenteras  
que borran del dolor huellas impías,  
y el túrbio porvenir tornan sereno.

¿Qué buscas, dime, aquí?... Pensaste acaso  
de tu lábio templar la fiebre ardiente,  
que tu sol juvenil lleva á su ocaso?...

Ah! No! Deten el paso,  
y el amigo consejo oye prudente.  
Vuelve, vuelve á la playa peregrina  
dó viste el sol primero;  
y del bético mar al dulce arrullo,  
en regalado concha nacarina,  
de las tranquilas ondas al murmullo  
del hado burlarás el golpe fiero.

Y si de amor certero  
hirió ya el corazon la aguda vira,  
allí, do el pecho á su dolor abriste,  
y arder le contemplaste en dulce pira,  
torne á encontrar el triste,  
cual cisne, que su fin cercano mira,  
el canto meláncolico y sombrío  
que sólo amor en su éxtasis inspira,  
y el alma inunda en celestial rocío!

1869.



EN LA MUERTE  
DE  
DON ALBERTO LISTA

## ELEGÍA

AL SEÑOR DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

Orla místico ciprés la lira de oro,  
que engalanaba ayer florido acanto  
y dulce plectro reanimó sonoro.

Tus megillas inunda acerbo llanto;  
y conturbado el lastimoso acento  
entre ahogados suspiros muere el canto.

¿Qué insólito dolor así el contento  
turba y la paz de tus modestos lares,  
que exhalan tristes mísero lamento?...

Lo sé... ¡Lo sé!... Suspenso Manzanares  
del sacro Bétis respondió al gemido,  
que resonó de Mántua en los hogares.

De amarga pena el corazón henchido,  
consuelo en vano demandé á la duda,  
que huyó falaz del pecho dolorido.

Se alzó la tempestad; bramó sañuda  
y arrebató la antorcha peregrina  
vívido luminar de edad tan ruda.

Licio no es ya!... Cual cisne que adivina  
su fin y halaga, al espirar, la muerte,  
voló su espíritu á la región divina.

¡Oh quién pudiera á la materia inerte  
volver la luz que iluminó radiante  
del egregio varón el pecho fuerte!...

De sus labios manar viera incesante  
de verdad y de amor raudal fecundo,  
libre la ciencia y la virtud triunfante.

Tú, que abatido, en el dolor profundo  
buscas alivio á tu angustiosa pena,  
le vieras otra vez pasmo del mundo.

¡Ay! ¡Cuántas veces en la patria arena  
ledo escuché su venerable acento,  
que grato en mis oídos aún resuena!...

Ora allí, contemplando el firmamento,  
de los brillantes astros sorprendía  
alegre, el ignorado movimiento.

Ora cuando de aljófares cubría  
el cáliz de la flor la dulce aurora,  
de Dios la mano próspera veía.

¿Y olvidas tú la magia seductora  
de su inspirada voz?... ¿Tu mente acaso  
tan preciadas lecciones no atesora?...

Las guarda, sí. — Con vacilante paso  
seguimos ambos sus lucientes huellas  
por la difícil senda del Parnaso.

Fueron por él á nuestros ojos bellas  
de Píndaro y de Safo las creaciones:  
de Páris y de Atrida las querellas.

Sembrando el exterminio sus legiones,  
vimos correr contra el dardanio suelo  
de la irritada Grecia los varones.

Ya nos pintó de Príamo el anhelo,  
ya de Andrómaca triste la ternura  
y el amoroso y cándido desvelo.

De Nestor la elocuencia y la dulzura,  
del ingenioso Ulises la osadía,  
de Oilëo y de Diomedes la bravura.

Tal vez, triunfando en la fatal porfía,



Héctor aterra al rencoroso griego,  
que al mar apenas sus escuadras fía;  
tal vez corre el troyano de ira ciego  
de Agamenon contra las altas proras,  
la diestra armada de vorace fuego;  
mas arden ya las fúrias vengadoras  
de Aquiles en el pecho, y noche horrenda  
de Troya son las fúlgidas auroras.

Héctor sucumbe en la feroz contienda;  
y de Patroclo, con glacial espanto,  
los frigos miran la expiacion tremenda.

Su faz cubre Ilíon de luto y llanto;  
y roto el cáuce, anega la llanura,  
henchido de cadáveres, el Xanto. —

Hurtando el rostro á tanta desventura  
invoca Licio al cisne venusino  
y su raudo volar seguir procura. —

Al piélagos lanzado en frágil pino  
su dedo al triste Eneas nos mostraba,  
envuelto en espantable torbellino.

Pendiente al hombro la sonante aljaba,  
de Citéres la diosa aparecia  
que de Cartago al puerto le guiaba.

La hermosa Dido allí resplandecia,  
que á los héroes venciendo en gentileza,  
al africano mar freno ponía;

mas su ingénito aliento y su braveza  
de amor postrados á la ardiente llama,  
su fé rindió al troyano y su belleza.

Inextinguible afan su pecho inflama;  
y sumergida en dulce desvarío,  
olvida su virtud y heróica fama.

Falaz é ingrato el extranjero impío  
vierte en su corazon letal veneno,

y corre al mar con desusado brío.  
¡Dido infeliz!... En su turgente seno  
el perjurio castiga del troyano,  
y ruge al espirar, cual sordo trueno. —

La dulce voz del vate mantuano  
Licio acallaba, y el terrible acento,  
mudos oimos del cantor toscano.

Suspensa el alma, el pecho sin aliento,  
fuimos trás él á la *ciudad doliente*  
do el *eternal dolor* fijó su asiento.

Apagada del sol la lumbré ardiente,  
allí sólo el veneno se respira  
que vida infunde á la *perdida gente*.

Palabras de impiedad, acentos de ira  
do quier el aire emponzoñado atruenan,  
mil lenguas agitando la mentira.

Las precitas gargantas encadenan  
punzantes hierros, y á los túrbios ojos  
sombras sin fin á oscuridad condenan.

De infanda llama míseros despojos,  
de Rímini encontramos los amantes,  
sus dichas recordando y sus enojos.

Entre las fieras turbas blasfemantes,  
cebado en la venganza y de contino  
renaciendo sus ánsias devorantes, —

lentos de asombro, hallamos á Ugolino  
que, al contar de su muerte los horrores,  
brama, como irritado torbellino.

De Reggio y de Sorrento á los cantores  
Licio con noble afan ledo seguía,  
gozando de Petrarca en los amores.

Radiante de entusiasmo y de alegría,  
los altos himnos repitió de Herrera,  
y el son marcial el pecho estremecia.



Fulguró de Lepanto la bandera,  
y á nuestra vista alzóse la victoria,  
tragando el mar á la morisma fiera.

Mas ¡ay! De aciago día la memoria  
el corazón helaba, contemplando  
de Lusitania la sangrienta historia.

La faz serena al cielo levantando,  
del vate celestial la dulce huella  
nos iba Licio con placer mostrando:

ora de eterna paz la imagen bella,  
ora del campo ameno la frescura,  
do libre y pura la virtud destella.

Bañado en melancólica dulzura,  
vió del sacro pastor la faz divina,  
entre nubes velada su hermosura.

De Itálica al llorar la gran ruina,  
emuló de Rodrigo el ardimiento  
y envidiamos su magia peregrina.

Cobrando Licio desusado aliento,  
al modular sus himnos seductores,  
así exclamaba con sublime acento:

— «Bajo el nítido cáliz de sus flores  
no encontrareis jamás sierpe escondida,  
ni el néctar mundanal de los amores.

» Brota en sus labios bálsamo de vida:  
sólo de la verdad rinde en las aras  
sencilla ofrenda á la virtud debida.

» Seguid las que trazó sendas preclaras;  
y en modesto vivir, vuestra alma alumbré  
la pura antorcha de sus luces raras.»

Decía, y de sus ojos viva lumbre  
brotaba, y del Parnaso en la pendiente,  
su dedo nos mostró la excelsa cumbre.

Después, volviendo la sagrada frente

«Mirad!...» — exclama; y descubrió su mano  
coronas mil de láuro floreciente.

Allí de Lope el génio sobrehumano,  
del fácil Tirso la picante vena,  
de Calderon el estro soberano.

Entre aplausos sin fin su voz resuena;  
y activa raza de la tumba evoca,  
que entrambos mundos con sus glorias llena.

Lope el valor y la lealtad invoca,  
y acaso Tirso en tan heróico empeño  
ilustres sombras con valor convoca.

Génio inmortal, de los espacios dueño,  
se eleva Calderon á la alta esfera,  
y enseña al hombre que *la vida es sueño*.

Rojas también en la triunfal carrera,  
ya el coturno tomando, ya el pellico,  
alza su frente, con el láuro fiera.

De extrañas galas y preséas rico,  
dice, al teger Moreto su corona:  
«La ajena gloria en mi loor duplico.»

El modesto Alarcón gozoso entona  
himnos de amor á la virtud sencilla  
y sus callados triunfos ambiciona.

Ora al procaz y al mentiroso humilla;  
ora premia al leal y al esforzado,  
sembrando alegre la feraz semilla.

De tan pura doctrina adverso el hado  
secó ¡oh dolor! la deleitosa fuente,  
y fué silencio su murmurio amado.

Licio no es ya!... Ni de su lábio ardiente  
saber y amor para nosotros mana...  
Murió la luz de nuestro claro Oriente!

¿Á dónde ya, como en la edad temprana,  
nuestra tímida ofrenda llevaremos,



ni quién la acogerá?... ¡Quimera vana!...

Ni altar ni sacerdote encontraremos;  
y del mar, en las olas furibundas,  
nuestra pobre barquilla irá sin remos!

No el rostro en balde con el llanto inundas:  
de mis ojos también amargo brota...

Lágrimas de dolor, siempre infecundas!

Mas ¡ay! al cabo el manantial se agota;  
y, en estupor profundo sumergido,  
la fiera angustia el corazón embota.

Ni aún me fué por el cielo concedido  
su frente coronar de tiernas flores,  
ni el postrimer adiós darle afligido!

Tú más feliz, los últimos albores  
gozaste de la luz que el mundo admira,  
aún muertos ya sus vívidos fulgores.

Cual tierno padre, que tranquilo espira,  
dando á sus hijos sin igual tesoro,  
puso en tus manos la envidiada lira.

Sagrada herencia!... Ni de Ofir el oro,  
ni la ambición, ni el vano poderío  
conquistarla podrán, en su desdoro.

Guárdala tú del huracán impío,  
que ruge en derredor de nuestra frente  
y los robles al par troncha bravío!

Guárdala, amigo!... Y al rayar fulgente  
del alma paz el día venturoso,  
corónala de mirto floreciente!...

Y cuando llegues triste y respetoso  
del gran Licio á la tumba solitaria,  
tege una flor á su laurel frondoso  
y tributa en mi nombre una plegaria!

## CUERPO Y ALMA

### I

Anhela el *Cuerpo* en la vida  
el bien, henchido de enojos,  
mientras punzantes abrojos  
huella con sangriento pié.  
De incierto amor combatida,  
boga en negro mar el *Alma*,  
y en balde espera la calma  
que le prometió la Fé.

### II

*Cuerpo* y *Alma* van cruzando  
el valle y el mar del mundo;  
y en desacuerdo profundo  
doblan el mútuo dolor.  
El *Cuerpo* al *Alma* burlando,  
el mundanal bien adora:  
el *Alma* perdido llora  
su puño y primer amor.

### III

Trabado horrible combate,  
lucha sin trégua predice:  
mientras el *Cuerpo* maldice,  
se oye al *Alma* bendecir.  
Al *Cuerpo* el dolor abate;  
al *Alma* el dolor sublima:  
uno al barro se aproxima;  
otra eterna ha de lucir!



## IV

Deshechos al fin los lazos  
que unen al *Cuerpo* la vida,  
busca el *Alma* otra guarida;  
porque el existir no es ya.  
De un ángel vuela en los brazos,  
de llanto libre y de pena;  
y á otra region más serena  
trás la eterna dicha va.

## V

Helado, cual tronco inerte,  
sin habla en la inmoble lengua,  
pregona el *Cuerpo* la mengua  
de su efímera altivez.  
Tocó el ángel de la muerte  
su faz con fulmínea espada,  
y resolvióse en la nada  
su mísera desnudez.

## VI

Cuán felice tiende el vuelo  
el *Alma*, pues que se lanza  
en busca de la esperanza  
de la infinita virtud!...  
Cuán felice, pues el cielo  
en trueque de sus dolores,  
brinda á sus puros amores  
perdurable beatitud!...

Mayo de 1865.

## EN EL ÁLBUM

DE LA

## MARQUESA DE RIANZUELA

Pediste ¡oh Paula bella!  
placientes sonos á mi triste lira;  
pero ¡ay! vana querella!  
Porque agudó pesar sus cuerdas sella:  
sólo el dolor la inspira.

Ni ¿cómo á tantas flores  
que tus divinas sienas coronaron  
con vívidos fulgores,  
unir podré la flor de los dolores,  
que lágrimas regaron?

No, Paula, no: perdona,  
si,—cuando amarga pena el pecho oprime,  
y en él feroz se encona,—  
no llevo yo una flor á tu corona:  
duélete del que gime.

Duélete; y tu clemencia  
bálsamo dulce ofrezca al pecho mio:  
fuera ¡oh Paula! demencia  
que aspirase de amor la pura esencia  
un corazón vacío!

Tu mano generosa  
temple de mi destino el rudo enojo:  
y tal vez más hermosa,  
á brotar tornará la blanca rosa  
del punzador abrojo!

Diciembre de 1864.



Á E...

Cargada de dulce fruto,  
en fértil oasis crece  
gentil palma,  
que sombra dá por tributo  
al cuerpo, y pródiga ofrece  
paz al alma.

Á su hospitalario arrimo,  
mientras la copa cimbrea  
sútil viento,  
su ponderoso racimo  
el viajero saborea  
soñoliento.

Entre la argentada arena  
le halaga plácida fuente  
murmurando;  
y en su limpia agua serena,  
do templar la sed ardiente  
le está dando.

Sueño plácido y sereno  
los ojos del peregrino  
blando cierra;  
y de mil venturas lleno  
mira su largo camino  
por la tierra.

De sus fatigas pagado,  
goza feliz recompensa  
satisfecho;

y no imagina el cuitado  
que amenaza ruda ofensa  
al leal pecho.

Mas ¡ay! que á su despertar  
la bella ilusion disipa  
fiera mano,  
y aquel hermoso soñar  
los tormentos anticipa  
de hado insano.

Á deshora el cierzo impío  
horrenda fúria desata  
rebramando;  
y un mar se alza en el vacío,  
que como austral catarata  
cae tronando.

Palma, sombra, fruto y fuente,  
no fueron ¡ay! sino espumas  
pasajeras:  
magas que fingió la mente  
en las fantásticas brumas  
lisonjeras!

Así yo, pobre viajero,  
á quien implacable azota  
fiero el sino,  
sin rumbo y sin derrotero,  
voy en débil barca rota  
sin destino.

De bramadoras tormentas  
juguete mísero he sido



noche y día;  
y trás rudas sobrevientas,  
piedad de mí no ha tenido  
suerte impía!

—  
No quieras, — pues que á mis ojos  
eres el ángel que guarda  
mi ventura, —  
sembrar de nuevos abrojos  
el pecho, y que estéril arda  
mi locura.

—  
Al dulce ruego tu mano  
cubra mi abrasada frente  
piadosa;  
y cual lluvia de verano,  
apaga la llama ardiente  
que me acosa.

—  
Como de pura fontana,  
raudal brota cristalino  
de ambrosía,  
ó como en fresca mañana  
el alba néctar divino  
nos envía,

—  
de tus labios brote y mane  
bálsamo de nueva vida  
para mí.  
Brote y providente sane  
la aguda, enconada herida  
que sentí.

—  
Sálvame! Mas si el dolor  
que en mis entrañas se aferra

desdeñares,  
sabe que al fiero rigor  
me matarán de esta guerra  
los pesares!

Arechavaleta 24 de Junio de 1870.

## Á LA NIÑA PILAR EN SUS DIAS

Eres, Pilar, una flor,  
que nace en templado Abril,  
y con nítido fulgor,  
belleza brinda y amor  
en el cercado pensil.

Como ella, eternal ventura  
con infantil gozo sueñas;  
y elevándote á la altura,  
de otras ciento la hermosura  
engreida acaso desdeñas.

Como ella, gozosa miras  
pintada turba bullente,  
y con dulce afan suspiras,  
y acaso tal vez deliras  
su beso ansiando en la frente.

Como ella, cándida ignoras  
que trás ese encanto breve  
de esperanzas seductoras,  
llegan al cabo las horas  
del duelo y del llanto aleve.

Que trás dulce primavera  
viene abrasador estío,



para hurtar á la pradera  
la frescura placentera  
y el germinador rocío.

Y al soplar del Aquilon,  
hoja trás hoja perdida,  
cae la flor del corazon,  
muerta la humana ilusion  
en la aridez de la vida.

Antes que el fatal reflejo  
luzca de esa triste hora,  
oye, Pilar, el consejo  
que osa darte un pobre viejo,  
de entre los mil que atesora:

Si en esta humana partida  
gozar anhelas la luz  
con que el cielo te convida,  
advierte que es esta vida  
sólo una mísera cruz.

Mas quien se humilla con ella,  
mucho, al cabo, se enaltece:  
que es la belleza más bella,  
Pilar, solamente aquella  
que en la virtud nace y crece.

Y pues el cielo te dió  
la peregrina hermosura,  
que tu rostro quilató,  
y en tu frente derramó  
la inocencia casta y pura,—

en la primer alborada  
de esa vida placentera,  
donde ahora todo te agrada,  
no olvides, niña adorada,  
que tambien tu cruz te espera.

## Á UNA AMIGA

Pídesme, querida amiga,  
que el día de nuestro santo,  
dando trégua á la fatiga,  
versos, en alegre canto,  
mi pobre musa te diga.

Ay! Tan vano es demandar  
la humana dicha al dolor,  
como imposible quitar  
su inmensa llanura al mar  
y á los montes su verdor!

Sueñas ¡ay Pepa!... Mis días  
nunca amanecen con luz;  
y miéntras dulce porfías  
por templar las penas mías,  
más pesa esta dura cruz.

Así, en vez de alegre canto,  
cual demandó tu cariño,  
sufre de un viejo el quebranto  
el día de nuestro santo:  
que á fé, tampoco él es niño!

Y pues la suerte enemiga,  
que te apartó de tu madre,  
tambien á llorar te obliga,  
á Dios tu lábio bendiga,  
pues que te ha dado otro padre.

Y para colmar la hartura  
de su bondad soberana  
en tu presente ventura,  
te dió además una hermana  
que hacerte feliz procura.



¿Qué más codició el anhelo  
que tu porvenir halaga?...  
Los bienes que te da el cielo,  
sólo te piden en paga  
ser de gratitud modelo.

Y á fé que esta deuda empeña  
al hidalgo corazón:  
el que en el bien propio sueña,  
jamás con torpe ambición  
el ajeno hacer desdeña.

Paga, pues, dicha por dicha;  
y obrando así, no receles  
de tu ventura predicha,  
ni que en tu pecho las hieles  
broten ya de la desdicha.

Tal porvenir te desea  
el día de nuestro santo,  
quien su triste musa emplea  
en el afligido canto  
que sus dolores recrea.

19 Marzo de 1875.

## LUZ Y SOMBRA

### LUZ

#### I

Tege la vida lazo de rosas;  
brilla en el cielo puro arrebol:  
frescas mañanas, tardes hermosas  
de oro y de grana matiza el sol.

Sueños de gloria, perenne encanto  
brindan al alma, y huye el dolor,  
y el seno inunda placer sin llanto:  
hierva en las venas grato dulzor.

Hierva en las venas  
el fuego santo  
del puro amor.

#### II

Corre la vida cual manso río  
que al valle ofrece túbio frescor:  
ni crudo invierno, ni ardiente estío,  
hiela los campos, seca la flor.  
Dulces arenas el lábio aspira;  
la mente embarga grato estupor:  
absorta el alma los goces mira,  
que allá en el cielo brinda el Creador.

Como en el cielo,  
siente y suspira  
con puro amor.

### SOMBRA

#### I

Mas truena airada feroz tormenta:  
el alba pierde puro arrebol,  
la parda noche su luto aumenta:  
de oro sus rayos oculta el sol.  
Tétricos sueños el pecho asaltan:  
el alma oprime fiero dolor...  
Lágrimas tristes el rostro esmaltan:  
arden las venas con rudo hervor.

Arden las venas...  
las dichas faltan  
del puro amor.



## II

No es ya la vida cual manso río,  
 que al valle ofrece túbio frescor:  
 invierno crudo, voraz estío  
 hiela los campos, seca la flor.  
 Letales áuras el lábio aspira,  
 la mente embarga triste estupor;  
 perdido el alma su encanto mira;  
 de horrible infierno siente el dolor.

De horrible infierno  
 fuego respira,  
 quien tiene el alma  
 seca al amor.

1874.

## JESÚS PERDIDO

Arde Jerusalem en fuego santo,  
 y en su anchuroso templo se congrega:  
 al trono de Jhowáh sumiso canto  
 entre nubes de incienso ondeante llega.  
 No ya Sion al lastimero llanto  
 desnuda y sola en su dolor se entrega:  
 que en medio á los bullentes regocijos  
 lleva al seno feliz sus caros hijos.

Mezclados con la alegre muchedumbre  
 ostenta Nazareth sus moradores,  
 que trepan de Sion la mansa cumbre,  
 al derramar la aurora sus fulgores.

Brilla en sus rostros religiosa lumbre,  
 coronan sus doncellas gayas flores,  
 y hermosa más que todas, se adelanta  
 modesta Virgen con segura planta.

La hija es de David: su anciano esposo,  
 de puro amor y de ternura lleno,  
 con solícito afán la sigue ansioso  
 en tardo paso y ademan sereno.  
 De parecer gentil, como ella hermoso,  
 al lloro amargo y al pesar ajeno,  
 tierno garzón á entrambos acompaña,  
 cuya faz de dos lustros el sol baña.

Ya en los inmensos átrios se difunde  
 el pueblo de Israel, que en almo coro  
 mil y mil voces de placer confunde,  
 al humear la mirra y sicomoro.  
 Profunda admiración súbito cunde:  
 cesan los cantos y las arpas de oro;  
 y en las doradas cimbrias resplandece  
 llama fugaz que al punto desaparece.

Y fué que el templo saludó María,  
 en él entrando con Jesús divino,  
 quien ya en sus tiernas manos sostenía  
 lo porvenir del mundo y su destino.  
 Sencilla ofrenda á tributar venía  
 al Dios de Sabaot, que el matutino  
 aljófar en la flor ora derrama,  
 y ora entre rayos y aquilones brama.

Lució tres veces la risueña aurora,  
 y tres veces el templo sacrosanto  
 pobló Israel de música sonora,  
 blancas novillas ofreciendo en tanto.  
 Calló por fin la turba bullidora;  
 y de Betlem el patriarca santo,



apagado el incienso en los altares,  
gozoso torna á los desiertos lares.

Mas el umbral Joseph traspasa apénas,  
de muchedumbre innumerable opreso,  
cuando acerbo dolor hiere sus venas  
y agobia el corazon terrible peso.  
Busca á Jesús, encanto de sus penas,  
de grupos mil en el tumulto espeso;  
é inútil viendo al cabo su porfía,  
clava los ojos tristes en María.

Y aquella melancólica mirada,  
de virginal amor rico tributo,  
al alma cubre de la esposa amada,  
de sorpresa mortal, de angustia y luto.  
Muda su lengua, por la pena ahogada,  
su corazon al llanto queda enjuto;  
mas roto al fin el férvido venero,  
así prorumpe en éco lastimero:

— «¿Dónde la luz está del alma mia?  
¿Dó el Hijo caro de mi amor se esconde?»  
Y en tan mísero afán y angustia impía,  
con hondo sollozar Joseph responde.  
La faz al cielo levantó María:  
— «¡Padre, padre eternal, decidme dónde!»  
entre suspiros mil doliente exclama,  
y al ausente Jesús ansiosa llama.

Cual tórtola infeliz que al blando nido  
vuelve amorosa con creciente anhelo,  
y el fruto de su amor halla perdido,  
y en vez de gozo, amargo desconsuelo;  
y, exhalando del pecho hondo quejido,  
acusa triste, en su dolor al cielo,  
y al vago espacio, que asombrada mide,  
con incansable afán sus hijos pide,—

tal de Jesús la Madre Inmaculada  
vuelve á Sion el paso vacilante,  
y entre la inmensa turba, acongojada,  
llorosa busca su perdido Infante.  
Corre do quier; do quier atribulada  
lanza en vano gemido penetrante:  
que su justo dolor nadie comprende,  
y á la gozosa muchedumbre ofende.

Y alguna madre que al regazo oprime  
con vivo afán el cariñoso hijuelo,  
tal vez, al verla, compasiva gime,  
y dar anhela á su aficcion consuelo.  
Mas ponderando su dolor sublime,  
pesarosa la frente eleva al cielo;  
y entre caricias y amorosos lazos,  
trémula al hijo estrecha entre sus brazos.

— «¡Madres de bendicion! —la Virgen clama;  
Decidme, ¿qué dolor iguala al mio?  
¿Quién en vano cual yo, triste derrama  
de acerbo llanto inagotable rio?  
La aguda pena que mi pecho inflama  
mirad ¡oh ancianos! con semblante pío!  
Y vosotras, purísimas doncellas,  
cubrid de luto vuestras faces bellas!

» El Hijo dadme que doliente os pidol...  
Mirad que el corazon ya desfallece  
de tan duro tormento combatido...  
y el ánima angustiada languidece! »  
Y arrancando del pecho hondo gemido,  
entre fieras congojas palidece;  
y su frente doblando peregrina,  
de su esposo en el seno la reclina.

Mas renaciendo su fatal quebranto,  
tres soles su esperanza vió deshecha;



noche y día vertió mares de llanto,  
 su pecho hiriendo envenenada flecha.  
 Procura en balde el Patriarca santo  
 romper el lazo que su cuello estrecha;  
 hasta que al fin, postrada en su árduo empeño,  
 cerró sus ojos zozobrando el sueño.

Y desde el trono del Señor potente,  
 que el mundo alienta y que los astros guía,  
 bajó Gabriel en nube refulgente  
 sobre el pecho agitado de María.  
 Y — « ¡Alzad! — exclama en tono reverente;  
 Alzad ¡oh Virgen! Que ¡howáh me envía  
 para calmar vuestro dolor prolijo,  
 tornando al seno amante el dulce Hijo.

» Con vuestro esposo fiel, que al par contemplo  
 de tristeza mortal el alma henchida,  
 volved ¡Madre de amor! al sacro templo:  
 en él encontrareis contento y vida  
 y de divina ciencia vivo ejemplo. »  
 Dijo: en la nube se voló encendida;  
 y dando trégua á su profunda pena,  
 María despertó de dudas llena.

Y el apacible ensueño recordando,  
 que su angustiado corazón alienta,  
 al Patriarca de Betlem, llorando,  
 su afán, gozosa, entre misterios cuenta.  
 — « ¡Volemos, pues, al templo venerando! »  
 dice Joseph, y en su semblante ostenta,  
 mezclada de inquietud, alegre tinta  
 que su temor y su esperanza pinta.

Llegan del templo al pórtico sublime;  
 y trasponiendo la dorada puerta,  
 María el llanto y el dolor redime,  
 y al par sus plantas á mover no acierta.

No ya la duda ponzoñosa oprime  
 el corazón, ni la esperanza incierta  
 su pecho agita en lucha devorante:  
 que el rostro eleva de placer radiante.

Y ¡oh celestial portento y maravilla!...  
 Trás tantos y tan fieros sinsabores,  
 contempla al Hijo de su amor, que brilla  
 de la ley revelada entre doctores.  
 Sentado en medio, en eminente silla,  
 brotando de su faz vivos fulgores,  
 divina ciencia de sus lábios mana,  
 del mundo al disipar la ciencia vana.

Temblando el seno de la Madre, apénas  
 á contenerse en su efusión alcanza:  
 que es su placer inmenso, cual sus penas,  
 y hermosa realidad es su esperanza.  
 Arden de amor sus virginales venas,  
 de gozo henchida hácia Jesús se lanza,  
 y con ferviente anhelo en dulce lazo  
 le oprime ansiosa en su feliz regazo.

— « ¡Hijo del corazón! ¿Por qué llenaste  
 mi amante pecho de mortal congoja?  
 ¿Por qué mis alegrías disipaste,  
 cual tiernas flores huracán deshoja?  
 Mas cese mi dolor: el llanto baste,  
 que aún mi mejillas abrasadas moja:  
 tu padre y yo afigidos te buscamos,  
 mas junto á tí otra vez la dicha hallamos. »

Así la Virgen dice; y — « ¡No más lloro!... »  
 repite cariñoso el Hijo tierno.  
 — « Guardad, ¡oh dulce Madre! ese tesoro,  
 para domar las furias del infierno.  
 Guardadle, miéntras yo sumiso adoro  
 las santas leyes de mi Padre Eterno. »



Y descendiendo de la alzada silla,  
ante la Virgen y Joseph se humilla.

Agosto 4 de 1847.

## RECUERDOS DE BAENA

Sobre una altura escarpada,  
cuyo sólo aspecto admira,  
por los años respetada,  
una poblacion alzada  
cual roca del mar, se mira.

Jardin de eterna verdura,  
rico en fragancia y colores,  
cerca en torno á aquella altura,  
que ramillete figura  
tejido de hermosas flores.

Villa fuerte y fronteriza,  
fué espanto y terror del moro;  
y su vega fertiliza  
un rio, que se desliza  
por entre arenas de oro.

Denegridos torreones  
cual marcial corona ostenta:  
como otros tantos pregones,  
con que á las generaciones  
sus timbres de gloria cuenta.

Y allá en la cima, áun en pié,  
de su castillo famoso,  
que obra del árabe fué,  
trocado en jardin el foso,

la fortaleza se ve.

Sus armas ennoblecidas,  
triunfantes en cien batallas,  
mantienen, allí esculpidas,  
cinco cabezas, rendidas  
delante de sus murallas.

Y cuentan las tradiciones,  
que guardó cautivo, allí  
en aquellos torrönes,  
como prez de sus varones,  
al rey moro Boabdelí.

De veinte pueblos señora,  
alza su almenada frente;  
y al resplandecer la aurora,  
recibe allá triunfadora  
los homenajes de Oriente.

Envuelta en niebla sutil  
y celajes de arrebol,  
ve á sus plantas bellas mil,  
venciendo al florido Abril  
y eclipsando al mismo sol.

Las hermosas circasianas  
no son á su lado bellas,  
ni pueden las georgianas  
levantar la frente ufanas  
donde la levantan ellas.

Que es tanta su bizarría  
y tan gentil su apostura,  
que, dando luces al día,  
el encanto y la alegría  
difunden con su hermosura.

Sus negros ojos abrasan  
y su mirar envenena;  
y por do quiera que pasan,



los corazones traspasan  
las hermosas de Baena.

Sus labios de grana son  
como encendido capullo;  
y es su acento, una canción,  
que conmueve el corazón  
con su armonioso murmullo.

Y van siempre recatadas;  
porque saben que alucina  
el candor de las tapadas:  
que no hay glorias máspreciadas  
que las que el alma adivina.

Pero á través de su velo  
un rostro dejan mirar,  
que los ángeles del cielo,  
si descendieran al suelo,  
tuvieran por qué envidiar.

No ostentan en el tocado  
ni perfumes ni falsía;  
pero tienen vinculado  
el gracejo celebrado  
de la sal de Andalucía.

No han menester más riqueza  
para cautivar de amor,  
que su gracia y gentileza:  
pues vale más su belleza  
que el falso adorno exterior.

1836.

---

## ROMANCES



EL INFANTE DON JUAN MANUEL <sup>(1)</sup>

---

(1347)

En la renombrada cuna  
de Séneca y de Latron,—  
joya que el rey San Fernando  
de esclavitud redimió,—  
hay un magnífico alcázar  
de peregrina labor,  
que, al arábigo imitando,  
arte cristiano trazó.

Allí, en camarín dorado,  
do nunca penetra el sol,  
brillan dos blancas bujías  
con tembloroso fulgor.

Y por entre ricos paños,  
que la heráldica exornó  
con alas de águila en plata  
y con garras de leon,  
sus pálidos rayos cruzan,  
que en siniestro resplandor,  
el noble semblante bañan  
de respetado varon.

Mortal fiebre le aprisiona  
en el lecho del dolor;

---

(1) Nació en Escalona el año de 1282; murió en Córdoba el de 1347.



mortal fiebre, que le avisa  
de que ya le llama Dios.

Al lado del lecho, inmoble,  
con faz triste, que surcó  
amargo llanto abundoso,  
se vé un apuesto garzon.

Profundo silencio guardan  
há larga pieza los dos:  
ambos con pena se miran,  
que hay en ambos mucho amor.

Al cabo el anciano prócer  
da movimiento á su voz,  
y con acento solemne  
estas palabras habló:

— Fijo mio don Ferrando,  
fijo del mi corazón,  
vet que la mi fin se viene  
et fincades solo vos!

— Non llorédes, — le replica; —  
non llorédes, padre, non;  
ca fijo de atales padres  
nunca señoero fincó.

— Mal juzgádes, mi Ferrando;  
ca si aprés de muerto yo,  
sódes vos, por ser mi fijo,  
quien vádes del rey en pos;

si avrédes vos más vasallos  
que otrie natural senyor  
posando en vuessos castiellos  
de Múrcia fasta en Gijon,  
non curédes, el mi fijo,  
que avrédes entera pró,  
si non logradés riqueças

de más turable fulgor.

Ansy yo, moço de dias,  
quando el mi primo finó  
et su mogier et su fijo  
puso só el mio pendon, —

asmé que los mis averes  
et que la onra y la claror  
de los reys, onde vengo,  
farían escuro el sol.

Non ovo estonce en Castiella  
ome que más s'argulló;  
et magüer que me aviltaba,  
tove que ganaba onor.

La reina dona María,  
fembra de grant coraçon,  
quis' meter só la mi mano...  
Non me lo demande Dios!

Fiz guerras, muertes et robos,  
como malo mezclador,  
et non dí pas á mi rey,  
salvo si él non la tractó.

Assaz rico, en la su casa  
ove el offiçio mayor,  
et los mis algos cresçieron,  
et mi argullía cresçió.

Mas pero el buen don Ferrando  
fizo passada veloz,  
et ¡mal peccado! á Castiella  
un ynfante rey fincó.

Don Ferrando, fijo mio,  
¡ay! cómmo terresçe al cor  
la angoxosa remembrança  
de la mi torpe ambiçion!

Muerto el rey, dona María



con los sus fijos tornó,  
syn mí, á mamparar el regno:  
tóvelo á proprio baldon...

Fiz con los Ynfantes vieios  
liga, et m'aclamé tutor;  
et labré siellos reales  
et dí et tiré syn raçon.

En bolliçios é omeçillos  
el regno todo s'ardió;  
et luengos anyos las flamas  
dieron bermeia color.

Mas, dizlo antiguo retrayre:  
*consiente et non siempre Dios;*  
et todo tornóse fumo,  
ome fecho el ninyo Alfon.

Coronado, quiso el ceptro  
aver á la su sabor;  
et por quel' daba çoçobras,  
don Johan, el Tuerto, mató.

Yo, mi Ferrando, al roydo  
de su muerte, ove pavor:  
foý la primer vegada  
é alçé contra el rey pendon.

Quandol' sopó, diz que al rey  
mudógele la color;  
et por averme el su amigo,  
mi yerno s'apellidó.

Yol' dí mi fija Constança;  
lo demás sabédes vos:  
la pas foé guerra de muerte,  
que ha syete anyos finó.

Dos vegadas, el mi fijo,  
demandé al rey de Aragon,  
desnaturado del regno,

mamparança en mi dolor.

Á la fin besé la mano  
de qui el dogal m'aprettó:  
vet onde el peccado lieva  
de soberbiosa ambiçion!

—Padre, el mi padre, essa estoria,  
—repuso el noble garzon, —  
guardada terné en el pecho,  
comme el aver de más pró.

—Sí, don Ferrando: et ¿queredes  
saber en la mi affixion,  
onde solaçes fallava?...  
Oitme, por el vuessó amor:

Seyendo chico orphaniello,  
la mi madre cobdiçió  
criança darne et maneras  
de fijo de Emperador.

Latin deprendí, et las artes  
de la caça et venaçion:  
et fiz *proverbios et ergos*  
con sotileça et primor.

En los libros que ordenára  
mi tio el rey don Alfon,  
aprés mi sediento esprito  
d'arte atal s'assaboró,  
que en escripturas de sábios  
de sçiençia et de recreaçion  
despendí luengos averes:  
non despendí otros mejor!

Leý en ellas noche y dia,  
seyendo atal la mi pró,  
que si demandé conseio  
ove ansy consolaçion.

Sabieça et sesso adunados



con los anyos, plógo á Dios  
que vniesses en mi talante  
de façer qualque oraçion.

Escreví, et los sabidores  
profaçaron mi labor;  
mas pero non me tiraron  
de la mi noble entençion.

Ansy, magüer las *Cantigas*  
fiçe por delectaçion,  
et dí el *Libro de los sábios*  
á los más legos que yo;

magüer de *Caça et de Engemos*  
tracté, por façer favor  
á cavalleros et mílites,  
que escarnesçieron el don;

magüer la *Estoria de España*,  
á onra del rey Sabidor,  
abrevié, et sólo ove en pago  
fructo de murmuraçion, —

aviendo grande fiuça  
de que á la postre el amor  
con que á los omes fablaba  
fallase el su gualardon,

fiz de la *Cavallería*  
otro *Libro*, et otro en pos,  
que al *Escudero* amostrava  
las leys d'estado maior.

Á Dios Uno et Trino estonçe  
plógo que fuérades vos:  
en la cuna, mi Ferrando,  
vos dí mi benediction...

Et por que salvos cresçieran  
vuessa mente et vuesso cor,  
con la mi sçiençia un castiello

entendí labrarvos yo.

Con fin atal y atal cabsa,  
fiz el *Conde Lucanor*,  
libro sobido en quilates,  
magüer de chica faction.

Partido en quatro partidas,  
en cada enxemplo vos dó,  
para pas et para guerra,  
de mucho buen sabidor.

Et veyendo vos conplia  
saber de mundo et de cort,  
fiçe esso mesmo otro livro  
de muy polida invencion.

Fablé en él de todas *Leyes*,  
que han los omes para Dios,  
et fablé de los *Estados*  
del siglo et de religion.

Pusel' *Livro del Infante*:  
guardat su fructo et su flor:  
ca saborosos bocados  
vos dará en qualque saçon.

Ansy, coibdando que oviesse  
sçiençia estorial en vos,  
fiçe *Crónica complida*  
de Castiella et de Leon.

Aprés, ca vos vino en mientes  
de façervos trovador,  
de *Leyes del Trovar* un libro  
mi péñola acopiló.

Et mientra daba al castiello,  
que vos labraua el mi amor,  
muros de fuerte sabieça  
et torres de discrepçion;  
mientra fenchía el su foso



de prudencia et de pudor,  
 et barbacana et almenas  
 sesso avien por blason,  
 de experencia et temperança  
 coibde en el su centro yo  
 día y noche fabricarvos  
 envençible torreón.

De *Castigos et Consejos*,  
 que ove del mundo traydor,  
 façervos quis 'un tractado  
 de vuessa virtud crysol.

Començelo ha luengos anyos,  
 pues sólo aviades dos:  
 apellidatle *Enfinido*,  
 ya que syn cabo fincó.

D'otros livros, mi Ferrando,  
 en que fallé grand dulçor,  
 (ansy commo el de *Masquefa*  
 et el de *Frey don Alfon*),

non es bien que agora os fable,  
 quando á pena la mi voz  
 á darvos senyal alcança  
 del mi paternal amor!...

—Don Johan, el mi padre amado,  
 fiar devédes en Dios  
 et en la su Virgen Madre  
 salut et confortaçion.

—Salut sí, fijo del alma,  
 pero otra salut meior  
 que la del cuerpo, ques' torna  
 ya al barro d'onde sallyó!—

Estas palabras el prócer  
 dijo con tanto dolor,

que á nuevo llanto provocan  
 al afligido garzón.

Al verlo su tierno padre,  
 de su pecho quilató  
 la congoja, y así exclama,  
 con tono consolador:

—Don Ferrando, don Ferrando,  
 fijo, non lloredes, non:  
 ca si en ora de Dios muero,  
 á vida syn muerte vó.

Alegrança, al partir lieva  
 mi ánima, et non tristor,  
 veyéndovos en tal vía  
 qual siempre vos cobdició.

Si della non vos tirades,  
 luenga folgura et onor  
 avrédes, limpia de premia  
 et de traydora ambiçion.

Omilde, á Dios et sus Sanctos  
 avetles siempre temor;  
 ca no logrará ventura  
 el que non temiere á Dios.

Al rey servit con lealtança,  
 commo vasallo de pró:  
 ca qui mal á su rey sirve,  
 non falla buen servidor.

Set para vuessos eguales  
 franco et de franca entençion:  
 ca qui sembrare sospechas,  
 fumo cogerá et dolor.

Largueça mostrat sin tassa  
 para los menos que vos:  
 ca sólo en el dar conosçen



los menudos el senyor.

A órphanos et viudas  
set panyo et consolaçion:  
ca qui non consueta al triste,  
piedat non espere en Dios.

Con vuessa mogier avrédes  
siempre un rostro et un amor;  
criar hedes vuessos fijos  
en chripstiana somission.

Et sy un dia vos falleçen  
los castigos que vos dó,  
retornat, fijo, al castiello  
de sabiaça et discription...

Agora, pues Dios lo quiere,  
et nos partimos los dos,  
afinojatvos, mi fijo,  
é avet mi benediction.—

Ambas rodillas el jóven  
ante su padre dobló,  
ahogando en tristes sollozos  
su llanto desgarrador.

Don Juan, clavando en el cielo  
sus miradas, extendió  
sobre él la trémula diestra,  
y dijo con dulce voz:

— Senyor Dios, que cielo et tierra  
feçistes por el tu amor  
et diestes lumbre á la lunna  
et fuego diestes al sol:

Tú, que en sacta madre Virgo  
prisiestes Encarnaçion  
et en omil portaliello  
naçiestes, inmortal flor:

Tú, á quien tres reys de l'Arabia  
feçieron adoraçion,  
et muy sapientes dotores  
requeriestes, qual dotor:

Tú, que á Jonás diestes vida,  
quando en mar fonda cayó,  
et á Daniel salvastes  
de cárcel et de leon:

Tú, que á Abraham enviastes  
enfenida sucçesion,  
que egualando las estrellas,  
la redondeza pobló, —

tu Espirtu á mi lengua envía,  
por que pueda agora yo,  
dar al fijo de mi alma,  
paternal benediction! —

Habló; y brillando en su rostro  
dulce é inefable amor,  
así con solemne acento,  
reanimado, prosiguió:

— Yo, Ferrando, vos bendigo  
en el nombre del Criador!  
¡Plegue á Dios que á vuessos nietos  
ansy bendigades vos! —

Calló el anciano: en silencio  
la rica estancia quedó,  
que apénas interrumpia  
débil y tardo estertor.

Al cabo, con voz entera,  
que atruena el breve salon:  
— Adios fijo! ¡Dios me llama! —  
dijo, y tranquilo espiró.



# LA PALABRA DEL REY

(1353)

## ROMANCE PRIMERO

### EL TORNEO

El ancho circo se llena  
de multitud clamorosa,  
que atiende á ver en su arena  
la sangrienta lid dudosa,  
y todo en torno resuena.

MORATIN.

#### I

Asciende al cenit triunfante  
el sol, de los mundos vida,  
y leves nubes, en torno  
de su pura lumbre giran,  
miéntras se ven en Torrijos,  
que de los reyes es villa,  
volar en ancho palenque  
pendones, que el mundo envidia:  
que celebra el Rey don Pedro  
pomposas fiestas, publican,  
y con sus motes y empresas  
que allí está su córte gritan.  
Las anchas plazas y calles  
que dan entrada á la liza.  
inunda concurso inmenso,  
cual de un rio la avenida.  
Ora gritando los unos,

lentos de ansiedad se agitan,  
y por llegar al estádio  
se atropellan y se pisan.

Ora, los otros, logrando  
cómodo asiento y con vistas,  
alborozados prorumpen  
en estrepitosos vivas.

Los lances, que en un torneo  
le ocurrieron en Sevilla,  
aquí, sentado en la valla,  
un jóven hidalgo explica,

miéntras, sañudo un macero,  
con mano imperiosa quita  
de su asiento á un noble anciano,  
que en balde por él suplica.

Allí, en corrillos disputan  
lo que las justas motiva,  
y circulan entre todos  
opiniones muy distintas.

Algunos, que á doña Blanca  
espera don Pedro afirman,  
y festejarla pretende  
como á Reina de Castilla.

Otros, con grande misterio,  
dicen que doña María,  
su dama, es sólo el motivo  
de que arda en fiestas la villa;  
y añaden, dando importancia  
á sus dudosas noticias,  
que hasta el mismo Rey don Pedro  
tambien por su hermosa lidia.

Mas, alzando de improviso  
estruendosa gritería  
la multitud, que se encuentra



del circo en las avenidas,  
pone fin á estas escenas  
y del vulgo á las hablillas,  
el cual absorto da paso  
á la régia comitiva.

## II

En colgados miradores,  
que ricos paños tapizan,  
tienen asiento las damas  
de noble alcúrnica en Castilla.

Todas con ansia desean  
ver ya á su amante en la liza,  
y con entusiasmo ardiente  
el triunfo para él codician,  
ó con tierno afán, dudosas,  
de la suerte desconfían,  
y, de pensar que otro triunfe,  
llenas de inquietud se agitan.

Ocupa el balcon del Rey,  
causando á todas envidia,  
de perlas de Oriente ornada  
la gentil doña María;

y obséquianla caballeros,  
cuya ancianidad les priva  
de combatir, cual briosos  
en otro tiempo lo harían.

Sentados están los jueces  
que las justas autorizan,  
en dos distintos cadalsos  
que el ancho circo dominan,  
y en otros dos, ricamente  
adornados, se divisan

los hidalgos extranjeros  
que á ver las fiestas venían.

Murmura el pueblo, impaciente  
porque tardan las cuadrillas,  
y el freno de la obediencia  
á romper indócil iba,

cuando, sin tener espacio  
ni aún para ver sus divisas,  
contempla absorto la plaza  
de paladines henchida.

## III

Por dos puertas diferentes  
entran, piafando, en la liza  
los valientes campeones,  
y en torno al palenque giran.

Cabalgan ágiles potros,  
que nacieron en la orilla  
del Guadalquivir, y al viento  
en velocidad imitan;

y todos cubiertos vienen  
de fuertes armas bruñidas,  
que al reverberar su lumbre,  
los rayos del sol eclipsan.

Vuelan gallardos airones  
de sus cascos en la cima,  
y en ella también, mezcladas,  
azules y blancas cintas.

Llevan al brazo los unos  
rojas bandas por divisa,  
y escrito en la récia adarga:  
*No hay poder que me resista.*

Ciñen los otros, vistosas



verdes fajas peregrinas,  
y llevan también por mote:  
*¿Dónde estará el que me rinda?*

Gobierna las bandas rojas,  
con apuesta bizarría,  
sobre un fogoso castaño,  
Juan Alonso de Padilla;  
y es capitán de las fajas  
un joven de planta altiva,  
que de poderoso bayo  
rige la espumosa brida.

## IV

No bien con fiero aparato  
las dos contrarias cuadrillas  
dieron tres vueltas al circo,  
que asordan alegres vivas,  
cuando el altísimo estruendo  
de marcial trompetería  
junto á los jueces resuena,  
y á la ardiente lid incita.

Revuelven todos á un tiempo  
con diestra mano las bridas;  
y á jurar las condiciones  
van, que gobiernan la liza.

Toman de los pajecillos  
iguales y gruesas picas:  
el campo entre sí dividen,  
y á sus puestos se encaminan.

Llenan otra vez los vientos  
las trompetas y bocinas,  
y entrambos los capitanes  
las fuertes lanzas enristran.

No así, bramando, dos tigres  
corren la abrasada Libia  
á destrozarse sangrientos,  
ardiendo en furor y en ira,—  
cual, volando, se acometen  
aquellas dos moles vivas  
de acero, que temblar hacen  
la tierra que altivos pisan.

Júntanse al paso orgullosos:  
ninguno el encuentro esquiva;  
y crujen los anchos petos,  
brotando azuladas chispas;

mas sin poder retirarse,  
por breve instante vacila  
de Juan Alonso, el castaño,  
y al fin, aturdido, hocica.

Llenan el espacio inmenso  
los aplausos y los vivas,  
y el segundo de las bandas  
entra sereno en la liza.

Colócase frente á frente  
de la contraria cuadrilla,  
y sobre el joven bizarro,  
cual rayo, se precipita.

Encuentra con él furioso  
en mitad de su corrida,  
y, al fuerte choque tremendo,  
lanzas y arneses rechinan,  
clavándose al mismo tiempo  
la que el capitán blandía,  
y arrancando, al apartarse,  
al paladín de la silla.

Guarda, sorprendido, el pueblo  
hondo silencio: en seguida



otro de las bandas rojas  
de los suyos se desvía;  
y resuelto, cual valiente,  
veloz, cual águila altiva,  
dando la vuelta al estádio,  
frente al vencedor se fija.

Avanzan... Mas todo en balde:  
contraria la suerte impía,  
á los de las bandas siempre,  
de lograr el triunfo priva:

que el caudillo de las fajas,  
más firme que enhiesta encina,  
que tempestades resiste,  
y huracanes desafía;

más furioso que el torrente,  
cuando arrasa la campiña;  
más aterrador que el rayo,  
cuando torres arruina, —  
á cuantos la lid sostiene  
hiere, desarma, ó derriba;  
y, es tanto el pavor que infunde,  
que á todos hiela y fascina.

Ya no hay brazo que mantenga  
contra el vencedor la pica,  
ni quien el estádio pise,  
ni quien la justa prosiga.

Contempla atónito el pueblo  
tantas victorias, y en vivas  
estruendosos se deshace,  
que al paladin felicitan;

miéntras él, girando en torno  
del ancho palenque grita,  
con voz y ademan triunfantes:  
—¿Dónde estará el que me rinda?

En esto, de los cadalsos,  
do lucen su bizarría  
los ilustres extranjeros,  
salir un jóven se mira,  
quien, sin cuidarse de nadie  
y sin que nadie la vista  
fije en él, rápidamente  
se dirige hácia la villa:  
que tal vez creyó las fiestas  
con la justa concluidas,  
ó el ver tamaña fortuna  
le causa tédio, ó le indigna.

## ROMANCE SEGUNDO

### UN LANCE IMPREVISTO

Apenas el no vencido  
con tanto orgullo pronuncia  
tres veces, el fiero mote,  
que á los vencidos insulta, —  
cuando en las calles cercanas  
al ancho circo, retumba  
griterío estrepitoso,  
y — ¡Abridle paso! — se escucha,  
presentándose, cubierto  
de empavonada armadura,  
un guerrero, en cuyo porte  
noble altivez se vislumbra.

No lleva en el fuerte casco  
volando, cintas ni plumas,  
ni el brazo con bandas ciñe,



ni con fajas la cintura;  
 tampoco en la adarga ostenta  
 pomposos motes, ni anuncia  
 que su dueño es invencible,  
 como es costumbre en las justas;  
 y, tal vez por un descuido,  
 que notó, al entrar, la turba,  
 lleva acicates de oro  
 do ricas piedras relumbran.

Oprime un troton rodado  
 de espesa crin guedejuda,  
 cuya hermosa estampa admira,  
 y cuya fiereza asusta.

Veloz el circo atraviesa,  
 y airoso y cortés saluda  
 al vencedor arrogante,  
 quien al mirarle se inmuta.

Llenas las formalidades,  
 ambos paladines cruzan  
 rápidos la plaza extensa,  
 y en medio de ella se juntan,  
 rompiendo las fuertes lanzas  
 con tanta cólera y fúria,  
 que las astillas, zumbando,  
 los rayos del sol anublan.

Con otras picas prosiguen  
 la ya encarnizada lucha;  
 y, encontrándose de frente,  
 queda la victoria en duda;  
 pues al empuje violento  
 ambos corceles reculan,  
 y, sentándose en la arena,  
 por tenerse, en balde pugnan;  
 hasta que espuelas y frenos

con ágil fiereza aunan  
 los ginetes, levantando  
 al par sus cabalgaduras.

Y, aunque furiosos las vuelven,  
 la arena escarban y bufan  
 y permanecen clavadas,  
 nadando en mares de espuma.

Mas, cediendo al acicate,  
 parten ambas con tal fúria,  
 que asordan al rudo choque  
 el palenque, donde luchan.

Rómpe se la gruesa lanza  
 que el desconocido empuña;  
 pero la media asta rota  
 queda en aguzada punta,  
 y en la manopla se clava  
 del vencedor: lo derrumba  
 con pesado golpe al suelo,  
 y en sangre el arnés le inunda.

El pueblo imbécil aplaude  
 con desenfreno y locura  
 al incógnito que, en tanto,  
 los arzones desocupa,  
 y se dirige al vencido,  
 quien levantarse procura;  
 y, alzándole la visera,  
 retrocede y se espeluzna,

mirando á sus piés al Rey  
 de Castilla, que en la justa  
 su alta majestad esconde  
 bajo vulgar armadura.

Las gentes, al conocerle,  
 quédanse de asombro mudas,  
 y los aceros cortantes



contra el triunfador desnudan.

Mas volviendo en sí don Pedro,  
ansioso al guerrero busca  
con la vista, y al hallarlo  
afable le dice:—Tuya  
es la victoria, valiente!  
Guárte ¡vive Dios! que nunca  
otro acero donde el tuyo  
se desenvaine ni luzca!

Vete en paz: bien entendido  
que aquí mi poder te escuda...  
Y ¡ay! del insano, que hacerte  
óse la más leve injuria!—

### ROMANCE TERCERO

#### EL RETO

Y para obligaros más  
vuelvo á decir que detrás  
de San Agustín espero.

(Los empeños de un acaso)  
CALDERON.

#### I

Entre pardos nubarrones,  
que el cielo, cruzando, empañan,  
mústia y sin color, la luna,  
por resplandecer se afana,  
quebrando su luz sombría  
en las desiguales casas  
de Torrijos, que en silencio  
sepulcral yace asombrada,

sin que se escuche en la villa  
rumor alguno, ni vagas  
reminiscencias siquiera  
de la fiesta, ya pasada;  
y sólo, allá en el sagrado  
del hogar, y con voz baja  
y misteriosa, el suceso  
trágico algunos relatan.

Mas en tanto un caballero,  
cuyo semblante retrata,  
con el dolor más profundo,  
la agitacion más amarga,  
vistiendo negro tabardo,  
puesto un birrete de grana,  
sentado está y pensativo  
y callado, en una estancia.

Los reflejos vacilantes  
de una luz trémula y vaga,  
dibujan en las paredes  
sombas diversas y extrañas,  
yendo despues á quebrarse  
en dos fornidas corazas,  
una en el suelo tendida:  
otra en la pared colgada.

Ricas labores en ésta  
sobre el acero resaltan;  
aquella está sin adornos,  
sin bruñir y empavonada.

Mas desde luégo se advierte  
que de un dueño son entrambas,  
y que la mejor ostenta  
de Aragon las rojas barras,  
notándose en la del suelo  
algunos golpes de lanza,



dados con tal fúria y brio,  
que la abollan y la rayan.

## II

De repente el caballero  
del ancho sitial se alza,  
requiriendo con la vista  
las no primorosas armas;

y, arrugando el entrecejo,  
dice confusas palabras,  
hasta que con voz entera  
y firme ademán exclama:

— No pienses, Rey, que yo fío  
de tu palabra en la fé:  
pues cómo las cumples sé,  
y no es tal mi desvarío.

Sé cuán fácilmente prende  
el ódio en tu corazón,  
y que el nombre de Aragon  
tu orgullo arrogante ofende.

Sí: no juzgues que insensato  
duerma tranquilo en tu suelo;  
porque todo lo recelo  
de tu proceder ingrato.

Si quieres, lidiar no esquivo  
con tus más fuertes guerreros;  
mas sin amaños arteros:  
cuerpo á cuerpo, estribo á estribo!  
Que vengan... Sí! —

Rumor leve  
se escucha en la puerta, y guarda  
por breve instante silencio,  
la mano puesta en la espada.

Suena otra vez el ruido,  
como del que ansioso llama;  
y el aragonés al punto  
corre á saber quién lo causa,  
encontrando un escudero,  
en cuyo pecho las armas  
de su noble dueño brillan,  
y que de este modo le habla:

— ¿Sois vos Mosen de Biedma?

— Tal me nombro y tal me llaman.

— Para vos díome este pliego  
Melchor Gomez de Celaya,  
mi señor: ved si hay respuesta,  
que el negocio es de importancia.  
Cuidad, el buen caballero,  
pues va en ello vuestra fama.

— Tened ¡vive Dios! la lengua,  
que si quien sois no mirara,  
ya, por Cristo, vuestro lábio  
sellado hubiera mi espada!

Id con Dios, el escudero;  
mas decid al de Celaya,  
que soy noble, y soy Biedma...

— ¿No más le digo?

— No: basta.

— Quedad con Dios. —

É inclinando

con desmedida arrogancia  
levemente la cabeza,  
de la puerta el dintel pasa,  
miéntras tanto furibundo  
el sobrescrito desgarró  
Mosen Piquer de Biedma,  
y lee el billete en voz alta:



«De aleve, Mosen, os reta  
Melchor Gomez de Celaya,  
y en el castillo de Azarque  
á media noche os aguarda.

»Ved que si al reto faltais  
tendreis de cobarde tacha:  
en vuestro valor confío,  
y espero que no hareis falta.»

Apénas el caballero  
leyó, temblando de rabia,  
el insultante billete,  
en que dudan de su fama,—  
cuando sonrisa de triunfo  
en sus lábios se retrata,  
y con altivo semblante  
así prorumpe:

— Os doy gracias,

Melchor Gomez, por el reto;  
y á no ser quien sois, dudára...  
Mas no: que noble he nacido,  
y es la duda muy villana.

Iré á Azarque á media noche,  
como vos decís, *sin falta*.  
¡Ferran! ¡Ferran! el caballo,  
la pica, el arnés, la adarga!

Pronto! Volando, Ramiro,  
mi caballo tordo! —

Y marcha

á buscar á su escudero,  
y al combate se prepara.

### III

Al pié de un alto castillo,  
què fuertes muros resguardan,

sobre una peña sentado  
está un hombre, en cuya traza  
se advierte que es caballero,  
y su agitacion delata  
la inquietud de quien espera,  
cuando lo que espera tarda.

Tiene en la siniestra mano  
el freno que altivo tasca  
troton castaño brioso;  
lleva en la diestra la lanza;  
cubre su cuerpo y lo ciñe  
una armadura pesada,  
bajo de la cual se esconde  
espesa cota de malla,  
y de la cintura cuelga  
la amenazadora espada,  
miéntra apoya en las rodillas  
doble y resistente adarga.

La luna entre densas nubes,  
que de vez en cuando salva,  
refleja en el ancho peto  
sus resplandores opaca;  
y de sombras y ficciones  
llena su luz solitaria  
el campo, y la fortaleza,  
que al cielo sus moles alza,  
y de la cual huye el vulgo  
medroso, á larga distancia  
porque dicen que está llena  
de espectros y de fantasmas.

De pronto resuenan pasos:  
el hombre al momento embraza,  
levantándose, el escudo;  
en el fiero bridon salta,



y mira luégo acercarse  
sobre un tordillo con pausa  
un caballero, que, al verle,  
le pregunta:

—¿Sois Celaya?

Y—El mismo, soy,—le responde.

—Preveníos: *que sin falta*  
véisme llegar al castillo:

juzgo que no tendré tacha  
de *cobarde*... Á lo demás

os va á contestar mi lanza.

—Lo veremos...—Y al instante,  
á tomar campo se apartan.

#### ROMANCE CUARTO

##### EL PRECIO DE UNA PALABRA

. . . . . y salgo luégo  
á la palestra en que aguardando estuve  
en un rayo andaluz, mónstruo, de fuego.

(*El Tejedor de Segovia*)—ALARCON.

##### I

Apénas lanzó en Oriente  
el sol sus primeros rayos  
espléndido y majestuoso,  
sobre el suelo castellano,  
cuando en las calles y plazas  
de Torrijos, mil hidalgos  
se ven cruzar, que afanosos  
van de su Rey al palacio.

Algunos, al encontrarse,  
con misterioso recato  
y con temor se preguntan  
de su monarca el estado,  
y afirman que es peligrosa  
la herida, y con sobresalto  
añaden que, si no muere,  
tal vez perderá la mano.

Otros, con más esperanza  
quieren probar lo contrario,  
y dicen que en pocos dias  
quedará repuesto y sano;

mas sobresale entre todos  
gentil, altivo y gallardo,  
de ricas armas cubierto,  
un caballero, que ufano,  
en voz alta y ahuecada,  
con noble desembarazo,  
dice: — Si don Pedro espira,  
queda ya su honor vengado.—

##### II

En espacioso aposento  
que entapizan ricos paños  
de Pérsia, y vistosas telas  
de Córdoba y de Damasco,  
sobre lecho suntuoso  
don Pedro está recostado,  
y en él se agita impaciente,  
sin que consiga descanso;  
en el almohadon morisco,  
de mil labores bordado,  
deja caer lánguidamente



herido el derecho brazo.

Tiene en completo desórden  
el rubio y ensortijado  
cabello, la faz doliente  
sus mechones ocultando;  
y con delirante aspecto  
repite sañoso el lábio  
del aragonés la hazaña  
dándole el nombre de *bravo*.

Están en sendos sitiales  
á su derecha sentados  
don Alfonso de Alburquerque  
y Nuño Perez Quijano;  
y sobre morisca mesa  
de bello y costoso ornato,  
se ven sin órden alguno  
muchas redomas y vasos,  
— que mil bálsamos contienen  
y otros químicos extractos, —  
yerbas y varios vendajes  
de finísimo olán blanco.

Al otro lado se miran  
de pié muchos cortesanos,  
entre los cuales se cuentan  
sapientísimos prelados,  
ricos-hombres y guerreros,  
del árabe audaz espanto,  
pajes é ilustres donceles,  
mesnaderos y fidalgos.

Todos con triste semblante  
contemplan al soberano;  
y en cada rostro se pintan  
pensamientos encontrados,  
miéntras Rabbí Menasséh,

— doctísimo judiciario,  
que logró extendida fama  
en la ciencia de Esculapio, —  
ora arruga el entrecejo,  
haciendo signos extraños  
sobre el brazo de la herida,  
que solícito ha curado;  
ora entre dientes murmura  
quizá benéfico ensalmo,  
con que conseguir espera  
la salud del soberano.

Mas de pronto el Rey don Pedro,  
la tranquilidad cobrando  
é incorporándose, abre  
los brillantes ojos garzos:  
tiende en torno la mirada,  
como quien pretende acaso  
encontrar un confidente  
á quien dar algun encargo;  
y al hallarse con Alfonso  
de Alburquerque, su privado,  
y al mirar que está á su diestra  
Nuño Perez de Quijano, —  
dilata el grave semblante,  
y en él su afecto mostrando,  
dice en voz alta á los nobles,  
cariñoso y reposado:

— Gracias os doy, mis leales,  
gracias os doy, mis hidalgos;  
dichoso Rey, el que inspira  
tal afecto en sus vasallos.

Dios, con piedad infinita,  
vuestrós ruegos ha escuchado:  
ya estoy mejor: vos, don Nuño



y don Alonso, acercáos:  
 quiero que sepais el nombre,  
 la condicion y el estado  
 del justador valeroso,  
 que ayer me venció bizarro:  
 que le traigais al momento  
 aquí: escuchar de su lábio  
 dónde ha nacido, y si quiere  
 ser mi féudo, ó mi vasallo.

Decidle que el Rey don Pedro,  
 no ofendido, mas prendado  
 de su valor, darle quiere  
 justo premio. Ved que aguardo  
 impaciente, y no volvais  
 sino de él acompañados:  
 que honra será de mi reino  
 tener en él tal hidalgo. —

## III

Dijo el Rey: y en el instante  
 Nuño Perez de Quijano  
 se dirige presuroso  
 á la puerta del estrado;  
 y apénas el umbral pisa  
 de la régia estancia, cuando  
 armado de todas piezas,  
 resuelto y con firme paso,  
 entre el general silencio  
 de nobles y cortesanos,  
 un caballero penetra,  
 la vénia del Rey tomando;  
 quítase el bruñido almete

con gentil desembarazo,  
 y así dice al Rey don Pedro,  
 ambas rodillas doblando:

— Perdonadme, Señor, si aquí atrevido  
 á vuestras plantas afanoso llego.  
 Á ellas postrado, el corazon rendido,  
 con la vida, á la par, humilde entrego.  
 La audacia de Mosen, nunca vencido,  
 á humillar aspiró mi encono ciego;  
 y al amparo de Dios, ya puro brilla  
 el honor de mi Rey y el de Castilla!

— Levantad, el de Celaya, —  
 dijo el Rey, — y hablad más claro:  
 pues ni sé qué agradecereros,  
 ni qué honor habeis vengado.

— Sólo el vuestro, Señor: que, al ver la hirviente  
 régia sangre brotar de la ancha herida,  
 tembló mi pecho de furor creciente...  
 Juré vengaros, ó perder la vida;  
 y retando á Biedma, frente á frente,  
 por vengar á mi Rey, no me intimida  
 la terrible pujanza de su diestra,  
 y pongo junto á Azarque la palestra.  
 Vuelo á vencer, ó á sucumbir glorioso;  
 y del castillo al pié, trotando, llego  
 en un corcel castaño poderoso,  
 que altivo arroja por los ojos fuego.  
 Todo en silencio estaba y en reposo,  
 turbando sólo el natural sosiego  
 el cárabo locuaz, que agüeros canta,  
 su voz ahogando en la fatal garganta.



Dos horas esperé junto al castillo,  
de cólera, y rencor, y rábía lleno;  
y vile, al fin, llegar sobre un tordillo,  
con grave páusa y ademan sereno.  
Veloz en mi caballo, al descubrillo,  
salté, rigiendo el espumante freno,  
y los dos, furibundos, al mirarnos,  
volcanes fuimos, do temí abrasarnos.

Clavamos á la par el acicate,  
con rapidez surcando el viento leve;  
y entrambos fuimos, al tremendo embate,  
montes que el huracan tronando mueve.  
Dudoso un punto se mostró el combate;  
mas dando á su bridon la vuelta breve  
y del rayo Mosen siendo la llama,  
la arena beso, y vencedor se aclama.

Ufano con el triunfo y arrogante,  
dejó el tordillo corredor fogoso,  
y descubriendo rápido el semblante,  
así, al mirarme, prorumpió orgulloso:  
—« Ya conoceis, Melchor, de mi pujante  
brazo el poder, al combatir furioso...  
Hidalgo, alzad: la vida vos concedo:  
recibidla, que es mia, y darla puedo.»

—« ¡Nunca! —le respondí. — Jamás! La vida  
carga es, sin el honor, tan afrentosa,  
que ántes de que la guarde envilecida,  
arrancarla sabrá mi mano ansiosa!  
Matadme, ó comenzad la lid perdida!  
No pretendais, Mosen, de mí otra cosa!»  
Y alcéme, y á la vez nos prevenimos,  
y la lid con espada proseguimos.

Ora anhelando, de soberbia mudos,  
el triunfo conseguir, con doble aliento,

en trozos mil partimos los escudos,  
sus sonos dando al ofendido viento;  
y esforzando el vigor, ora sañudos  
hicimos retemblar con ronco acento  
las altas torres del castillo moro,  
que el grito horrendo repitió sonoro.

Cruzan en tanto la turbada esfera  
manchadas nubes: se ocultó la luna,  
y en sombras envolviendo la pradera,  
quedamos á la par sin luz alguna.  
Tuvo con esto fin la lucha fiera  
y por mí decidióse la fortuna:  
cayó Mosen, y en su terrible estrago  
nadó de sangre en el caliente lago! —

Calló Celaya: don Pedro  
habla en secreto á Quijano,  
quien al punto desaparece,  
y así contesta al hidalgo:

— Gracias mil el caballero,  
cuya honra habeis puesto en salvo,  
os rinde, Celaya altivo,  
por vuestra hazaña obligado.

Vivid en la certidumbre  
de que no ha de ser ingrato:  
que tales servicios, nunca  
pueden quedar olvidados.

Pero el Rey tampoco puede  
olvidar, que á su mandato,  
que es ley suprema en el reino,  
desatento habeis faltado.

El Rey por su nombre os jura  
que otra vez sereis más cáuto...  
y con su amistad os brinda



reconocido el hidalgo.

De Rey y de caballero  
pruebas os dará mi mano...  
Despejad: el cielo os guarde...  
Fuera os están ya esperando. —

Así dijo el Rey don Pedro,  
en cuyo semblante pálido  
sentimientos se dibujan  
á un mismo tiempo contrarios,  
mientras Melchor de Celaya,  
la altiva cerviz alzando,  
la régiva estancia abandona,  
lleno de temores vagos,  
entre el silencio imponente  
que guardan los cortesanos,  
y las miradas del Rey  
que le punzan como dardos.

## IV

No bien á la galería,  
llena entónces de soldados,  
hubo llegado Celaya,  
cuando, atajándole el paso,  
ve delante de sus ojos  
á Nuño Perez Quijano,  
á quien dos arqueros siguen  
con imponente aparato,  
y quien, que le prendan luego,  
á grandes voces gritando,  
mientras el mandato cumplen,  
dice en voz baja al hidalgo:

— Don Pedro, Celaya, ordena,  
pues faltásteis á la ley

y á la palabra que el Rey  
dejó empeñada en la arena,  
castigue vuestra osadía  
como felon y mañero;  
pero quiere el caballero  
premiar vuestra valentía.

Así, pues, bien custodiado,  
á Sevilla ireis conmigo,  
donde sufráis el castigo  
por el monarca ordenado;  
empero no os descuideis;  
y ántes de entrar en Sevilla,  
huid del reino de Castilla,  
á donde asilo encontréis! —

Suspenso Celaya queda,  
tales nuevas escuchando,  
y sin desceñir las armas  
monta triste en su caballo;

y seguido de don Nuño  
y de arqueros y soldados,  
el camino de Sevilla  
toma confuso y turbado,

á Perez diciendo, mientras  
del troton acorta el paso:  
— Si el Rey juzga que merezco  
ser, don Nuño, castigado,  
cúmplase la órden del Rey:  
que yo me precio de hidalgo...  
Decid, pues, al caballero  
que la órden del Rey acato. —

Y en los hijares del potro  
los acicates clavando,  
prosiguieron su camino  
Celaya y Perez Quijano.



## CONCLUSION

Horas despues, en la estancia,  
do, de nobles rodeado,  
el Rey don Pedro sosiega,  
entró Perez, triste y pálido;  
y con lengua balbuciente  
y el rostro desencajado,  
así dice al Rey, en tierra  
la rodilla humilde hincando:

— Cumplidos están del Rey  
ya, los excelsos mandatos:  
el favor del caballero  
á Celaya brindé en vano! —

Y mientras hondo silencio  
guardan todos asombrados,  
comprendiendo el Rey al punto  
las palabras de Quijano,  
así dice entristecido,  
pero altivo y reposado,  
fijando en todos la vista,  
que infunde terror y espanto:

— Esta es, tenedlo entendido,  
la justicia que yo hago,  
con los que osan olvidarse  
de lo que en mi reino mando. —

Sevilla — Julio de 1839.

## ABÚ-SAID EN SEVILLA

(1362)

## ROMANCE PRIMERO

## LA LLEGADA Y EL RECIBIMIENTO

## I

Ya el sol, entre rojas nubes,  
que bordan el firmamento,  
al descender á Occidente,  
su lumbre robaba al suelo,  
y la silenciosa noche,  
de sombras y de misterios  
iba llenando la tierra  
y los espacios del cielo,  
— cuando en la ciudad famosa,  
que es córte del Rey don Pedro,  
y el Guadalquivir undoso  
adormece lisonjero,  
desusado vocerío,  
tan extraño como nuevo,  
levantóse de repente  
entre el bullicioso pueblo,  
porque dicen que á Sevilla,  
en buen órden y concierto,



se acercan los granadinos  
formando vistoso ejército.

Unos, aquí, presurosos,  
se agitan, de espanto llenos;  
otros, allí, airados gritan:  
— ¡Al arma! ¡Al arma volemos! —

Acullá un grupo se mira  
de hombres armados, que ciegos  
piden un jefe, y al punto  
volar al combate fiero.

Caminan más adelante  
otros, y al alcázar régio  
llegan, prodigando *vivas*  
al temido Rey don Pedro:

porque nunca el granadino  
llevó á Sevilla el acero,  
desde que el Rey San Fernando  
destruyó á los agarenos,

y achacan la infausta nueva  
á los infames manejos  
de la nobleza y del Conde  
de Trastámara, protervo.

Y crece el pánico en todos,  
y se hacen nuevos aprestos,  
y el vocerío acrecienta  
llamando ¡*Al arma!* á don Pedro.

Pero de pronto aparece,  
escoltado de maceros  
Lope Ferrandez Balbuena,  
é impone á todos silencio.

Callaron; y en altas voces  
dice:

— Con airado ceño  
el Rey os escucha, y manda

que depongais al momento  
el ardor que mostrais ora,  
fuera de ocasion y tiempo:  
porque el moro que se acerca  
de paz viene, aunque es guerrero. —

Entónces, sordo murmullo  
por los grupos discurriendo,  
en inquietud y afan trueca  
el susto y furor primeros.

Despues, alegres dejando  
todo aparente recelo,  
en busca de los musulimes  
van, ansiando sólo verlos.

Y ora empujándose, y ora  
unos trás otros corriendo,  
por ir delante, disputan  
los jóvenes y los viejos.

## II

Rey de Granada se llama,  
de los Al-Ahmares nieto,  
el que á Sevilla se acerca  
en son de paz y concierto;  
y en su gallarda apostura,  
aunque es humilde su gesto,  
que es muy alto personaje  
se adivina desde luégo.

Berberisca yegua monta  
de firme andar y anchos pechos,  
que parece que conoce  
la nobleza de su dueño.

Verde turbante, que esmaltan



joyas del más raro precio,  
 ciñe de aquél la cabeza,  
 en torno al casco de acero;  
 y el blanco almaizar, que flota  
 en sus espaldas, al viento,  
 le envuelve completamente,  
 su rico traje encubriendo:

que brillan sólo en las sombras,  
 bajo el almaizar inquieto,  
 la contera de la espada,  
 que pende al lado siniestro,  
 y los acicates de oro,  
 aguzados y sangrientos,  
 que chocan con los estribos  
 de aquel mismo metal hechos.

Pensativo y silencioso,  
 al frente de sus guerreros,  
 camina el moro, acallando  
 sus zozobras y recelos:

que á implorar viene el auxilio  
 del famoso Rey don Pedro,  
 mal segura la conciencia  
 y no tranquilo su pecho,

aunque á afirmar la demanda  
 caminan con él sus deudos;  
 pero también, implacables,  
 vienen con él los recuerdos.

Y entre las sombras que avanzan,  
 tierra y cielo confundiendo,  
 las memorias del pasado  
 pavor le infunden y miedo;  
 y mirar se le figura  
 en los contornos inciertos  
 de los árboles que entoldan

la senda que va siguiendo,  
 los fantasmas implacables  
 de Ismail y Cais, sangrientos,  
 que de asesinos le acusan  
 y le maldicen severos.

Y ve á su primo Mohámmad,  
 á quien él usurpó el cetro,  
 y á quien persiguió de muerte,  
 en el trono ya repuesto;  
 y escucha la gritería  
 con que, alborotado el pueblo,  
 pide á voces su cabeza,  
 ya sus crímenes sabiendo.

Mas fía en su buena estrella,  
 y que olvidará don Pedro  
 que su ayuda dió al Bastardo  
 por arrebatarle el reino:

por eso marca en su porte  
 las zozobras y recelos  
 que le acosan, si el engaño  
 conoce astuto don Pedro

y del granadí recuerda  
 los ya pasados conciertos  
 con Enrique, y los peligros  
 que Castilla y Leon corrieron.

Á la puerta de Carmona,  
 que ocupa concurso inmenso,  
 se aproxima el granadino  
 absorto en tal pensamiento;

mas al llegar á su frente,  
 detiene el bruto y suspenso,  
 y con voz llorosa, exclama:  
 las manos alzando al cielo:

— ¡Sevilla! Sultana hermosa,



cuyos encantos tegieron  
 en otros tiempos felices  
 mis venturosos abuelos,  
 mírame!... Cuán desdichado,  
 que amparo buscando vengo  
 del monarca de Castilla,  
 que es á quien más aborrezco!

Oh! Dime, dime sultana  
 si conseguiré mi empeño,  
 ó habré de huir, sin ventura,  
 desesperado al desierto! —

Dice, y clava el acicate  
 en el ancho hijár del fiero  
 bridon, y cual torbellino  
 la puerta cruza corriendo.

## III

En una de aquellas cuadras  
 de bordados paramentos,  
 que el Alcázar sevillano  
 hacen trasunto del cielo,  
 y en que el oro resplandece  
 con los matices más bellos,  
 de la techumbre y los muros  
 en labores y letreros,—

alcázar que reconstruyen  
 artífices de Toledo,  
 y á las artes españolas  
 sirve de gloria y de templo, —  
 sobre alto sólio asentado  
 está el jóven Rey don Pedro,  
 la poderosa corona

de los Alfonsos ciñendo.

Purpurino manto cubre  
 en pliegues sus hombros régios,  
 y, quebrándose en las gradas,  
 besa el ancho pavimento.

Viste azul rico tabardo,  
 en que relucen á trechos  
 los castillos y leones  
 que timbre son de sus reinos,  
 y cruza la roja banda  
 aquel generoso pecho,  
 en que palpitar se sienten  
 los más nobles sentimientos.

Á un lado están los Maestres  
 don García de Toledo  
 y don Diego de Padilla,  
 que alcanza gran valimiento,  
 y á quienes allí acompañan,  
 con otros grandes del reino,  
 Juan Alfonso de Mayorga  
 y Pero Gomez Sarmiento.

Más adelante se miran  
 Nuño Rodriguez Izquierdo  
 y Martin Lopez de Córdoba,  
 que del Rey es repostero;  
 y se ven, por fin, los nobles  
 de más ilustre abolengo,  
 formar dos filas, cercados  
 de otros nobles palaciegos.

## IV

Seguido tambien de nobles  
 granadinos caballeros



llegó Abú-Saíd sumiso  
 á presencia de don Pedro;  
 y despues de saludarle  
 con afectado respeto,  
 así le dijo, inclinando  
 la alta cerviz hasta el suelo:

— Potentè Rey de Castilla,  
 gran príncipe, á quien los cielos  
 han puesto en el régio trono  
 por ser de reyes ejemplo:

Tú, á quien el mundo conoce  
 por valiente y justiciero,  
 y á quien Alláh glorifica,  
 ¡ensalzado sea tu imperio!

Mira otro Rey á tus plantas,  
 que humilde te implora, y cierto  
 viene de encontrar amparo  
 en tu magnánimo pecho!

Sé que eres justo, y por tanto  
 que me devuelvas espero  
 mis palacios de la Alhambra,  
 mis vasallos y mi reino.

Seguro de tu justicia,  
 aquí de Granada vengo:  
 sólo tú puedes volverme  
 de mis mayores el cetro.—

Calló Abú-Saíd, y al punto  
 le contesta el Rey don Pedro,  
 aunque con la voz afable,  
 con el semblante severo:

— Levanta, Rey de Granada:  
 no así humilles por el suelo  
 la corona que á tus sienas  
 ciñó no ha mucho tu pueblo.

Si mi justicia pretendes,  
 de quedar has satisfecho:  
 que en balde no has de invocarla  
 delante del Rey don Pedro.

Bien haces, por Dios, bien haces  
 en acudir con tu empeño  
 á mí, de quien tributario  
 ha sido siempre tu reino;  
 pues cual juez inexorable  
 habré de juzgar tu pleito,  
 con arreglo á lo que mandan  
 la justicia y el derecho. —

Dijo el Rey; hizo una seña,  
 y don García de Toledo,  
 guiando á los granadinos,  
 salió del Alcázar régio.

## ROMANCE SEGUNDO

### EL CONSEJO, LA SENTENCIA Y LA PRISION

#### I

De Abú-Saíd y el Maestre,  
 aún desde la estancia régia  
 confuso el rumor se escucha  
 del paso con que se alejan,—  
 cuando, alzándose don Pedro  
 del trono donde se ostenta,  
 estas palabras dirige  
 á los nobles que le cercan:  
 — Prelados y Dignidades,



honra y lustre de la Iglesia,  
 Hidalgos y Ricos-hombres,  
 gloria y prez de mi nobleza:  
 ya escuchásteis la demanda  
 con que Saíd se presenta:  
 amparo pide á Castilla  
 para que al trono le vuelva,  
 de usurpador acusando  
 al que hoy en Granada reina:  
 ya torna á su cáuce el rio:  
 que es pasada la tormenta;  
 y pues él se reconoce  
 por vasallo, y pues intenta  
 que mi proteccion le acuerde, —  
 ántes de dictar sentencia  
 en el pleito, — es necesario  
 que, toda pasion depuesta,  
 conozcamos la justicia  
 de los derechos que alega.  
 Mohámmad quinto, en el trono  
 de Aben-Al-Ahmár se asienta,  
 y en las sienes la corona  
 de Yusuf, su padre, lleva.  
 Legítimo soberano  
 de Granada es por herencia;  
 y de Al-Ahmár el primero  
 reconociendo la deuda,  
 acorrió en Múrcia á Castilla;  
 y en Guardamar sus galeras  
 con las de Sevilla fueron  
 por la tempestad deshechas.  
 Por Abú-Saíd, su primo,  
 lanzado del trono, impetra  
 mi proteccion, y en Granada

los castellanos penetran...  
 Y viendo allí los estragos  
 que hizo mi esfuerzo en la Vega,  
 — «*Más quiero vivir sin reino,* —  
 dijo — *que asolar mi tierra.*»  
 Conocidas son de todos  
 de Abú-Saíd las proezas,  
 y sus tratos con Enrique  
 bien su intencion manifiestan;  
 mas acordarme no quiero  
 que me infirió tal ofensa;  
 sino de que fué rebelde  
 á quien por naturaleza  
 debió acatar, pues vasallo  
 es de Castilla, y gobierna  
 sus estados en mi nombre,  
 aunque otra ley obedezcan.  
 Y así, Señores, Prelados,  
 Dignidades de la Iglesia,  
 Caballeros, Ricos-hombres,  
 á muerte la ley sentencia  
 al vasallo que á la vida  
 sagrada del Rey atenta,  
 y Abú-Saíd de este crímen  
 limpio aquí no se presenta;  
 al vasallo que del dueño  
 desconoce la obediencia,  
 y Abú-Saíd ha negado  
 tal derecho á mi diadema.  
 Decíme, pues, Caballeros,  
 cuál debe de ser la pena  
 que ha de imponer mi justicia,  
 al que hoy, vasallo, se entrega. —  
 Calló el Rey: mortal silencio



entre aquellos nobles reina,  
que la vista no se atreven  
á alzar hasta el Rey siquiera;  
y la justicia entendiendo  
con que don Pedro sentencia,  
y el delito que castiga,  
de temor algunos tiemblan.

Sus miradas penetrantes  
en torno de la asamblea  
dirige el monarca, y bajas  
viendo todas las cabezas,

— en señal de asentimiento  
y de que su fallo aprueban,—  
por traidor y regicida,  
á muerte infame condena

á Abú-Saíd, su vasallo  
en Granada, y la sentencia  
manda que le comuniquen,  
para que su suerte sepa.

## II

Llegó en tanto don García  
á su palacio, do encuentra  
á Martin Lopez de Córdoba,  
quien, haciéndole una seña  
le aparta de los musulimes,  
que afable consigo lleva,  
y con recato y misterio,  
y en voz tan baja, que apénas  
la percibe don García,  
le dice: — Don Pedro ordena  
que esta noche en vuestra casa

al Rey de Granada prenda.

— ¡El Rey lo manda!... Decidle,  
vive Dios, que tal afrenta  
mi linaje no consiente,  
y que yo...

— ¡Tened la lengua!...

— Yo haré que bajo mi techo  
tal infamia no acontezca!

— Guardáos, Maestre: que á ser otro  
que no vos quien tal dijera...

Mas, tened por entendido  
que cuando don Pedro ordena,  
obedecerle en los nobles  
es la obligacion primera.—

No dijo más; don García  
tampoco le dió respuesta,  
y uno y otro se apartaron  
dando fin á tal escena.

## III

Mientras Saíd el Bermejo  
lleno de placer conversa  
con los pajes y donceles  
que solícitos le cercan,

el Maestre de Santiago,  
la noble faz descompuesta,  
á tristes meditaciones  
lleno de dolor se entrega:

que la órden del Rey don Pedro  
á comprender bien no acierta,  
y sólo que es huésped suyo  
el Rey Bermejo contempla,



y que protección le debe  
bajo su techo; y quisiera  
obedecer á don Pedro  
y salvar al que festeja.

Largo rato pensativo  
en tal laberinto queda;  
y al fin, sin hallar remedio,  
mientras una industria piensa,  
manda á todos sus donceles  
que al granadino diviertan,  
y ya, con faz más tranquila,  
al Rey Bermejo se acerca,  
y llevándole á otra estancia  
donde hay servida una mesa,  
que honrar su casa se digne  
con tono afable le ruega.

Sirven allí nobles pajes  
abundante y rica cena,  
sin contrariar las costumbres  
y musulmanas creencias.

Yantan sentados los moros  
de su señor á la mesa,  
y guardan todos silencio  
por que están en su presencia;

y mientras que todos comen  
con apetito, él no prueba  
ningun manjar, y revuelve  
mil encontradas ideas.

Ya vencedora en Granada,  
lleno de gozo contempla,  
halagada por la suerte,  
su desplegada bandera,

y oye repetir su nombre  
por la multitud frenética,

en su Granada querida,  
en su Alhambra la soberbia.

Ya el semblante de don Pedro  
lleno de dudas recuerda,  
cuya siniestra sonrisa  
si da esperanzas, aterra...

Y observando el gran misterio  
con que el Maestre le rodea,  
que el Rey don Pedro castigue  
su deslealtad sospecha.

Mas de improviso, el estruendo  
de armas y pasos resuena,  
y cambianse en realidades  
las que juzgaba quimeras.

Pero ántes que el aposento  
en que Abú-Saíd se encuentra,  
llene con sus alabardas  
sañuda la soldadesca,—

levantándose el Maestre,  
al Rey Bermejo se acerca,  
y sin hablarle palabra  
hacia un camarín le lleva,

desde donde el granadino  
ve espantado abrir la puerta  
de la otra estancia, y que muchos  
soldados allí penetran;

y escucha que Martín López,  
de aquella gente cabeza,  
grita con voz espantable:

— ¡Preso el Rey Bermejo queda!

Don Pedro, Rey de Castilla,  
así en justicia lo ordena  
por regicida y rebelde,  
y á muerte vil le sentencia! —



## ROMANCE TERCERO

## LA MUERTE DE ABÚ-SAÍD

## I

No bien escucha el Bermejo  
 á Martin Lopez de Córdoba,  
 cuando, llevando la diestra  
 á la ancha espada, con cólera,  
 sin que impedirlo el Maestre  
 pueda, aunque atento lo estorba,  
 en medio de los soldados  
 cual rayo ardiente se arroja.

Y encarándose con Lopez,  
 la faz siniestra y sañosa,  
 blandiendo airado el acero,  
 grita con voz estentórea:

—Mientes tú, y miente tu Rey!  
 ¡Villanos!... Esta es la honra  
 de que don Pedro hace alarde  
 y de que tanto blasona!

Pues cobrar mi vida quiere,  
 ved si las armas la cobran:  
 que no se entrega el Bermejo,  
 miéntras aliente, á persona!—

Y embistiendo á Martin Lopez,  
 al ver que ánimo recobran  
 los granadinos, se trava  
 entre ámbos lid espantosa.

Y el chocar de los aceros  
 en las tresdobladadas cotas,

los gritos de los que mueren  
 los del que triunfante acosa,  
 los juramentos, é insultos  
 que las unas á las otras  
 se dirigen incitantes,  
 entre la lucha, las tropas;

la sangre cálida y negra  
 que el pavimento colora,  
 el desórden espantoso  
 que llena la estancia toda,

los cuerpos aún palpitantes  
 que ruedan sobre la alfombra,  
 y á los fieros combatientes  
 los embarazan y estorban, —  
 formando conjunto horrible  
 que embriaga al par que trastorna, —  
 horror y pánico infunde  
 y el ancho aposento asorda.

Breves, muy breves momentos  
 duró la lucha rabiosa:  
 que cediendo, al fin, al número  
 sucumbe la gente mora;  
 mas no sin vender la vida  
 cara, ceden la victoria  
 y su ardor en el combate  
 sangrientos restos pregonan.

Sólo Abú-Saíd alienta:  
 que esgrime la cortadora  
 espada con tal denuedo  
 que derriba cuanto toca;

aún la lid mantiene osado  
 con Martin Lopez de Córdoba;  
 y aunque ámbos están heridos,  
 ámbos con furor se acosan,



y ninguno sobre el otro  
le menor ventaja logra:  
que por sus venas circula  
en ámbos sangre española.

Mas de súbito el Maestre  
á quien el lance acongoja, —  
tanto por ser en su casa  
cuanto porque daña su honra, —  
entre los dos combatientes  
con noble interés se arroja,  
y — ¡Tenéos! — gritando, al moro  
hace con su cuerpo cota.

Pero en balde; porque al punto  
sedienta de sangre y pronta,  
sobre Abú-Saíd se lanza  
la soldadesca furiosa;

y sin que nadie impedirlo  
pueda ya, y sin que se oigan  
ni las voces del Maestre  
ni las de Martín de Córdoba,

los rudos golpes repite  
sobre Abú-Saíd, y corta  
el hilo de su existencia  
con mano aleve y traidora.

## II

Entre dorados celajes  
que túbio fulgor arrojan,  
alza su espléndida frente  
el sucesor de la aurora;

y con sus rayos, el mundo,  
que en dulce sueño reposa,

la vida y el movimiento  
á un tiempo mismo recobra.

Brillan en la alta Giralda  
los globos que la coronan,  
y la arrogante Sevilla  
á la vida otra vez torna.

Cruzan sus estrechas calles,  
dueñas y damas hermosas,  
que prenden los corazones  
en las redes de sus tocas.

Crúzanlas también donceles,  
hebreos y gente mora,  
caballeros de Navarra,  
de León y Barcelona.

Y aquí un corrillo se junta  
de las castellanas tropas,  
y después que han murmurado  
sucesos de mucha monta,

— según es grande el recato  
con que los dicen sus bocas, —  
incomprensible disgusto  
en sus semblantes se nota.

Allí, de gente del pueblo  
otro corrillo se forma,  
y circulan mil noticias  
á la par contradictorias;

y los moros apazguados,  
que mudejares se nombran,  
á todo el mundo preguntan,  
sin que nadie les responda.

Más allá, dos caballeros  
disputan y se acaloran,  
y cada cual en su auxilio  
las leyes del reino invoca.



Unos dicen que don Pedro,  
 en méngua de la corona,  
 la hospitalidad quebranta  
 y su dignidad deshonra,  
 prender mandando al Bermejo,  
 por vengar en su persona  
 antiguos ódios, ó acaso  
 por robar sus ricas joyas.

Otros dicen que manchando  
 del régio alcázar las losas,  
 la sangre de los muslimes,  
 del cielo venganza implora.

Otros, de varias maneras  
 cuentan la muerte afrentosa  
 del granadino, diciendo  
 que le hirió Martín de Córdoba.

Y entre todos, alegando  
 leyes que el mundo no ignora,  
 hay muchos que de don Pedro  
 la razón allí pregonan,

haciendo ver la justicia  
 del Rey, al poner por obra  
 el castigo, en un vasallo  
 que es rebelde á la corona,  
 y refieren el suceso  
 con palabras misteriosas,  
 y la lucha encarnizada  
 con Martín López de Córdoba.

Mas en tanto, por la calle,  
 formando lucida tropa,  
 cabalgan unos ginetes,  
 y á verlos todos se agolpan;  
 y los siguen: que entre ellos  
 va Juan Alfonso Mayorga,

quien con gran trabajo y maña  
 el paso al overo acorta.

Mas reparando en la hueste  
 que á servir va al Rey de escolta,  
 corren entre el vulgo nécio  
 mil noticias espantosas.

Hay quien dice que á Tablada  
 va el Rey con tal ceremonia  
 para dar muerte al Bermejo,  
 á quien aborrece y ódia;  
 y entre mil y mil denuestos  
 y entre mil y mil lisonjas,  
 pasa el día; y el monarca  
 al régio palacio torna.

Y diz, que entre los parciales  
 que para Enrique ambicionan  
 el trono de Alfonso Onceno  
 y al Rey don Pedro apostrofan,  
 cual verdad indiscutible  
 circuló de boca en boca  
 de la muerte del Bermejo  
 relación harta espantosa,

en la que, con negras tintas,  
 que al cabo lo cierto borran,  
 al Rey don Pedro presentan  
 como asesino en la Historia,  
 afirmando que en Tablada  
 quitó, con mano alevosa,  
 al Rey Bermejo la vida  
 don Pedro mismo en persona.



## EL REY Y LA IGLESIA

(1368)

I

### UN PASEO EN TABLADA

Apénas sus tibios rayos  
desde el Oriente vertía  
la aurora, dando á las flores  
perlas, y á los campos vida,  
y su sonrosada lumbre  
las altas torres sombrías  
débilmente iluminaba  
de la opulenta Sevilla, —  
ciudad tan noble y tan bella,  
tan populosa y tan rica,  
que el Guadalquivir triunfante  
divide en dos y ameniza, —  
cuando á caballo don Pedro,  
por la márgen discurría  
del Bétis, una mañana  
de primavera florida.

Cumplido alboroz de seda  
los régios hombros cubría,  
cayendo sobre las ancas  
del fiero corcel que aguija.

Adornaba la cabeza,  
sin plumas y sin divisas,

bonete de veludillo  
bordado de sedas finas.  
Ancha y terrible la espada  
del rico cinto pendía,  
regalo del granadino,  
que el Rey tiene en mucha estima.

Ora con rostro halagüeño  
contemplaba las barquillas  
que el Guadalquivir cruzaban  
en direcciones distintas,

y á los pobres pescadores  
tender las redes veía,  
ó levantarlas alegres,  
llenos de honrada codicia;

ora con rostro severo  
el caballo detenía,  
y en el ademan quedaba  
del que algo grave medita,  
y clavándole la espuela  
el freno al punto volvía  
del arrogante castaño,  
que rápido el viento agita;

mas, parándose de pronto  
en la deliciosa orilla  
del rio, cuya corriente  
con la baja-mar crecía,

vió que de una galeota  
le llamaban; y de prisa  
se acerca al velero barco,  
y así á los de á bordo grita:

—¿Quién sois y qué me queréis?  
¿De dó venis?

—De las Indias  
venimos, ilustre hidalgo, —



con mesura le replican.—

Y, por Dios, que hemos traído  
tales y tantas noticias,  
que jamás en estas tierras  
fueron tamañas oídas.

—Tened, pues, señor indiano  
dijo el rey, la cortesía  
de decirme algunas de ellas  
ya que son tan inauditas.

—De buen grado, caballero.  
Las últimas que corrian  
escuchad: son de gran monta...

—Ya escucho: podeis decirlas.

Y en alta voz el del barco  
las sacras bulas intima,  
en que el Pontífice Urbano  
la descomunion le envía.

Atónito el Rey don Pedro  
lleno el corazón de ira,  
fuego echando por los ojos,  
los dientes feroz rechina;

la temible espada empuña,  
el ancho hijár acribilla  
de su corcel, y en las ondas  
furioso se precipita,

cayendo cual roca inmensa  
de altos montes desprendida,  
que en su rápida carrera  
no encuentra quien la resista.

Mas surca veloz las aguas  
la embarcacion fugitiva,  
y á impulsos de la corriente  
huye, las velas tendidas,

Huye; y el Rey iracundo

á quien riesgos no intimidan,  
ardiendo en furor la sigue:  
¡tal la indignacion le anima!

La alcanza al fin; el acero  
un punto en el aire brilla:  
se escucha un golpe y la barca  
cruje, y su vigor duplica.

Mas no cede el Rey don Pedro;  
ántes de nuevo se obstina,  
y á meterse en la corriente  
con fúria al bridon obliga;

empero el bruto, nadando,  
sobre las ancas se empina,  
al perder la blanda arena  
cenagosa y resbaliza,

y el Rey don Pedro, de espaldas  
cayendo en las ondas frias,  
á un tiempo desaparece,  
y — ¡*Valedme cielos!* — grita.

## II

## LOS BARCOS

En una barca pequeña,  
que gobiernan dos remeros, —  
roto el albornoz murciano,  
y aún en la diestra el acero,

la noble faz descompuesta,  
desordenado el cabello, —  
en direccion á Sevilla  
vuelve airado el Rey don Pedro.

Amenazante y furioso,



á Urbano Quinto y su imperio  
jura negar la obediencia,  
y hacer libres á sus reinos;  
y piensa que harán lo mismo  
los otros reyes, sus deudos  
para que el Papa conozca  
lo que puede el Rey don Pedro.

Mas llega el barco á la orilla,  
que ocupa asustado el pueblo;  
el Rey en la arena salta  
veloz y de fúria lleno;

y á grandes voces, al vulgo  
pide su caballo, y ciego  
por la ofensa, lo cabalga,  
volando en él hácia el puerto.

Llega á la *Torre de Oro*, —  
en que riquezas sin cuento,  
segun las crónicas dicen,  
guardó él mismo en aquel tiempo, —

y al capitán de la guardia,  
Álvar Sanchez de Toledo,  
así imperioso le dice  
nublando su rostro el ceño:

—Corred, volad, Álvar Sanchez!  
Pronto! Que atruenen el viento  
las bocinas de la costa,  
y, á perseguir á un perverso,  
mandad que salgan al punto  
las galeras de mi reino,  
y que sin falta le traigan  
á Sevilla, vivo ó muerto!

Dijo: y Álvar Sanchez corre  
aturdido; y sin aliento  
llegó á Triana, del Rey

para cumplir el precepto.

Pero es tanta la impaciencia  
en que se agita don Pedro,  
á quien, para hacer justicia,  
le faltan espacio y tiempo,  
que clavando el acicate  
en su castaño de nuevo,  
corre tambien á Triana  
en altos gritos diciendo:

—Salid! Volad, mis soldados!  
Corred! Volad, marineros!  
Pronto! Nadie se detenga!  
Que muera el traidor! Volemos! —

Y en breve instante mil barcos,  
ya de velas, ya de remos,  
rompen las ondas tranquilas  
y corren al mar lijeros,  
miéntras la ribera asordan  
de las bocinas los écos,  
que por ella van la alarma  
con sus voces difundiendo.

Mas como nadie conoce  
al ya sentenciado reo,  
aunque le alcanzan, le juzgan  
como español, y del puerto;  
pues en la difícil fuga,  
la persecucion previendo,  
la bandera de Castilla  
desplegó sagaz al viento:

y así libre entre enemigos,  
por su industrioso manejo,  
vióse el nuncio de la *Iglesia*  
burlando al *Rey* justiciero.



## III

## URBANO V EN AVIÑÓN

En ancho sitial, que ostenta  
del respaldo en los remates  
la pontifical tiara  
y las simbólicas llaves,  
sentado está y pensativo  
de la Iglesia el Santo Padre,  
en una estancia espaciosa,  
á un tiempo severo y grave.

Dos blancas velas alumbran  
el ancho salón, y arden  
al lado de un Crucifijo  
sobre una mesa, radiantes.

Al otro lado, vistiendo  
purpúreo y amplio ropaje,  
sentando á la par de Urbano  
se ve un varón respetable;  
y á distancia comedida,  
en actitud espectante,  
todo de negro vestido,  
se mira otro personaje,

quien, cual su silencio indica,  
y acreditan las señales,  
acaba de hablar, y espera  
que su Santidad le habla.

—¿Con que así el Rey de Castilla  
amenazaros osó,  
sin ver que érais otro yo,  
dando ese ejemplo á Sevilla?

¿Con que, sin tener presente

que en vos, á mi autoridad  
faltaba, su vanidad  
le hizo á tal punto insolente?...  
Pues bien: sepa el castellano

que, si él en Castilla es Rey,  
también mi palabra es ley  
en todo el orbe cristiano!

Y sepa que si, cual hombre,  
su temeridad me aterra,  
después de Dios, en la tierra,  
no hay dignidad que me asombre!

Irá otro nuncio á Castilla,  
y los templos cerrará,  
y al pueblo maldecirá  
si don Pedro no se humilla!

— Ah, Señor! No conocéis  
el altanero valor  
de don Pedro! Tal rigor  
no así con él extremeis!

— Bien está. — Y el Arcediano  
entre confuso y cobarde  
sin detenerse un momento,  
veloz de la estancia sale;

y el Cardenal y el Pontífice,  
con bien distintos semblantes,  
el más profundo silencio  
guardaron por breve instante.

Mas cesando de improviso  
los furiosos vendabales  
que el pecho de Urbano agitan  
y su espíritu combaten,  
y recobrando la calma,  
dice al otro personaje,  
que es Cardenal de San Pedro,



con voz pausada y suave:

— Ya veis, Cardenal, la méngua  
que el santo imperio tendrá,  
si el Rey don Pedro prosigue  
en su proyecto infernal;

pues bien sabeis que Castilla,  
en toda la cristiandad,  
es la más fiel, y sus reinos  
los que más tributos dan.

Yo, depuesto por lo tanto,  
el orgullo terrenal,  
quiero que el jóven monarca  
quede absuelto desde hoy más:  
que no está bien, mi sobrino,  
tenaces exasperar  
el ánimo de los Reyes  
si pueden hacernos mal.

Quién sabe si con don Pedro  
fué el Arcediano, quizá  
áspero y duro, causando  
resolucion tan fatal!

Ireis vos mismo á Sevilla,  
do el Rey se encuentra, á tratar,  
y no le hallareis tan fiero:  
que es cristiano, y calmará.

Empero si permanece  
en sus empeños tenaz,  
diréisle que Urbano Quinto  
aún perdonarle sabrá:  
que no es razon que los mismos  
que deben ejemplo dar,  
levanten contra nosotros  
las manos con impiedad.

Y añadidle que la *Iglesia*,

por concesion singular,  
le absuelve de sus pecados  
sin voto penitencial;

mas que de aquí en adelante  
se abstenga el Rey de pecar,  
porque tanto ya no sufre  
mi excesiva caridad.

Marchad, pues, que en vos confío:  
no os detengais, Cardenal:  
ved si del Rey de Castilla  
podeis la saña calmar.—

Dijo: el Cardenal al punto  
del rico sitial brillante  
se levanta; se arrodilla  
á los piés del Santo Padre,  
y besándole el anillo  
con respeto y amor grandes,  
sin decir palabra alguna  
tambien de la estancia sale.

Á poco tiempo, en Sevilla,  
por las plazas y las calles,  
con gran pompa y aparato,  
y al son de los atabales,  
que con sus écos sonoros  
llenaban los anchos aires,  
mandó publicar don Pedro,  
del Cardenal el mensaje,  
y con torneos y justas  
en que tomó él mismo parte,  
celebró el *Rey* con la *Iglesia*  
francas y seguras paces.



## LA ARROGANCIA FRANCESA

---

(1438)

### ROMANCE PRIMERO

---

#### INTRODUCCION

Del afamado castillo,  
que lleva *del Oro* el nombre,  
y que en cuantos tiene Italia  
otro igual no reconoce,

en *ámplia* y severa *cuadra*  
de dorados artesones,  
y muros enriquecidos  
de pinturas y labores,  
en blasonados sitiales  
están sentados tres hombres,  
cuya clara estirpe muestran  
en su ademan y en su porte.

De exígua estatura el uno;  
los otros dos, más conformes,  
corpulentos; los tres tienen  
aire majestuoso y noble.

Mantiene aquél en la diestra  
diversos pliegos, en donde  
se ven geográficos planos,  
que dan de Nápoles norte;

y descubierto, sin duda  
por que el respeto lo impone,  
viste gaban leonado  
con randas de pieles dobles.

De fino raso, los otros  
ciñen vistosos jubones,  
bordados de peregrinas  
y primorosas labores.

Llevan al par *ámplios* sayos  
del más rico chamelote,  
y ambos cubren las cabezas  
con sombreros españoles.

El uno es de edad madura,  
empero robusto y doble:  
el otro, aunque descarnado,  
de faz agraciada y jóven.

Aquél, es Alonso, el Quinto,  
Rey de Aragon y Segorbe;  
éste, el infante don Pedro,  
que trás de sus huellas corre.

Ambos atentos escuchan  
contar el sangriento choque  
que con las haces del Papa  
tuvieron los españoles,  
rotas quedando y vencidas  
las pontificias legiones,  
y ambos en la faz demuestran  
el gozo que el pecho esconde.

Miéntra el otro personaje  
con solícitas razones;  
afirma que el de Salerno,  
el de Nola y otros Condes,  
sólo la señal esperan  
para lanzarse conformes



en la liza, abandonando  
del de Anjou las pretensiones,  
y alzando por don Alonso  
sobre sus feudales torres  
los estandartes de Italia,  
que por su Rey le pregonen.

Habló así; y según refieren  
discretos historiadores,  
es fama que esto dijeron  
aquellos altos varones:

— Mucho siento, Picinino,  
que así el Padre Santo estorbe  
mi advenimiento á aquel trono  
que por ley me corresponde.

Lo siento, sí; y pues el Papa  
á mis derechos se opone,  
dando á Juan de Witelesco  
de hacernos la guerra orden,

y pues rompieron mis huestes  
sus débiles escuadrones,  
penetrando en Terracina,  
como triunfantes señores, —

no será el Rey don Alonso  
quien humillado se postre  
á las plantas del Pontífice  
que así la ley desconoce;

y mientras tenga en mi campo  
caballeros é infanzones,  
que cuantos peligros haya  
sin miedo en el pecho arrosten,

no hay ceder, aunque la Francia  
y todos sus ricos-omes,  
para luchar con mis bravos  
Renato altivo convoque.

Mas dadme á ver, Almirante,  
esos planos: que ó engañóme  
la confianza, ó muy pronto  
saldré con mis pretensiones.

¡Nápoles! Vedla, don Pedro:  
según es fama, en el orbe  
no hay otra ciudad más bella,  
ni más populosa y noble!

— Éslo, en verdad, don Alonso;  
pero el pensar que es la corte  
de un usurpador, la sangre  
me envenena y descompone.

— No lo será largo tiempo,  
si Dios nos dá sus favores:  
que pronto sobre sus muros  
veré volar mis pendones.

Ya veis cuál de sus castillos  
coronan las altas torres,  
sin que el francés altanero  
de ellas arrancarlos ose.

Maş... ¿qué rumor, Almirante,  
en la esplanada se oye?...  
Id al punto, y ved quién mueve  
tan importuno desórden. —

Y la voz obedeciendo  
que tal mandato le impone,  
Francisco de Picinino, —  
capitan de alto renombre,  
que de Aragon las banderas  
acaudilla, — levántose  
del sitial, para cumplir  
del Rey, su señor, la orden.

Pero al salir presuroso  
del régio salon, hallóse



con el Conde de Caserta  
y otros ilustres señores,  
que de aquel rumor la causa  
refieren al punto acordes,  
y que afanosos le ruegan  
que al Rey á decirla torne.

Y volviendo el Almirante  
á la régia estancia, en donde  
impaciente el Rey le aguarda,  
seguido de aquellos nobles,  
al insigne don Alonso,  
con aire sumiso, entónces  
estas palabras dirige,  
que su indignacion esconden:

— Renato de Anjou os envía,  
gran Rey sus embajadores,  
que vuestro permiso aguardan  
para hablaros. — Inmutóse  
con esto el Rey; y creyendo  
que tréguas, tal vez, propone,  
con señalado disgusto  
desdeñoso le responde:

— ¡El duque de Anjou! ¿Qué intenta?  
Ya no es tiempo de razones...  
Que entren, no obstante... Sepamos  
qué pretende... Dad la órden. —

## ROMANCE SEGUNDO

### LA MANOPLA

Por entre el bosque de picas  
que las antesalas puebla,

formando muro de acero,  
do jaldes penachos vuelan,  
precedidos del faráute,  
que sobre su pecho ostenta  
los escudos de Renato,  
Duque de Anjou y de Lorena, —  
dos gentiles reyes de armas  
con paso firme atraviesan  
hácia do el Rey don Alonso  
sosegado los espera,  
asistido de los nobles,  
que sus ilustres enseñas  
con heróico empeño siguen,  
y sus derechos sustentan.

Está el infante don Pedro  
sentado á su mano diestra,  
del trono junto á las gradas  
en que su poder ostenta  
el ínclito Rey su hermano,  
quien, con faz tranquila y leda,  
con sus caballeros habla,  
sin cortesana etiqueta.

El más profundo silencio  
en toda la estancia reina,  
cuando los reyes de armas  
al pié del sólio se llegan;  
y con altivez pidiendo  
para hablar al Rey la vénia,  
así en voz alta prorumpen,  
siendo el faráute su lengua:

— Á vos don Alfonso el Quinto,  
Rey de la gente proterva,  
que en la destuccion y el crímen  
todo su placer encuentra;



á vos, que mal caballero  
y mal hijo de la Iglesia,  
vuestra sacrílega mano  
alzais contra su cabeza;

á vos, que el trono de Italia  
con inaudita soberbia  
pisar intentais perjuro,  
seduciendo á su nobleza;

á vos, que en torpe lujuria  
ardeis, y á la gente vuestra  
dais, insensato, el seguro  
de atropellar las doncellas,—

Renato de Anjou, el gran Duque  
Rey de Nápoles, os reta  
á particular batalla,  
donde abatiros espera,

al orbe entero mostrando  
que la saña aragonesa  
es humo leve, si airado  
el furor de Francia truena.

Y porque no pongais duda  
en que combatir intenta,  
si vos no rehusais cobarde  
medir con él vuestras fuerzas,

esta manopla os envía,  
que cubrió su fuerte diestra,  
para acreditar su empeño,  
y en señal de que os desprecia.—

Dijo; y uno de los reyes,  
con arrogante insolencia,  
la manopla al pié del trono  
arroja del reto en prueba.

Al seco y violento golpe  
el pavimento retiembla,

y se estremecen los grandes  
que al Rey don Alfonso cercan.

Mudo estupor los embarga:  
la sangre hierve en sus venas;  
pero ninguno se atreve  
á dar de su enojo muestras.

Miéntras los embajadores,  
sin aguardar más respuesta,  
altivos la espalda vuelven  
dirigiéndose á la puerta;

mas ántes que mesurados  
á su dintel llegar puedan,  
levantándose don Pedro,  
ardiendo en fúria tremenda,

con descompasadas voces,  
que el ancho salon atruenan,  
metiendo mano á la espada  
les grita de esta manera:

— Tenéos, infame canalla!  
Tenéos por Cristo! Que es méngua,  
escuchar vuestros denuestos  
sin llevar digna respuesta!

Decid al Duque alevoso,  
que su desafío acepta  
del Rey Alonso el hermano,  
para arrancarle la lengua!

Por que es accion de cobardes  
echar fieros en la ausencia,  
cuando son lenguas sin manos  
las que villanas afrentan!

Decidle que en las batallas  
es donde el valor se prueba,  
y en ellas verá el menguado  
cuál es la pujanza nuestra.



Y dad gracias, por mi vida,  
á que de mi saña fiera,  
os salva la investidura  
con que Renato os presenta!—

Á este punto don Alonso,  
á quien el furor no altera,  
adelantando á don Pedro,  
á los franceses se acerca,  
y así sereno les dice  
con faz tranquila y risueña,  
que si su cólera esconde,  
profundo desprecio muestra:

—Dad las más cumplidas gracias  
por su atención y modestia  
á vuestro señor el Duque,  
cuyo donaire me prenda.

Ya yo su valor conozco,  
y de él tengo muchas pruebas;  
y aunque sé cómo combaten  
las nobles armas francesas,

decidle, os ruego, señores,  
que señale él la palestra,  
y entre tanto, aseguradle  
que no faltaré á la empresa. —

Así habló el Rey don Alonso  
á la embajadora altanera  
del francés, dando castigo  
con la voz á su soberbia.

Y al par que aquellos trasponen  
de la estancia real las puertas,  
que los escolten cien lanzas  
el aragonés ordena.

## ROMANCE TERCERO

### LA CELADA

Fijadas las condiciones,  
señalado ya el palenque  
y por cada cual nombrados  
del campo de honor los jueces,  
de Lucrecia Alania ilustre,  
que en sus amorosas redes  
del valiente don Alonso  
el corazón proso tiene,  
el de Aragón se despide,  
y el llanto que, tierna, vierte,  
con estas nobles palabras  
así le enjuga y contiene:

—Si en el sangriento combate  
acaso víctima fuere,  
no os de pena, mi señora,  
saber tan aciaga muerte.

No el llanto empañe esos ojos  
que dicha eterna prometen,  
ni agitado el pecho amante  
acerbo dolor le asédie.

Dios que ampara mi derecho,  
y en mi causa lo mantiene,  
veréis como á vuestros brazos  
con nuevos lauros me vuelve.

Antes de empuñar la lanza  
y á riesgo tal exponerme,  
de vos y de vuestro hijo  
ya mi amor fijó la suerte.

Sí; que los nobles de Italia



con juramento solemne,  
si en la cruda lid sucumbo,  
alzarle por Rey ofrecen.

No lloreis, pues: qué esas lágrimas  
ya mi dignidad ofenden,  
porque dudais de mi brazo,  
que aún no es tan caduco y débil.

Quedad con Dios, que ya es tarde  
y mis guerreros me atienden...  
Descuidad: que don Fernando  
es mi sangre, y mucho puede.—

Y echándole entrambos brazos  
sobre su cuello de nieve,  
con un beso de cariño  
selló al par su hermosa frente.

Sobre generoso overo,  
que el freno arrogante muerde,  
y lanza cálida espuma  
que los pechos emblanquece;  
que templado acero viste  
do el sol se espeja y esplende,  
pavoneándose altivo  
al peso del real ginete,

y orgulloso de tal dueño  
alza la cabeza breve,—  
don Alonso, el Quinto, sale  
de su castillo, valiente.

De todas piezas armado  
va tan gallardo y tan fuerte,  
que no hay quien del triunfo dude,  
ni quien el gozo refrene.

Pues el troton poderoso  
con tal destreza revuelve,

es tan marcial su apostura,  
tan bravo su continente,  
y el ostentoso plumaje  
con tal desenfado mueve,  
que, bizarro y altanero,  
mancebo más bien parece.

Á entrambos lados, cubiertos  
de acero de fino temple,  
cabalgan el noble infante  
y de la córte otros siete.

Más van por fausto y decoro,  
que porque traicion recele:  
pues jamás un noble pecho  
traicion de otro noble teme.

De Nápoles á tres leguas,  
señalado está el palenque,  
y á él camina don Alonso,  
ya de llegar impaciente,  
con el corazón henchido  
por la esperanza, y alegre  
de encontrar á su adversario  
cuerpo á cuerpo y frente á frente.

Mas al pasar la garganta  
que formaron las vertientes  
de alto monte, cuyos picos  
en el cielo azul se pierden,  
de entre las rocas brotando,  
ante los aragoneses,—  
que confiados caminan  
al correr de sus corceles,—

de súbito se presenta  
tropa extraña de ginetes  
que sin orden ni concierto  
los acosan y acometen.



Breve instante, sorprendidos,  
los de Aragon se detienen;  
mas en sí tornando al punto,  
ante el peligro se crecen.

Y recogiendo las riendas,  
los nobles brutos revuelven,  
y con saña de ofendidos  
y con furor de valientes,  
sin contar los adversarios,  
sobre ellos caen de repente,  
como el rayo desprendido  
de la bóveda celeste.

Corta es la refriega; empero  
terrible y feroz! Parece  
que á la turba de asesinos  
el mismo Satan enciende!

Pues con rabioso ardimiento,  
desdeñando el defenderse,  
á don Alonso y los suyos  
por todas partes ofenden.

Pero en balde; porque en tanto  
que el rudo choque sostienen,  
discretos, como caudillos,  
y como soldados, héroes,  
el Rey y el infante animan  
á sus caballeros fieles,  
que, ya enardecidos, siembran  
en torno suyo la muerte;

y en la banda de asesinos,  
que oculta órden obedecen,  
ceban su furia sangrienta  
los bravos aragoneses.

Uno escapar del combate  
solo y desarmado puede,

el justo enojo burlando  
de los que á su Rey defienden;  
y con extraña presteza,  
á que alas el miedo ofrece,  
entre las rocas del monte  
desatinado se pierde.

Quedó la lid terminada  
y por Aragon la suerte,  
dando así, claras señales  
de que Dios al Rey protege.

Cubiertos de sangre y polvo,  
abollados los arneses,  
sin airones ni penachos  
los ferrados capacetes,

los bizarros caballeros  
al Rey don Alonso vuelven  
y así exclaman recelosos:

—No es éste, señor, no éste  
buen augurio para un reto;  
perfidia es de los franceses  
esta emboscada traidora,  
y aviso de Dios parece!

Volvéos atrás: que si el cielo  
propicio ora nos defiende,  
tal vez más léjos seamos  
víctimas de esos alevés!

—No haré tal, el Rey responde.—  
Dí mi palabra solemne,  
y he de morir ó cumplirla  
cual buen caballero debe.

Poco importa que Renato,  
tales vilezas intente:  
marchemos, pues, que ya ansío  
dar vista al feral palenque! —



## ROMANCE CUARTO

## EL CAMPO

Manchados de fresca sangre  
 los corceles poderosos;  
 destrozados los arneses,  
 que van cubiertos de polvo,  
 en la anchurosa palestra  
 penetra el Rey don Alonso,  
 con los valientes guerreros,  
 sosten de su vida y trono.

Ya los jueces del combate  
 sus puestos ocupan todos  
 en el cadalso que cubren  
 tapices de seda y oro;  
 ya la multitud ansiosa  
 hierve del palenque en torno,  
 revolviéndose impaciente  
 al ver el estádio solo,  
 y el aire vago rompiendo  
 con sus acentos sonoros,  
 á los nobles paladines  
 llamó el clarín belicoso, —  
 cuando en el extenso circo  
 penetra el Rey don Alonso.  
 á cuantos ven su apostura  
 causando profundo gozo.

Venecianos, genoveses,  
 romanos; malteses, corsos,  
 milaneses, sicilianos,  
 sardos, ingleses y todos,

en fin, al ver al Monarca  
 de Aragon, que atiende ansioso,  
 en altos vivas prorumpen,  
 que repite el éco sordo.

Miéntras las francesas turbas  
 le miran con ceño torvo,  
 y en silencio le contemplan,  
 llenas de espanto y asombro.

Rigiendo con faz serena  
 el Rey su arrogante potro,  
 una vuelta sosegado  
 hizo del palenque en torno;  
 y sobre sí revolviendo  
 el animal generoso,  
 en el medio de la arena  
 se detiene don Alonso.

Gritos de entusiasmo arranca,  
 que cambia el temor bien pronto,  
 al notar turbado el vulgo,  
 que el récio arnés lleva roto,  
 y al ver la sangre, aun reciente  
 que mancha el bridon fogoso;  
 y — ¡Traicion! — apellidando,  
 crecen en estruendo ronco.

Éco hallando entre los jueces  
 de la multitud el voto,  
 mandan llamar al Monarca,  
 á su pesar recelosos,  
 para que el caballo acerque  
 y les dé razon de todo  
 cuanto sus armas revelan  
 y mueve tal alboroto.

Deferente á la demanda,  
 sereno y tranquilo el rostro,



el de Aragon á sus jueces  
satisface de este modo:

—No es nada, por Dios, señores,  
que moveros pueda á enojos:  
siempre á la guerra acompañan  
el bandidaje y el robo.

Sangre es esta de bandidos,  
que me asaltaron ha poco:  
ved si de ellos cuenta he dado,  
cuando estoy sangriento y roto... —

Y haciendo una cortesía,  
revuelve al altivo potro,  
tornando al medio del circo  
con aire majestuoso.

Como llama que prendida  
del árbol seco en el tronco,  
y aliento y vida recibe  
del viento rápido al soplo,  
recorriendo la campiña  
veloz, cual rayo estruendoso, —  
así la noticia vuela  
del ancho circo en redondo,

levantando entre las gentes  
rumor siniestro aunque sordo,  
y despertando sospechas  
que ya dicen sin rebozo;

pues há tiempo que en la arena  
aguarda el Rey don Alonso,  
y el duque de Anjou no asoma,  
ni sus parciales tampoco,  
siendo así que de sus bríos  
alarde haciendo orgulloso,  
es el retador, y debe  
de ser el primero en todo.

Pero en balde, en balde esperan  
verle aparecer ansioso,  
y entrar en la arena, en donde  
mueve su tardanza asombro;  
en balde, en balde, le aguarda,  
impaciente y con enojo  
el aragonés, cansado  
de hallarse en el campo ocioso:  
que aquel retador soberbio,  
aquel altanero mozo,  
que el mundo entero encontraba  
para su arrogancia poco,  
por ninguna parte asoma  
de los desiertos contornos,  
y, tal vez, allá en el monte  
vaga despechado y solo.

Tres veces ya los timbales  
resonaron sonorosos  
llamando á la lid al Duque  
y proclamando su oprobio,  
y ya el sol en el ocaso  
hunde las guedejas de oro,  
de su luz privando al día,  
para dar vida á otro polo;  
y ya los jueces deciden,  
tachándole de alevoso,  
de dar la prez del combate  
al bravo Rey don Alonso,—  
cuando éste, como advertido,  
y cual noble, generoso,  
viendo que el Duque se tarda,  
acude á los jueces pronto,  
demandando á su nobleza  
con acento respetuoso,



que le conceda más tiempo,  
de su alteza en testimonio,  
para aguardar á Renato,  
de quien no intenta su encono  
triunfar, sin que ántes sus armas  
prueben el francés arrojo.

Todo inútil: pardas sombras  
envuelven ya el valle umbroso;  
ya de la noche, sereno,  
brilla el astro melancólico;  
y el de Anjou á la noble liza  
no comparece tampoco,  
los timbres de su linaje,  
felon, cubriendo de oprobio.

De timbales y trompetas  
sonó el acento sonoro,  
entre la alegre algazara  
que mueve el público asombro;  
é imponiendo los faráutes  
silencio profundo á todos  
cuantos el suceso agita  
del ancho palenque en torno,

levántase un rey de armas  
en el cadalso ostentoso,  
y esta sentencia pronuncia  
con firme y solemne tono:

— Nos, el Senescal preclaro  
de la potente Inglaterra,  
nos, los ilustres varones  
de Nápoles y Venecia,  
jueces árbitros del campo  
á dó citó la soberbia  
del Duque de Anjou altanero,  
á la española nobleza,

cual traidor le declaramos  
y cual cobarde, en su ausencia,  
ya que á la voz de su honra  
no acude, como debiera,  
y al Rey don Alonso, en premio,  
damos por bueno en la empresa,  
y vencedor le aclamamos,  
como la justicia ordena. —

No dijo más; al cadalso  
corre el bravo don Alonso,  
y entrega la inútil lanza  
al Senescal poderoso.

Vuelve despues el caballo,  
y entre mil aplausos roncós,  
á sus capitanes torna  
despechado y silencioso,  
desapareciendo en breve  
de la arena, donde absortos  
millares de nobles deja  
y de su garbo envidiosos.

Á poco tiempo, en los muros  
de Nápoles, dando enojos  
á Francia, y renombre eterno  
de Aragon, al quinto Alfonso,  
los estandartes de España  
volaban, y el Duque roto  
y deshecho, en vano implora  
por toda Italia socorros.



## EL FAQUÍH DE GÜERBA

(1487)

### ROMANCE PRIMERO

#### LA RESOLUCION

Medio oculta entre jarales  
y selváticos arbustos,  
que en torno al áspero monte  
crecen por do quier incultos,  
se descubre una caverna  
cuyo ambiente espeso y húmedo,  
jamás alegró la lumbré  
del sol esplendente y puro.

En ella está, rodeado  
del misterio más profundo,  
un hombre extraño, á quien mira  
con supersticion el vulgo.

Palabras entrecortadas  
en incesante murmullo  
pronuncia entre dientes, torva  
la faz y el gesto sañudo.

Impregnadas de fiereza,  
de sus ojos, furibundo,  
despide horribles miradas  
que espantan, en torno suyo.

Pálido el rostro: la barba  
luenga y de color impuro,  
se derrama por el pecho  
que cubre un gaban moruno.

Destocada la cabeza,  
deja ver los hondos sulcos  
que labró el tiempo en la frente  
que alza á los cielos convulso;  
y como fiera enjaulada,  
en aquel silo profundo,  
presa de furor terrible  
se revuelve corajudo.

Ora hincando ambas rodillas  
en tierra, y el rostro oculto,  
breve instante permanece  
inmóvil, sombrío y mudo;

ora se alza de improvisó;  
y, como cediendo á impulsos  
de intenso furor, las manos  
se retuerce cruel y rudo;

y mesándose las barbas,  
lanza entre gritos agudos,  
espantosas maldiciones  
que atruenan el antro oscuro;

ya, algo tranquilo, repite  
mil satánicos conjuros,  
en los cuales mezcla á veces,  
cosas y nombres augustos;

y ya más, sereno, —acaso  
porque lograr piense el fruto  
de sus artes, — así exclama  
extremecido y convulso:

—¿Cómo permites, tú, el grande,  
tú el señor de los dos mundos,



el justo Alláh, que perezcan  
tan sin amparo los tuyos?  
¿Dónde está la ardiente espada  
que tu santa ley impuso,  
y ejércitos mil deshizo  
y siervos te dió sin número?  
¿Dónde está?... ¿Qué se hizo de ella?  
¿Qué se hizo?... De sangre y luto  
cubrirá mi saña horrenda  
las glorias de esos perjuros!  
Mi mano, esta flaca mano,  
que tocando está el sepulcro,  
para ellos será implacable  
y despiadado verdugo!  
Y ya que Alláh omnipotente  
así sábio lo dispuso,  
postrará esta débil caña  
de aquel roble el fiero orgullo,  
volviendo á alzar victoriosa  
Málaga sus fuertes muros,  
y sus desoladas hijas  
himnos cantando de triunfo...  
¡Oh! ¡Así será! Por las barbas  
del santo profeta juro,  
ó dar salud á mi pueblo,  
ó dar mi vida en tributo! —  
Dice; y brillando en su rostro  
amarillento y oscuro,  
una sonrisa espantosa  
que infundiera á Luzbel susto,  
como espíritu satánico  
que evoca torpe conjuro,  
abandona enfurecido  
aquel antro nauseabundo.

## ROMANCE SEGUNDO

## UNA EMPRESA ATREVIDA

—Si no escuchais mis mandatos,  
si sois sordos á mi voz,  
y ociosas miro las armas  
á que Andálus se rindió,  
y no desnudais la espada,  
ni arde vuestro corazon,—  
por infieles os maldigo,  
y por cobardes os doy!  
Que cuando nuestros hermanos  
en el sangriento fragor  
de la lucha, sucumbieron  
ante el agemí feroz;  
cuando nuestros mismos padres  
yacén, por nuestro baldon,  
en cautiverio afrentoso,  
clamando en su angustia á Dios;  
y en nuestros propios hogares  
libidinoso furor  
se cebó en nuestras esposas  
y en nuestras hijas en pos,—  
es vileza, es cobardía,  
cuando lo manda el honor,  
no empuñar la aguda lanza  
ni regir fiero troton!  
Al combate!... Alláh lo quiere!  
¿Quién será sordo á su voz?  
Hienda los aires el grito  
de patria y de religion!



¿Quién de vosotros no fía?...  
 ¿Quién de vosotros osó  
 dudar de lo que está escrito  
 y de lo que ordena Dios!..

Alláh, el sólo omnipotente,  
 nuestros brazos escogió  
 para quebrantar el yugo  
 que nos oprime feroz,  
 abatiendo de esa reina  
 el orgulloso pendon  
 que profana nuestros templos  
 é insulta nuestro valor!

Málaga! La ciudad bella  
 que amante acaricia el sol,  
 y el mar besa con espumas  
 infatigables de amor;

Málaga será la tumba  
 del cristiano á nuestra voz!  
 Alláh así lo ha decretado!  
 Hágase lo que Él mandó!—

Así con rancos acentos,  
 que miedo dan y pavor,  
 el rudo Faquih de Güerba,  
 el mágico, á quien brindó  
 albergue el ántro espantoso  
 que el fanático fervor  
 mira con santo respeto  
 que raya en veneracion,  
 desencajado el semblante,  
 trémula y torpe la voz,  
 de Guadix en la ancha plaza  
 al pueblo en masa arengó,  
 levantando el estandarte  
 santo de la religion,

y proclamando la guerra  
 contra el cristiano opresor.

Viendo que vencer no logra  
 la apatía y la inaccion  
 de aquella gente que escucha  
 indiferente su voz,

y que entre el vulgo se encuentran  
 varios gomeles de pró,  
 allí atraídos, sin duda,  
 de su palabra al rumor,—

de esta manera prosigue,  
 firme en su resolucion,  
 encarándose con ellos  
 con nueva fúria y ardor:

— Quien ve peligrar la patria  
 y hollada la religion,  
 y aún guarda silencio infame  
 y al campo no va veloz,—  
 trocar debe esos arreos  
 que disfrazan el temor,  
 en las mujeriles ruecas,  
 más propias de la ocasion.

¿Para qué ceñís la espada,  
 que es la insignia del valor,  
 y para qué os dió, clemente,  
 manos Alláh y corazon?

Muslimes no sois! La gracia  
 del Islam no está con vos!...  
 Que sois viles renegados  
 dignos de suerte peor!

¿Cuándo, cuándo las mezquitas  
 vieron tal profanacion,  
 sin que el acero vengase  
 la ofensa en el ofensor?...



¿Cuándo vieron los musulimes  
tánta infamia y tal baldon?...  
¿Cuándo la cristiana gente  
hasta Málaga llegó?...

¿Y os llamáis nobles?... ¿Y osáis,  
con hipócrita fervor,  
á Alláh, que os ha abandonado,  
acudir en la oracion?...

Oh! Vosotros no sois nobles!  
Que la nobleza acabó,  
luchando gloriosamente  
en el campo del honor!

Si lo sois, seguidme á Málaga!  
Pero quedaos: que Dios  
desde su trono os contempla  
y os manda su maldicion!—

Sordo, como allá en los mares,  
se escucha el vago rumor  
de la tempestad, que avanza  
por instantes, — resonó  
entre la gente apiñada  
del alfaquíh en derredor,  
murmullo que fué aumentando  
como centella, veloz,

y encendiendo al fin la sangre,  
despiertos ya el pátrio amor  
y el instinto religioso,  
cual trueno horrible estalló,  
aquel silencio de muerte  
trocado en febril ardor,  
y por do quier resonando:  
— ¡Viva Abraham! ¡Viva el santón!  
¡Volemos! ¡Sús! ¡Al combate!

¡Nuestra empresa es la de Dios!  
¡Los que á Al-Güerbí no siguieren,  
cobardes é infames son! —

## ROMANCE TERCERO

## EL REBATO

## I

Indecisa y medio oculta  
entre celajes de nácar,  
transparentes y movibles,  
que por el espacio vagan,  
apénas la luna brilla,  
desvaneciéndose opaca,  
ante los tÍbios fulgores  
con que ya se anuncia el alba.

Valles y montes dormidos,  
en luz misteriosa baña;  
y el horizonte matiza  
con tintas dulces y blandas,  
que van vida derramando  
por el llano y la montaña,  
cual precursores del día,  
aún dormido entre las aguas.

Tendidos al aire vago,  
que agita leve sus alas,  
brillar se ven en la Vega,  
que dá su renombre á Málaga,  
los pendones y estandartes,  
las enseñas de más fama



que une en su córte Castilla,  
haciendo ostentosa gala.

En medio del campo ondean  
de Isabel las nobles armas,  
que formando cruz airosa,  
sostienen dos rojas barras,  
y junto á su tienda lucen  
del Gran Cardenal de España  
las venerables insignias  
y los timbres de su casa.

Ocupa el Marqués de Cádiz  
— cuyas ínclitas hazañas  
al vulgo ignorante admiran  
y á los caballeros pasman,—  
las colinas y los cerros  
que suben desde las playas,  
hasta dar frente al castillo  
que de Gibralfaro llaman.

Bajo su invicta bandera  
tiene las más fuertes lanzas,  
que horror al muslime infunden,  
y sus ricas vegas talan;

y desde que el Rey Fernando  
cerca á la orgullosa Málaga,  
ni un solo instante sosiega,  
ni un solo punto descansa:

que ora infatigable oprime  
á los que el castillo guardan,  
ora sus torres derriba,  
ora sus muros asalta,

y ora, en fin, de fúria lleno,  
aparece en las batallas,  
como el génio que persigue  
á la morisma aterrada.

Extiéndense en la llanura  
con sus valientes mesnadas,  
con sus gentiles donceles  
y con sus hombres de armas,  
los más insignes caudillos  
que al Rey sirven en campaña,  
siendo el honor de Castilla  
y el orgullo de la patria.

Todos sedientos de gloria,  
llenos todos de esperanzas,  
acuden á tal conquista,  
vuelan á empresa tan alta:  
que ha sonado al fin la hora  
para la grey musulmana,  
á quien una en pos de otra  
sus ciudades arrebatan.

## II

Aún no habian roto el silencio  
de la apacible alborada  
ni los roncós atambores  
ni las tronantes lombardas,  
y aún entregados al sueño  
los guerreros descansaban  
de las penosas fatigas  
de las refriegas pasadas,—  
cuando la llanura atruenan  
horrendos gritos de alarma,  
que incesantes se repiten  
del Marqués en las estancias;  
y véñse, al abrir los ojos  
sus fuertes tropas bizarras,  
de feroces musulmanes



por todas partes cercadas.

Crece el fragor: los musulimes,  
ardiendo en sed de venganza,  
cuanto á su fúria se opone,  
cuanto resiste su saña,

haciendo horroroso estrago,  
hieren, destruyen y matan,  
así cual hambrientos lobos  
cuando en el redil se lanzan.

Ya ninguno se defiende,  
ni intenta nadie hacer cara:  
que, entregándose á la fuga,  
vuelven todos las espaldas.

Y es la confusion tan grande,  
tan horrible la matanza,  
tan inmenso el vocerío  
que por do quier se levanta,  
que no hay remedio parece,  
ni salvacion ni esperanza,  
ya para los castellanos  
que huyen á la desbandada;

miéntras, hendiendo los aires,  
en son triunfal se dilatan  
de una á otra parte, los gritos  
con que la morisma avanza,  
cual torrente desbordado,  
que, nacido en la montaña,  
baja al valle, y cuanto encuentra  
con fúria creciente arrastra!

### III

En tanto el Marqués de Cádiz  
que al primer grito de alarma,

miéntras el acero empuña  
abandona sus estancias,  
viendo que del campo huyen  
sus más valientes escuadras,  
pónese al frente de cuantos  
en torno de él reune el ánsia;

y trémulo de coraje,  
lleno de sonrojo y rábía,  
así á sus guerreros dice  
con alto acento y voz clara:

—¿A dónde, á dónde, menguados  
vais, cual cobarde manada  
de corderos, y al cuchillo  
entregais vuestra garganta?

¿Es este el valor ¡por Cristo!  
de que hicísteis tanta gala,  
sí, cuando el peligro llega,  
dais al peligro la espada?

Volved! Volved, vive el cielo!  
Que os está mirando Málaga,  
y doña Isabel os mira  
por vuestra afrenta humillada!

Volved! Volved al combate!  
Que no crea esa canalla  
que sois débiles mujeres  
y que el corazon os falta!—

Dijo; y volando sañudo  
á donde el honor le llama,  
en medio de los infieles  
ardiendo en furor se lanza.

Á su ejemplo, dominados  
por la accion y la palabra,  
los guerreros fugitivos  
en su carrera se paran;



y la faz volviendo, ansiosos  
de lavar tan negra mancha,  
en breve instante la lucha  
de aspecto y fortuna cambia.

No son ya los castellanos  
los que en la fuga se salvan,  
ni los que indefensos mueren  
ni á los que la lucha espanta:  
que ora, cual bravos leones  
á los musulmanes cargan,  
y por do quier los persiguen,  
y acosan y desbaratan,  
hallando sólo en las quiebras  
y brezos de las montañas,  
salvacion los que no mueren  
á los filos de la espada,  
ó arrojándose confusos  
del mar profundo en las aguas,  
aquellos que el miedo ciega  
y de la suerte se espantan.

#### ROMANCE CUARTO

#### UNA ESCENA EXTRAÑA

##### I

Terminada la refriega  
y restablecido el orden,  
miéntras á ocupar sus puestos  
vuelven ya los campeones,  
no encontrando al enemigo,  
que por los breñales corre,

llo de pavor y espanto  
en pos del sangiento choque,  
—el valiente don Rodrigo  
prudente y sagaz dispone,  
como aquel que de la guerra  
las arterías conoce,  
que sin trégua ni descanso  
otra vez sus tropas tornen,  
y con el mayor sigilo  
registren cerros y montes,  
por dar caza á los musulimes  
que entre las breñas se esconden  
y evitar que reunidos  
otra vez vuelvan traidores.

El mismo Marqués al frente  
de la expedicion se pone,  
por que recela que el éxito  
la soldadesca malogre;  
y dividiendo sus gentes  
en distintos escuadrones,  
para que el monte circunden,  
gallardo la marcha rompe.

Mas no bien del campamento  
la última linde traspone,  
y altivo á subir comienza  
las ágrías curvas del monte,—  
cuando, buscándole ansiosos,  
mira acercársele entónces  
varios de los adalides  
que mandan los escuadrones,  
y quienes, sin darle tiempo  
de que la causa interrogué  
de su aparicion extraña,  
le dicen estas razones:



— Gran señor: en cien combates,  
luchando hombres contra hombres,  
nos habeis visto, siguiendo  
vuestros invictos pendones.

Que ninguno de nosotros  
lo que es el miedo conoce,  
demostrado está con esto:  
no há menester fiadores;

pero sabed que las tropas,  
al pié de unos altos robles,  
que trás de aquella colina  
la frondosa copa esconden,  
un sér extraño han hallado  
que las confunde é impone,  
pues más parece fantasma  
del otro mundo, que hombre.

Fija la vista en el cielo,  
nada ve ni nada oye;  
parece estátua de mármol  
de un sepulcro, por lo inmóvil.

Refieren unos, que á veces  
vuelve los ojos feroces,  
y arroja fuego por ellos,  
que miedo en los pechos pone;

otros, que en algarabía  
dice extrañas oraciones,  
y de súbito le cercan  
negros y espesos vapores,  
aterrando de tal modo  
á los bravos campeones,  
que nadie á seguir se atreve  
la batidá por el monte.—

Sereno el Marqués de Cádiz  
tan raras noticias oye,

mostrando en su continente  
que no hay nada que le asombre.

Y dando á los adalides  
de que le sigan la órden,  
valeroso y decidido  
él mismo, la marcha rompe,  
sin que revele el semblante,  
ni acuse altivo su porte,  
los deseos que le encienden,  
las ánsias que el pecho esconde.

## II

Valiente y resuelto marcha:  
ya la colina traspone:  
ya á sus soldados distingue  
al pié de los altos robles;  
y á su corcel obligando  
á que por-breñas galope,  
sin que ninguno le siga,  
penetra en el ancho bosque.

Párase en medio: ardoroso  
con la vista lo recorre;  
y que en él está advirtiendo,  
segun las señas, el hombre  
que llenos de pavor miran  
los guerreros en desórden,  
acercándosele altivo  
de este modo preguntóle:

— ¿Quién eres?.. ¿Qué en este sitio,  
esperas? ¿Cuál es tu nombre?

— Soy Faquih, y llamarme suelen  
Abraham Al-Güerbí,— responde.



Ora en abstracción profunda,  
divinas inspiraciones  
á Alláh potente pedía  
solitario en estos bosques,  
matizados con la sangre  
mártir, de cien defensores  
del Islam, aquí inmolados  
á vuestro furor innoble.

Y Alláh, propicio, me hablaba,  
oyendo mis oraciones,  
de Málaga... Mas ¿qué dije?..  
¿Quién eres?

—¿No me conoces?...

Yo soy el Marqués de Cádiz.  
—¿Tú?... ¿Tú el Marqués?... ¿Tú el azote  
del muslim?... Te reconozco!  
Llévame ante tus señores.

Alláh así lo tiene escrito:  
que del secreto que esconde  
mi pecho, sólo me es dado  
á ellos hablar de...—Anudóse  
en su garganta la lengua;  
la trémula voz faltóle;  
y cual reo arrepentido  
que su crimen reconoce,  
contrito á los cielos pide,  
invocando el santo nombre  
de Alláh, el clemente, el piadoso,  
que su indiscreción perdonen.

Atónito don Rodrigo  
tan misteriosas acciones  
sin dar un paso contempla  
y tales palabras oye,  
notando en aquel semblante

algo de grande y de noble,  
que un sér extraño revela:  
que un grande misterio esconde.

Y aunque en el pecho no abriga  
vulgares supersticiones,  
como algunos, envidiosos  
de sus hazañas, suponen;  
aunque arde en sus venas pura  
la alta fé de sus mayores,  
del Faquíh saber desea  
las vagas revelaciones.

Vencida la repugnancia,  
y avanzando hácia aquel hombre,  
—¿Por qué—le dice—rehusas,  
ya que quien yo soy conoces,  
referirme, aquí apartados  
las altas inspiraciones  
que de tu Alláh has recibido,  
é importan á mis señores?

Por quien soy, que sino hablas  
y á mi voluntad te opones...  
—Tu amenazar es en balde,—  
el viejo alfaquíh responde; —  
sólo á tu Rey decir puedo  
lo que el ángel revelóme,  
y sólo en presencia suya  
he de hablar. No me interrogues.

—Verás tu afán satisfecho,  
pues el silencio no rompes,—  
contesta el Marqués, la sangre  
hirviendo en sus venas noble;  
y miéntras manda á los suyos  
sigan la batida al monte,  
sin dar cuartel á ninguno



de cuantos la sierra esconde,  
 — Sígueme, — dice al anciano;  
 y el bridon saca del bosque,  
 y hácia el rēal se encamina,  
 seguido por aquel hombre.

### ROMANCE QUINTO

#### LA TIENDA

##### I

Cercado de capitanes,  
 de veinte lanzas seguido,  
 y por todo el campamento  
 con afan y asombro visto,  
 Abraham Al-Güerbí, el muslime,  
 que ardiendo en furor impío  
 á los gomeles sedujo  
 y á los de Guadix maldijo;  
 que volando á los combates,  
 iracundo y vengativo,  
 la muerte esparció en las filas  
 del cristiano sorprendido, —  
 con ademan misterioso  
 y siniestro, aunque sumiso,  
 con el semblante inclinado,  
 por celar su regocijo;  
 sin bonete en la cabeza,  
 de negro albornoz vestido,  
 marcha hácia la rica tienda  
 del Rey don Fernando el quinto.

Ya del Cardenal de España  
 el pendon esclarecido  
 á sus espaldas el viento  
 movía en opuestos giros,  
 y ya á su vista brillaban  
 los leones y castillos  
 que són de Isabel los timbres  
 y de la victoria signos, —  
 cuando á la lucida escolta  
 llegó un tierno pajecillo,  
 que demostraba en su traje  
 estar al régio servicio,  
 y llevándose al birrete  
 la diestra, en tono expresivo,  
 al capitan más anciano  
 así á media voz le dijo:

— Nuestra excelsa soberana  
 mándame que os detengais,  
 y al moro en guarda pongais  
 en la tienda más cercana.

Pues ora el Rey don Fernando  
 en dulce sueño reposa,  
 de la noche fatigosa  
 que dióle el muslime infando. —

Los gallardos capitanes  
 paráronse á un tiempo mismo;  
 y las lanzas despidiendo,  
 que guardan al granadino,  
 al pabellon de don Álvar  
 de Portugal, primer hijo  
 del gran Duque de Braganza,  
 llegóronse comedidos.

Y despues de dar al dueño  
 con gran respeto y sigilo



la real órden, recibida  
por medio del pajecillo,  
en la tienda de don Álvar  
dejaron al granadino,  
que, hipócrita, no levanta  
del suelo el rostro sombrío.

## II

Era el pabellon del Conde  
de los más bellos y ricos  
que el campamento poblaban,  
por su espléndido atavío.

Costosas telas de Múrcia,  
que arrojaban gayos visos,  
dábanle tapiz gracioso,  
de rándas de oro guarnido.

Las pesadas colgaduras,  
hechas de brocado fino,  
formaban vistosos arcos  
con grandes borlas prendidos,  
y en su centro relucian  
de plata y azul, macizos,  
de Portugal los escudos,  
blasones del Conde altivo.

Sobre un caballete puesta  
que, formando aspa, tendidos,  
atravesan dos lanzones,  
de elegantes pendoncillos,  
mirábase una armadura  
de templado acero limpio,  
que ricas labores de oro  
esmaltan, dándole brillo.

El pavimento alfombraban  
paños de Pérsia exquisitos,  
cuyos hermosos matices  
dibujaban mil caprichos;  
y sobre tan rico suelo  
encontrábanse esparcidos  
en agradable desórden  
almohadones tunecinos,  
viéndose de trecho en trecho  
algun sitial, do prolijo  
grabó el arte mil relieves  
y mil maravillas hizo.

Varias lunas venecianas  
de forma y gusto moriscos,  
retratando los adornos  
que ornaban aquel recinto,  
le daban tan vário aspecto,  
tal belleza y tanto brillo,  
que de oriental alcázar  
parecía el trasunto mismo.

## III

Sentada en un taburete  
de velludo purpurino,  
doña Beatriz Bobadilla,  
que es de don Álvar hechizo,  
estaba: y al lado suyo,  
uno grave, otro sumiso,  
don Ruy Lopez de Toledo  
y un religioso francisco.

Vestía la ilustre dama—  
en cuyo rostro divino



tienen las gracias su trono  
y el amor tiene su nido,—  
rico brial de azul y blanco,  
que esmaltan morados lirios  
de suaves sedas persianas,  
oro siendo sus pistilos.

La hermosa frente cubría,  
cogiendo sus blondos rizos,  
noble joyel de diamantes,  
de la diadema prendido;  
y en el semblante mostraba  
tal nobleza y señorío,  
que engendraba hondo respeto  
en todo el mundo, y cariño.

Gallardo el jóven magnate,  
que era en las lides temido,  
gaban leonado vestía,  
puesto un birrete corinto,  
do vuelan dos blancas plumas,  
que el viento halaga festivo,  
sujetas ambas del tronco  
por esmaltado cintillo;  
y sólo una daga corta,  
en la que es oro bruñido  
la cruz, y marfil el puño,  
llevaba puesta en el cinto.

Con tal aparato y pompa  
deslumbrado el granadino,  
piensa en su afan, el menguado,  
que está ante los reyes mismos;  
y á aquellos nobles magnates,  
que mira á su frente altivos,  
en Isabel y Fernando  
los trasforma su delirio.

Silencioso breve instante  
estuvo Abraham y sombrío,  
esperando le pregunten  
de su presencia el motivo,  
y acariciando sañudo  
de su mente en el abismo,  
el proyecto que á la tienda  
donde se halla le ha traído.

Mas viendo que ya el silencio  
se prolonga, y que es preciso  
aprovechar los instantes  
pues no recelan peligro,  
con voz firme, aunque sumisa,  
y cual de sed afligido,  
un jarro de agua demanda,  
que le sirvió un pajecillo.

Tomólo en su mano izquierda,  
mostrando insaciable ahinco,  
y dando á su rostro enjuto,  
que ilumina el regocijo,  
aire tan extravagante,  
tan extraño y repulsivo,  
tal movimiento á la boca  
y á los ojos tal desquicio,  
que doña Beatriz pasmada,  
don Álvaro sorprendido,  
y el religioso y Toledo,  
llenos de asombro infinito,  
juzgan ver en su presencia  
infernál trasgo fingido;  
y mudos y sin moverse  
contemplan á aquel precito.

Abraham Al-Güerbí, entretanto,  
haciendo encontrados signos



sobre el agua, y repitiendo  
misteriosos y malditos,  
varios conjuros solemnes  
en lengua y forma distintos,  
prepararse parecía  
á decir grandes prodigios.

Empero, dando de pronto  
áspero, agudo alarido,  
que atronó la estancia toda  
y á don Álvar temblar hizo,  
vertió el agua; y arrojando  
léjos de sí el blanco vidrio,  
tiró de un *cortado agudo* (1)  
en sus ropas escondido,  
y lanzándose furioso  
á don Álvar, de improviso,  
dióle en la ilustre cabeza  
tan feroz golpe, que vino  
á dar á los piés del moro  
en la propia sangre tinto,  
y — ¡*Muerto soy!* — exclamando:  
— ¡*Valedme, ay de mí, Dios mio!* —

Rápido Abraham, alza al punto  
otra vez el hierro ínscuo,  
que sangre caliente arroja  
por los cortadores filos;  
y ántes que impedirlo pueda  
nadie, con encono impío,  
contra Beatriz se lanza  
de — ¡*Muera Isabel!* — al grito.  
Mas enredado el acero

(1) Espada corta de dos filos.

en el cortinaje, quiso  
librar Dios á aquella dama  
de tan horrible peligro,  
miéntras que el fraile y Toledo  
asiendo á Abraham atrevidos,  
á aquel demonio oprimian  
sin darle ningun respiro.

## V

A las destempladas voces,  
y á los moribundos gritos,  
entran del Conde los guardias,  
en el sangriento recinto;  
y al ver postrado por tierra  
á su alto señor, y herido,  
y al mirar á don Ruy Lopez  
y al religioso francisco,  
luchar con aquel fantasma,  
que áun maldiciente y altivo,  
amenaza con la muerte  
á los que osan oprimirlo,  
con tanta rabia le embisten  
hiérenle con tales bríos,  
que allí sin piedad, pedazos  
hacen su cuerpo maldito.

Divulgado tal suceso  
y en todo el campo sabido,  
los caballeros volaron  
á llorar tan gran caudillo.



Y diz que la soldadesca  
 los restos asiendo indignos  
 de aquel Satan encarnado,  
 de aquel infame asesino,  
 con ellos cargó un ingenio  
 de fuego, ya dirigido  
 á Málaga, allá enviando  
 aquellos miembros malditos,  
 miéntras los invictos Reyes,  
 sabiendo el grande peligro  
 de que la bondad divina  
 propicia salvarles quiso,  
 mandaban se celebrase,  
 á este bien reconocidos,  
 con un solemne *Te-Deum*  
 el milagro en sus dominios.

Tal fué la suerte que cupo  
 á Al-Güerbí, y tal el castigo  
 que merecieron del cielo  
 su saña y su fanatismo.

Sevilla — Abril de 1841.

## LA BANDERA DEL HONOR

(1489)

### I

Levantadas las viseras,  
 desceñidos los arneses,  
 terciadas las gruesas picas,  
 que sangre mora enrojece,  
 don Antonio de la Cueva,  
 Duque y señor de Alburquerque,  
 con el intrépido alcaide  
 del Salar, Hernando Perez,  
 por la escabrosa montaña  
 de Guadix á Baza viene,  
 que Hacen, el gallardo moro,  
 del Rey Fernando defiende.

Bizarros potros cabalgan,  
 que en las orillas del Bétis  
 de árabe raza nacieron,  
 y al viento rápidos vencen.

Síguenlos con noble orgullo  
 los más apuestos donceles,  
 que pesadas picas blanden,  
 que esgrimen espadas fuertes.

Y va también en pos de ellos  
 la más aguerrida gente,



que en los cristianos reales  
la Cruz sagrada enaltece.

Ostentan de insigne algara,  
con mengua de los gomeles,  
entre mil cautivos moros  
inmesa copia de reses.

Todos contentos caminan,  
descuidados todos vuelven;  
pues los alienta la gloria  
y les sonrien los bienes.

## II

Con tan próspera fortuna  
desordenadas las huestes,  
antiguos romances cantan  
que en pátrio honor los encienden.

Ora de Fernan Gonzalez,  
primer conde independiente  
de la guerrera Castilla,  
recuerdan altos laureles.

Ora de Mío Cid, Ruy Diaz,  
que tuvo vasallos reyes,  
y á quien los santos hablaban,  
triumfos sin cuento refieren.

Aquí lances amorosos  
cuentan gallardos donceles:  
más allá osadas empresas,  
que al moro humillan y ofenden.

Y no falta en tal momento  
quien brinda gozoso, y bebe  
á la salud del vencido,  
jácara cantando alegre.

En tanto Bazan y Cueva,  
con el alcaide Hernan Perez,  
la presente gloria admiran  
de los Católicos Reyes.

En doña Isabel bendicen  
el génio de heróico temple,  
que altas empresas medita,  
y Dios inspira y protege.

En don Fernando, al caudillo  
ven de las cristianas huestes,  
á quien ni rotas humillan,  
ni victorias desvanecen.

Y unidas ambas coronas  
sobre sus augustas sienes,  
no dudan ya que en la Alhambra  
de la Cruz la enseña vuela.

## III

Tan risueñas esperanzas  
acariciaban alegres,  
cuando una nube de polvo  
de improviso los envuelve;  
y cubriendo el sol radiante,  
el claro dia oscurece,  
helando todos los pechos,  
turbando todas las mentes.

Ronco alarido, tronando  
por mil partes diferentes,  
los anchos valles asorda,  
los altos montes conmueve.

Corónanse de turbantes  
las cimas; rompe de frente



tropel de fieros caballos  
sobre la cristiana hueste.

De árboles, riscos y quiebras  
brotar muslimes parece,  
que dando horribles aullidos  
contra la Cruz se desprenden.

Crece el pavor: aterrados  
los cristianos desfallecen:  
tiemblan, y en cobarde fuga  
salvar la vida pretenden.

En vano los adalides,  
con el valor de los héroes,  
temor tan indigno afean,  
tan infame acción reprehenden.

En vano intenta esforzado  
el generoso Alburquerque,  
ya prodigando amenazas,  
ya prometiendo mercedes,  
que al musulman hagan rostro  
y que animosos le esperen,  
mandando que se adelante  
con la bandera su alférez.

Ninguno su acento escucha,  
nadie su voz obedece:  
que en confuso remolino  
apiñados retroceden.

La rica presa abandonan;  
la faz espantados vuelven:  
ya dan la victoria al moro  
que en ellos sañoso hieren!...

## IV

En tan horrendo conflicto,  
el alcaide Hernando Perez,  
á quien el honor da espuelas  
y la afrenta el pecho enciende,  
puesto delante de todos,  
como aparición celeste,  
en la punta de su lanza  
un blanco pañuelo prende;

y alzándose en los estribos,  
con voz animosa y fuerte,  
estas palabras pronuncia,  
con que la fuga suspende:

— ¿Para qué espada empuñamos,  
ni á qué vestimos arneses,  
si esquivamos los peligros  
como tímidas mujeres?

Hoy se han de ver, caballeros,  
los honrados y valientes!...  
Quien no temiere á los moros,  
seguirme al combate puede,  
que en aquesta humilde toca  
seguro estandarte tiene:  
cualquier bandera es sagrada,  
cuando el honor la defiende! —

Así dice, y ondeando  
sobre su cabeza el leve  
pañizuelo, entre los moros  
resuelto y veloz se mete.

Su ejemplo el honor despierta  
en los fogosos donceles:



la vergüenza los aguija  
y contra el moro revuelven.  
Rudo fué el choque, dudosa  
la lid un momento pende;  
y furibundas se aprietan,  
mezclándose, entrambas huestes.

Entre el crujir de las armas  
y el bramar de los gomeles,  
se oyó al fin el grito santo,  
nuncio al musulman de muerte.

— ¡Santiago, ayuda!... — resuena,  
y — ¡Cierra, España!... — se atiende:  
despavoridos los moros,  
valor y esperanza pierden.

Cual funesta carga, arrojan  
el hierro, la espalda vuelven,  
y en desconcertada fuga,  
los más, degollados, mueren.

## V

Contento á poco y triunfante  
el denodado Hernan Perez  
al campo llegó de Baza,  
de sus guerreros al frente.

Al aire lleva tendida  
la enseña que lo ennoblece;  
la que alentó á los cristianos,  
la que espantó á los infieles.

Ya se acerca á los reales  
que el Rey Fernando mantiene;  
y el Rey, para recibirlo,  
salió con pompa solemne.

Y es fama que, al avistarle,  
con acento y faz alegres  
estas palabras le dijo,  
miétras los brazos le tiende:

— Hernando, tu heroica hazaña  
digna fué de insigne premio;  
y entre los nobles de España  
te pone en el primer gremio.

Y yo por mi propia mano  
darte el galardón querría:  
tendrás mañana temprano  
Orden de caballería. —

El Rey calló: los albores  
del nuevo sol á Hernan Perez  
caballero saludaron  
ante árabes minaretes;

y de Isabel el esposo,  
que espejo fué de valientes,  
para unir honra y provecho,  
colmóle al par de mercedes.

De este modo el amor vive  
entre vasallos y reyes:  
así los hombres son grandes,  
y así las naciones crecen.



## RESPUESTA DE ZAYDE

AL DESAFÍO DE TARFE

Que no tiene que ver nada  
lo cortés con lo valiente.

*Adagio castellano.*

« Altivo y soberbio Tarfe,  
que dejas tan fácilmente  
correr la lengua y la pluma  
cuando distante las mueves;

» que en denuestos y en insultos,  
y en arrogantes billetes,  
cifras tu gloria y tu fama,  
cuando está el contrario ausente,

» sin ver que torpe mancillas  
de tus nobles ascendientes,  
honor y renombre á un tiempo,  
y sus timbres oscureces;

» sin ver que las amenazas  
en la ausencia nunca ofenden,  
y que miéntras son mayores  
más al autor envilecen;

» ¿de quién supiste, menguado,  
que Zayde el noble Zenete,  
cobarde ha vuelto la espalda,  
teniendo el peligro al frente?

» ¿Quién te ha dicho que mi brazo  
es en las lides tan débil  
que al peso de gruesas lanzas  
se me rinda ó se doblegue?

» Ni ¿quién, que al marcial estruendo  
del clarín, no me presente  
el primero en los combates,  
sembrando do quier la muerte?

» ¿Has, por ventura, olvidado,  
que en los campos de Alcaudete,  
cuando el Conde de Tendilla  
desbarató nuestras huestes,

» fué Zayde, el solo entre todos,  
quien mal herido y sin gente,  
libertó nuestro estandarte  
de manos de los infeles?

» ¿Ó no recuerdas que en Loja,  
cuando, en mil encuentros héroes,  
del fiero Rodrigo Ponce  
los valerosos donceles,

» asaltaron la alcazaba,  
el mismo Zayde, á quien tienes  
la temeraria osadía  
de insultar tan néciamente,

» fué quien, lleno de entusiasmo,  
seguido de cien gomeles,  
los rechazó hasta las tiendas  
de los castellanos Reyes?

» Si soy cortés con las damas,  
si en juegos y zambras vencen  
mi apostura y lozanía  
tu presuncion de valiente,

» y si rudo en el consejo,  
como ante las bellas, eres,



y te hielas en Bib-rambla,  
como ante el Rey enmudeces,  
» quéjate pues, á tí mismo,  
mas no de Zayde te quejes,  
apagando el fiero encono  
en tu corazon imbécil.

» Empero, junto á la orilla  
del Darro apacible y fértil,  
aceptando el desafío  
que tan sañudo apetece,

» te acordaré que mi diestra  
tan fácil las mallas hiere,  
como arroja los bohordos  
y los caballos revuelve.

» Y si de mí desconfías,  
cual en tu carta pretendes,  
ó alguna traicion infame  
de mi noble pecho temes,

» que te acompañen tus deudos,  
que tus amigos te cerquen,  
y lleva, en fin, á Granada,  
para que el duelo presencié!»

Así Aben-Zayde responde  
á Tarfe, en cólera ardiendo:  
sus armas al punto pide  
á sus pajes y escuderos;

en potro alazan cabalga,  
veloz, cual el mismo viento,  
y llega, sobre él volando,  
al dulce Darro, el primero.

## ROMANCE MORISCO

*Varium et mutabile semper, fœc nina.*

*Virg. Lib. iv. Æneid.*

—Zoraima, bella Zoraima,  
luz y encanto de mis ojos,  
gala de la hermosa Vélez  
y de Granada tesoro:

tú, por quien suspiro en vano,  
tú, por quien de noche rondo  
las cruzadas celosías  
que se ablandan con mi lloro:

tú, por quien mis lanzas diera,  
tú, por quien lo diera todo,  
á cambio de una mirada  
ó de un suspiro tan solo:

tú, que eres mi única dicha,  
por quien la gloria ambiciono,  
por quien huyo de las zambras,  
por quien las hermosas ódio,—

abre ese ajiméz, señora,  
y déjame ver tu rostro:  
deja que aspire el perfume  
que guardan tus lábios rojos.

Déjame escuchar tu acento,  
como las auras sonora;



y si en algo te he ofendido,  
piadosa olvida tu enojo.

No es posible que tu pecho  
virginal, abrigue encono,  
por que es muy tierno, Zoraima,  
y no ha de ser rencoroso.

Si me venció en la sortija,  
si fué más diestro en los toros  
el gallardo Aben-Malique,  
ó anduvo más venturoso,

dime, ¿quién rompió más lanzas,  
quién arrojó más bohordos,  
ni quién revolvió el caballo,  
cual yo manejé mi tordo?

¿Quién se mantuvo en la silla,  
ni quién resistió brioso  
la pujanza de mi brazo,  
al juntarse entrambos potros?

Responde, mujer ingrata,  
responde, y dime si hay otro  
cuya lanza sea más fuerte  
ni su corcel más fogoso:

que si conoces alguno  
en Granada y sus contornos,  
puedes nombrarle, y su esfuezo  
probaré rostro con rostro.

Dí si en Granada encontraste  
alguno más bravo, y pronto  
iré volando á Granada  
y aquí le traeré afanoso:

que no corriendo sortijas,  
ni lidiando erguidos toros,  
se dan pruebas de valiente,  
sino en lances peligrosos:

al frente de los cristianos,  
cuando esparciendo el asombro,  
talan nuestras ricas vegas,  
es cuando se muestra arrojo.

¿Has olvidado, Zoraima,  
los sin iguales tesoros  
que gané en Rayya al cristiano  
y á tus piés rendí de hinojos?

O ¿no tienes cien cautivas  
que te ofrecí victorioso,  
de mi esfuerzo en el combate  
y mi valor testimonio?

Mas ¡ay! Que sorda á mis ruegos,  
me escondes, Zoraima, el rostro,  
y está tu ajiméz cerrado  
como está tu pecho sordo.

Mas, qué mucho, si al fin eres  
mujer, y está dicho todo,  
y como tal, veleidosa,  
por que sabes que te adoro!

¡*Alláh-u-akbár!* Bella ingrata;  
miéntras despechado corro,  
á encontrar con los infieles,  
que amenazan poderosos;

miéntras á la invicta Ronda,  
que aséda el cristiano, acorro,  
gózate en mi desventura  
y en mi tormento rabioso.

Mas si algun dia triunfante  
al pié de estos muros torno,  
y fiel entónces recuerdas  
mi amor; si tal dicha logro,  
cambiáranse en alegrías  
mis suspiros y sollozos,



y ante tus plantas postrado,  
viviré, muerto de gozo!—

Esto Aben-Ahmed decia,  
el fiero alcaide de Ronda,  
junto á la plaza de Vélez,  
montando una yegua torda;  
y así que hubo dado al viento  
su querella lastimosa,  
saliéndose de la villa,  
á rienda suelta galopa.

7339.

## LA HOJA DEL ÁLAMO

El sol sus rayos vertía,  
entre nubes de oro y grana,  
sobre la frondosa Vega  
de la oriental Granada,  
y á su purísima lumbre,  
que refleja en las montañas,  
Sierra-Nevada y Elvira  
parecen hechas de nácar.

De los árboles apénas  
las hojas agita el áura,  
y el pintado pajarillo  
entre la espesura canta,

miéntras en la hermosa Vega,  
llevando cristal por agua,  
los bulliciosos azárbes  
semejan cintas de plata.

Por entre lindes de flores,  
que el vago ambiente embalsaman,  
jugando en la blanda arena,  
manso el Darro murmuraba;  
y en los cármenes floridos,  
que su camino señalan,  
sobre tazas de alabastro  
deshecho en espumas salta,  
subiendo al Generalife,  
cautivo en red de esmeraldas,  
para llevar su corriente  
á la deliciosa Alhambra.

Despues triunfante divide  
en dos la hermosa Granada,  
por mezclar sus claras linfas  
con las del Genil heladas;  
y, encaminándose al Bétis,  
ambos confundidos marchan,  
por darle de sus amores  
fruto en espumas rizadas.

Allí, á la apacible orilla  
donde se juntan y enlazan,  
donde sus bodas celebran,  
donde sus amores cantan,—  
un mancebo, cuyo garbo  
su noble estirpe declara,  
con abatido semblante  
presuroso se acercaba.

Gaban luengo y leonado,  
con rapacejos de plata,



aunque mal traído y roto,  
 su airoso porte señala;  
 azul birrete, sencillo,  
 de terciopelo de Baza,  
 sin plumas ni joya, cubre  
 su frente, que el duelo empaña;  
 y el largo y rubio cabello,  
 deshecho en madejas varias,  
 sobre los hombros robustos  
 cae blanco, y sobre la espalda.

Al diestro lado no lleva  
 en el cinto aguda daga,  
 ni pendiente del siniestro  
 rícea y cortadora espada:  
 que va solo y desarmado,  
 cual cautivo en tierra extraña;  
 mas como cautivo noble,  
 esclavo de su palabra.

Llegó, en fin, triste el mancebo  
 á las márgenes que esmaltan  
 con su caudal los dos ríos,  
 gloria y placer de Granada;  
 y al pié de un álamo blanco,  
 que al cielo su frente alzaba,  
 espeso toldo tegiendo  
 de verdes, frondosas ramas,  
 sentóse, y por breve instante  
 profundo silencio guarda,  
 hasta que con voz doliente  
 y el rostro agitado exclama:

—Ligera y galante brisa,  
 que el valle y la Vega encantas,  
 de una flor á otra tendiendo

tus leves y frescas alas:  
 tú, por quien la vida es dulce,  
 por quien goza alegre el alma  
 las visiones deleitosas  
 que el espíritu embriagan,  
 lleva mis tristes lamentos  
 al cándido pecho, virgíneo de Láura,  
 y bate en su frente tus rápidas alas.

Mas vuelve luégo piadosa,  
 vuelve, y dime si me ama,  
 como en los felices días  
 que eterna fé me juraba;  
 dime si olvidó al cautivo  
 que el Rey Hacen hizo en Zahara,  
 y dile, si me ha olvidado,  
 que recuerde que aún soy Vargas.  
 Dile que su hermano Enrique  
 murió defendiendo la villa de Alhama,  
 á tiempo que el moro rendirla juraba.

Empero ve tan callando,  
 con tanto sigilo marcha,  
 que nadie sentirte pueda,  
 que nadie á robarte salga:  
 pues el tesoro que llevas,  
 y en tí confían mis ánsias,  
 es tal, que si lo perdieras,  
 serás de mi muerte causa.  
 Huye si algun otro viento  
 sorpresa amorosa, falaz, te prepara;  
 y el caro secreto de tí nunca salga.

Mas ¡ay! Escucha! Detente!  
 No des un paso, no vayas:



que está muy léjos mi amante  
y son de cera tus alas:  
que ya el sol con llama estiva  
tu débil aliento abrasa,  
y no resisten su aliento,  
cual tú, las sùtiles áuras.

Quédate en la hermosa Vega,  
do còlica y dulce de amor eres maga,  
y bate en mi frente tus rápidas alas.

Sí: que los sonoros rios,  
que ven llorar mi desgracia,  
y que la gran ciudad besan  
do mora mi bella amada,  
se encargarán del mensaje,  
encerrando en sus entrañas  
el depósito adorado  
que de mi cariño alcanzan,  
y cuando llegue á Sevilla  
el tierno billete, que el Bétis aguarda,  
saldrá á recibirlo, temblando mi amada! —

Así habló el jóven cautivo  
mirando las limpias aguas  
del Genil y el Darro, miétras  
del blando césped se alza.

Una hoja toma del álamo,  
y en ella afanoso graba,  
entrelazando las letras,  
su nombre y el de su Láura,  
y la arroja á la corriente  
que, sorprendida, se pára,  
forma veloz remolino,  
y sepulta en él la carta.

## EPÍSTOLAS



Á MI QUERIDO AMIGO

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

---

¡Cuán poco precias ¡ay! mi dulce amigo,  
la paz sagrada que tu hogar rodea  
y en medio á este tumulto no consigo!...

De la ambicion ignoras la pelea:  
que en ese Eden que el Bétis fecundiza  
el ánimo se ensancha y se recrea.

Cual arroyo fugaz que se desliza  
entre la verde júncia y flor lozana  
que los estrechos márgenes matiza, —  
corre libre de afan tu vida ufana  
y todo á tu mirar grato sonrie,  
sin despertarte el susto á la mañana.

Permite, pues, que mi dolor te envíe,  
si busco en balde quien mi pena acoja  
y no hay ya al templo del saber quien guíe.

Aquí el laurel marchito se deshoja:  
que aun, para escarnio de virtud, alientan  
las sierpes que mordieron á Rioja.

Y tú, ¿cuando sus fúrias acrecientan,  
al piélago pretendes arrojarte,  
que agitan las venganzas y atormentan?...

Ah! No corras, amigo, á despeñarte:



detén el paso y la comarca mora  
que por tu dicha al cielo plugo darte.

Qué, ¿no resuena ya la voz sonora  
que cantó de Lepanto la alta hazaña  
y la beldad sublime de Eliodora?...

¿Tu dócil pecho de placer no baña  
del cordobés Marcial la alegre vena  
cuando en los vicios su aguijon ensaña?...

¿No escuchas ya la dulce cantilena  
del fogoso Cetina?... ¿Has olvidado  
del buen Alcázar la *jocosa cena*?...

¿Ó tal vez no te agrada el inspirado  
noble acento de Arguijo, en cuya frente  
tegió doble corona justo el hado?...

Vuelva ¡oh Francisco! á refrescar tu mente  
de tan altos varones la memoria,  
más que mis versos grata y elocuente.

Tuya es del Bétis la envidiada gloria,  
tuya su fama y su esplendente brillo,  
que en depósito fiel guarda la Historia.

No olvide, no, tu corazón sencillo  
que en tan rico vergel tuvieron cuna  
el gran Velazquez é inmortal Murillo.

Si te negó su halago la fortuna,  
no le inclines la frente, ni en trofeo  
al carro de sus víctimas te una.

Recuerda, amigo, al fabuloso Anteo  
que al tocar de sus plantas en la tierra  
valor nuevo cobraba en árduo empleo.

Sosten con pecho audaz la cruda guerra  
que te mueve el destino, y á tus lares,  
cual piloto al timon, firme te aferra:

que en el bosque nativo sus pesares  
entona el ruiseñor enternecido

y perece al cruzar extraños mares.

Rompa el gemir tu canto dolorido  
y cual lluvia apacible del verano  
la faz inunde el lloro comprimido.

No suene para tí mi acento en vano;  
y ya que el hado adverso nos separa  
calmar procura su rigor tirano.

De puro gozo el corazón saltará  
si en tan mísero afán plugiese al cielo  
romper los lazos de mi suerte avara.

Entónces yo, para templar tu duelo,  
corriera alegre á la olivosa orilla  
que presta encantos mil al pátrio suelo.

Y como en otros lustros fué Sevilla  
fuente de juveniles ilusiones,  
tornára á ser de entrambos maravilla.

Derrama en ella sus celestes dones  
naturaleza pródiga y los vates  
hallan do quier amor é inspiraciones.

No sufren sus almenas los embates  
del túrbido aquilon, ni abren sus puertas  
del agitado mundo los combates.

Elíseos campos sus floridas huertas,  
paraisos de amor son sus jardines;  
sus calles al dolor están desiertas.

Y al recordar sus nobles paladines,  
se agolpan en la muerta fantasía  
hazañas mil, y danzas y festines.

Ya con pompa oriental la poesía  
finge del almuedzin la *voz creyente*  
que al alto cielo su plegaria envía.

Y ya sus muros belicosa gente  
mira cercar, que al sarraceno bando  
rompe y arrolla en ímpetu valiente.



Aquí se eleva del tercer Fernando  
la egrégia sombra que en la diestra oprime  
tanta bandera, al árabe aterrando.

Salvó á Jaen, á Córdoba redime  
y en Sevilla triunfó, mostrando al mundo  
que no hay cadenas que la fé no lime.

Allí del sábio Alfonso, sin segundo,  
lamentan los leales el desmedro  
y el Rey les paga con amor profundo.

Y más allá, cual poderoso cedro  
del eminente Líbano, descuella  
manchado en sangre el vengador don Pedro.

Álzase erguido y con sus plantas huella  
de los soberbios grandes la pujanza,  
anublándose al fin su infausta estrella.

Mas ¿para qué la antigua bienandanza  
y las pasadas cuitas atesoro,  
que indócil plectro á modular no alcanza?...  
Tal vez la historia del valiente moro,

tal vez la del cristiano aventurero,  
feliz recuerdes en trovar sonoro;

siempre hallarás el mágico venero  
que orgullo y gloria y esplendor refleja  
del pueblo artista, en el saber primero.

Diráte cada torre una conseja,  
hallarás un amor en cada fuente,  
y una hazaña de honor en cada reja.

¿Y tanto bien esquivas?... Ay! detente,  
y teme que al mover la incierta planta  
víbora ponzoñosa la ensangrienta.

¿Tu juvenil ardor quizá no espanta  
la tempestad terrible, do el naufragio  
el más entero corazón quebranta?

Huye en tiempo oportuno del contagio,

huye, y recuerda el divinal aviso  
que en sentencia vulgar guarda el adagio.

Y ya que el cielo desviarte quiso  
del cuadro lastimoso que contemplo,  
su santa voluntad cumple sumiso.

Del saber profanado yace el templo,  
y holladas y escupidas sus deidades,  
al mundo ofrecen miserable ejemplo.

No ya, como solian las edades,  
de la ciencia se acatan los emblemas,  
del génio y del saber las dignidades.

El ódio y la osadía son los lemas  
del gárrulo concierto que sañoso  
do quier lanza insolentes anatemas.

En balde en sus tareas el reposo  
el docto busca y el furor esquiva  
del mar, que le amenaza proceloso.

Las ciencias que ora con amor cultiva,  
en su defensa acaso serán vanas,  
cuando procaz le acose turba altiva.

Verá manchadas sus ilustres canas,  
burladas sus doctrinas, y en el cieno  
hundido el láuro que en lograr te afanas!

Rápido cunde tan mortal veneno;  
y por cada ilusion trueca un sarcasmo  
el que esperanzas aún lleva en el seno.

Murió, murió, Francisco, el entusiasmo  
que dió aliento inmortal al grande Herrera,  
del Bétis gloria y de los mundos pasmo!

La adulacion servil osa rastrera,  
al mérito usurpar altos blasones,  
y todo á su capricho lo adultera.

Ya la sátira hedionda á los varones  
que un tiempo respetó, locuaz abruma



y mueve sin rivales sus pendones.

¿Qué resta á la virtud? ¿Qué resta en suma?  
La fama á precio vil su trompa alquila,  
y es legado fatal la docta pluma.

La envidia, cuyo hálito aniquila  
cuanto al pasar contagia, reina sólo  
en esa grey feroz que odiára Atila.

Su ciencia es murmurar, su gloria es dolo:  
¡y pretende, insensata, en su arrebato  
domar el mundo desde polo á polo!...

Felice yo que tu virtud acato,  
si del abismo cierto á do caminas  
al fin, libre de angustias, te rescato.

Sigue, sigue las sendas peregrinas  
que en noble emulacion doctos trazaron  
los cantores de *Luz* y de las *Ruinas*.

Mi juventud sus himnos arrullaron  
y aún en mi pecho el entusiasmo abrigo  
de los dulces recuerdos que dejaron.

No codicies del mundo, ¡oh caro amigo!  
el popular aplauso, ni ambiciones  
la suerte atroz que entre vaivenes sigo.

Otras dichas más altas, otros dones  
procura disfrutar, do no se agiten  
en vértigo furioso las pasiones.

La paz y la quietud por siempre habiten  
en tu modesto hogar, y tus deseos  
á tu escasa fortuna al par limiten.

No ostentarás riqueza en tus arreos,  
ni verterás con profusion el oro,  
ni alcanzarás del prócer los trofeos;

mas en cambio, hallarás mejor tesoro  
en el tranquilo pecho, y, aunque pobre,  
no amargará tu pan infausto lloro.

La calma el corazon al fin recobre,  
y dócil imitando á tu maestro,  
á tu parca ambicion lo inútil sobre.

Vuelva, pues, á inspirarte el sacro estro,  
que de Amós sublimó terrible el canto,  
y á Dévora y Barác imita diestro.

Y cuando viertas apacible llanto,  
trás largo meditar, de mí te acuerda  
y un pensamiento me consagra en tanto.

No quiera Dios que la amistad se pierda  
del mundo en el revuelto torbellino,  
que nuestra altiva pequeñez recuerda.

De la gloria mostrándote el camino,  
te conduce triunfante á su conquista  
un anciano pastor, cisne divino.

Fija en su rostro tu alterada vista,  
y sus canas mirando á sus laureles,  
el nombre ilustre encontrarás de Lista.

Sin pompa ni mundanos oropeles,  
su vida corre á la postrer jornada,  
sin que turben su paz sueños crueles.

Toma su ejemplo, amigo; y la turbada  
mente recoge, y con la faz serena  
del pecho arroja la ambicion pasada.

Y cuando caiga en la nativa arena  
inerte el cuerpo que su sér anima,  
del llanto rota la abundante vena,  
derrame flores tu dolor encima!



AL SEÑOR  
DON VENTURA DE LA VEGA

PIDIÉNDOLE UNA CITA

Ventura, el más feliz de los poetas,  
tú que en la cumbre estás de dos Parnasos,  
y á Júpiter y á Febo al par sujetas:  
tú, á quien fortuna con gigantes pasos  
sobre régios alcázares emcumbra,  
sus dones para tí juzgando escasos:  
desde el pobre rincón, — que mústio alumbrá  
quinqué modesto de andaluz aceite,  
y donde el oro en nada se vislumbra, —  
libre, por dicha, de mentido afeite,  
su acento amigo y sin doblez te envía  
quien halla en tu ventura su deleite.

No vayas á pensar, por vida mía,  
que bajo frase tal, falaz oculto  
de adulación servil cautela impía;  
no aumentaré, por Cristo, el vil tumulto  
de los que ogaño sin cesar te adulan,  
viéndote antaño con desdén inculto:

que yo no envidio á los que así pululan;  
y aunque el verlos brillar me cause tédio,  
es porque la virtud manchan y anulan.

Á la franca amistad jamás asédio:  
aprecio á mis amigos, cual ninguno;  
mas nunca estorbo, ni me pongo en medio.

El nombre no me agrada de importuno;

y aunque mi vida oscura se deslice,  
más que Crespo inmoral, quiero ser Bruno.

Dirás tal vez: — «No entiendo lo que dice  
este pobre belitre,» — é indigesta  
mi charla tus oídos martirice.

Pues bien: si un punto de ócio al fin te resta,  
y fastidio te dan estos renglones,  
dispon, cual buen amigo, la respuesta.

Moveré, en vez de pluma, los talones;  
y al cabo te hablaré sin consonantes,  
y en prosa te diré *cuatro razones*.

Por San Dímás, Ventura, no te espantes!  
Ruégote... pero no te ruego nada.  
Dime dónde he de verte dos instantes,  
y perdona entre tanto esta humorada.

12 de Junio de 1847.

AL EXCMO. SEÑOR  
DON JACOBO MARIA DE PARGA

INSIGNE CULTIVADOR

DE LAS LETRAS Y DE LAS CIENCIAS NATURALES (1)

Cansado ya de Túlío y Quintiliano,  
estoy por renegar de mi fortuna,  
dando á Satán el *Orador romano*.

Oh cuánta oscuridad! Cuánta laguna,

(1) Escribióse esta EPÍSTOLA con ocasión de formar y corregir el autor, durante las vacaciones del verano de 1848, una *Colección de Autores clásicos latinos y españoles*.



en los vergeles clásicos encuentro,  
do tiene el gusto literaria cuna!...

De errores mil y de antilógias centro,  
siguen los Esculapios su rutina,  
caminando sin velas, mar adentro.

Tal vez Lozano á la verdad se inclina;  
tal vez el Jesuita, un tiempo sábio,  
del venusino en la eleccion atina.

Mas, sin hacer á su experiencia agravio,  
no ostentan ¡vive Dios! aquel buen gusto,  
que movió de Nebrija el docto lábio.

En medio á tanta confusion me asusto;  
y estoy por renunciar tan ruda empresa,  
pues morir renegando fuera injusto.

Jacobo, tú dirás que no interesa  
á tu quietud mi quejumbroso acento,  
y tu razon mi sinrazon confiesa.

Mas si al cabo has de oír otro lamento,  
éste de letras es; aqueste escucha:  
que acaso en mi rabiarse halles contento.

Que es tu bondad y tu paciencia mucha,  
lo sé de propia ciencia, ¡oh docto Parga!  
y no tendrás para vencerte, lucha.

No há menester broquel ni récia adarga  
el que asaltar tu corazón intente,  
ni estás dispuesto á resistencia larga.

Y aunque mi carta el mal humor te aumente,  
has de sufrir que te hable de mi cuita,  
cansado del trabajo impertinente.

Por que ¿á quién no impacienta, á quién no irrita  
el trabajar sin trégua en el verano,  
y más si justo premio no le incita?

Á fuego lento me consumo en vano:  
ni Tántalo infeliz, ni Prometéo,

tormento padecieron tan insano!...

Ya no sé lo que escribo; y lo que leo  
ni me causa deleite, ni lo estimo,  
pues sólo de vagar siento el deseo.

No, cual ántes solía, enmiendo y limo:  
que sólo el poner notas hoy me aqueja,  
y en tarea tan árdua lloro y gimo.

De Floro y de Nepote la pareja  
me abruma con la série de apostillas,  
que pedantesco dómíne refleja.

Tácito y Ciceron sus maravillas  
presentan á mi vista, y afanoso  
buscarles quiero en vano las cosquillas.

Vehemente el uno, el otro sentencioso,  
con su docta facundia me marean,  
y ni me dan un punto de reposo.

Las fuerzas, buen Jacobo, me flaquean;  
y empeñado en insólito combate,  
para seguir luchando, ya escasean.

Clava aquí Juvenal rudo acicate,  
miéntras esgrime César su tizona;  
y llora allí Nason, como un orate.

De dulce lira al son, Horacio entona  
altivos cantos, y procaz Estacio  
disputa al gran Valerio la corona.

Después viene Tibúlo, algo rehácio,  
á su Délia cantando noche y día,  
creyendo que á escucharle estoy despacio.

Tráen Terencio y Plauto la porfía  
de quién es más urbana criatura,  
y yo no sé si lloro ó si me ria.

Su trompa el mantuano allí procura  
tañer del grande Octavio en los oídos  
y del troyano oriundo le figura.



Entre voces alegres y gemidos  
oigo al trágico Séneca, y su acento  
aterrador, embarga mis sentidos,

De Hércules ya el furor, ó ya el lamento  
del infeliz Edipo finge osado,  
y de Medëa el deshonor cruento.

De la turba latina al fin cansado,  
me vuelvo á la española cofradía,  
y á fé que no hay salir mejor librado.

Adusto Mariana en su manía  
de vencer á los clásicos de Augusto,  
me desespera al par, y me extasía.

El rígido Mendoza, más adusto,  
á competir con Tácito acostumbra,  
á veces siendo con su lengua injusto.

¿Qué diré de Argensola? Se deslumbra  
trás poética frase, y su elocuencia  
del Parnaso á la cima audaz le encumbra.

Coloma (lo diré con tu licencia),  
de pura sencillez es ya rastrero,  
aunque escudarse suele en su conciencia.

Moncada me divierte, y bien le quiero;  
y aunque hipérboles mil teja en su *Historia*,  
no le hé de motejar como embustero.

De Melo me complace la memoria;  
y al mirarle tan grave, se me acuerda  
que es portugués, aunque nos dió su gloria.

Detrás de todos, porque no se pierda  
del gran Cortés la enaltecida fama,  
viene Solís, que docto la recuerda.

Hay quien su terso frasear disfama;  
quien de hinchado le tilda, y áun de oscuro;  
mas nadie que le escuche le desama.

Que me digas, ¡por Cristo! te conjuro,

si en lucha tal, con gentes tan maestras  
salir podré medrado de este apuro.

Aun teniendo más manos y más diestras  
que brazos el gigante Briáreo,  
juzgo vano mi esfuerzo por las muestras.

La confusion enciende en mí el deseo;  
mas al probar de nuevo el débil paso,  
mi esperanza falaz burlada veo.

Salir miro á mi encuentro al dulce Lasso,  
que la toscana métrica supera,  
y el antiguo rimar lanzó al ocaso.

Aquí el láuro inmortal del grande Herrera,  
rey de la trompa bélica, florece,  
sus ramas sublimando á la alta esfera.

Allí de Caro al canto se extremece  
la desolada Itálica; y Rioja,  
como palma fecunda, al cielo crece.

Acá, con noble ardor, Leonardo arroja,  
envueltos en sentencias soberanas,  
dardos agudos que en acíbar moja.

Contemplo allá las rosas, que tempranas  
en la lira de Góngora brotaron,  
y miró claudicar sus doctas canas.

Si tal vez sus delirios me enojaron,  
Céspedes su corona peregrina  
me ofrece, que las musas exornaron.

Oigo el cantar del dúlcido Cetina,  
de Arguijo y de Quirós el alto acento,  
y de Alcázar la voz, siempre ladina.

Con pléctro heróico y sublimado aliento,  
el esforzado Ercilla, el gran Valbuena,  
tambien me aturden y me dan tormento.

Con Lántaro y con Rengo aquél me atruena,  
y éste con su Bernardo y sus hazañas



de miedo y de furor al par me llena!...

Ya ves cómo perdiendo las pestañas,  
mi afán aumenta, sin crecer mis bienes,  
pues tejo como tejen las arañas.

Jacobo, si á desdicha tarde vienes,  
para llenar tus ricos insecteros,  
un bicho más en mí, tostado, tienes.

Con dos fierós *regentes*, muy más fieros,  
que el Leon de Numidia, y bravo toro  
que Lesaca embravece en sus criaderos;

con un horrendo perdurable coro  
de indómitos *cajistas*, que sufrillo  
es ¡oh Parga! vergüenza y es desdoro,

ni hay descanso, ni osára yo pedillo...  
Pues cayó sobre mí dura sentencia,  
será de mi garganta atroz cuchillo...  
si no se rompe al cabo la paciencia!

Escorial — Agosto de 1848.

AL SEÑOR

DON RAMON DE CAMPOAMOR

Y OSORIO (x)

Venerable Ramon de mis entrañas:  
escucha en noble, aunque pedestre rima,  
no historias de palacios ni cabañas,

(x) Se escribió esta Epístola con motivo de haber redimido el Sr. Campoamor de manos de unos libreros veintitres ejemplares de los *Estudios sobre los Juicios de España*, distribuyéndolos entre otros tantos suscritores.

contadas con desmayo y flaca lima;  
no de la córte esperes las patrañas,  
que escandalosa crónica sublima:  
si no me faltan los castalios bríos,  
las preces te enviaré de mis *Judíos*.

Desde el sábio Moisés, salud del mundo,  
al postrimer Gáon de las Castillas;  
los que sepulta el bátrato profundo  
y los que están del Lete en las orillas,  
todos á tí, con gozo sin segundo  
saludan, al oír tus maravillas!  
Todos á tí, de gratitud henchidos,  
bendicen, acallando sus gemidos!

— ¡Llegó, llegó su mano salvadora! —  
grita el adusto Hanoc, y Phico grita:  
— Ya la cadena rompe, que opresora  
dobló nuestra cervíz, de EDOM maldita! —  
Levanta Abenatar su voz sonora  
y de la turba el entusiasmo excita:  
— ¡Viva Ramon! (prorumpen en mil clamores)  
que es el *Campo de amor* de los amores. —

Así tu nombre entre las salvas suena,  
de su dormir sacando á Maïmonídes;  
y al escucharlo, el gozo le enajena,  
tornar ansiando á las antiguas lides.  
— No es (dice) quien de amor los pechos llena  
vástago de Pelayos, ni de Cides!  
Registrad con orgullo su abolorio:  
que de Leví descende, por lo Osorio. —

Entónces don Alfonso Cartagena  
llamó á su hermano militar, don Pedro:  
— Mírale allí (prosigue); tu honda pena  
tenga por fin su natural desmedro.  
Viene á romper nuestra fatal cadena,



erguido y fuerte, cual robusto cedro...  
Es hijo de tus hijos!... Es la rama,  
que salió más robusta de tu cama! —

— Hijo (exclamó) del fuerte y esforzado!

Tú que las tríbus veintitres libraste  
del bárbaro opresor, hombre malvado,  
Caco infernal, terrífico Ceraste:  
tú, que su cautiverio has quebrantado,  
y así á la cumbre de la luz te alzaste, —  
no escondas, no, tu generosa diestra,  
y libra á los demás, que el vil secuestra...

Si en Castellon te vieron tus vasallos  
tu propia sangre defender brioso,  
en Alicante puedes ilustrallos,  
sus glorias pregonando generoso.  
No pongas á los piés de los caballos  
los nobles timbres de tu pueblo honroso:  
yacen en opresion más de quinientos  
y libertad demandan macilentos.

No tardes más: á Arinz ó Barbería  
ú otro de nuestra estirpe soberana,  
de esos que medran al mediar del día,  
cuando no tienen blanca á la mañana,  
de tu piedad la ofrenda luégo envía,  
más grata al corazon que flor temprana:  
saldrán de esclavitud los hijos míos,  
á quienes causan pena los impíos! —

Dijo don Pedro; y asordando el viento,  
—Salud y gloria al salvador! — exclaman,  
dejando de la tumba el hondo asiento,  
mil y mil voces que del centro claman.  
Con ronca voz y con sañudo acento  
los espíritus pérfidos rebraman;  
y al ver que los libertas de sus manos,

á maldecirlos llegan inhumanos.

Mas tú vuelves la faz y abres la diestra  
y envías la salud... Sabe Alicante  
tu voluntad y de ella dando muestra,  
si veinte Castellon, ciento arrogante  
libra... Se abrió la singular palestra!  
Muera el tirano, que oprimió infamante!  
Cúmplase de un Osorio la esperanza,  
ya que otro Osorio libertad alcanza! —

#### APÉNDICE

No quieras ¡oh Ramon! que más me explique;  
y pues tu campo está de amor en medio,  
no pongas ¡ay! á tu cariño dique,  
para el que está, sin tí, muerto de tedio.  
No dés lugar á que Mosséh se pique  
y Cartagena al par te ponga asédio:  
todo se vence, alcanza y reconcilia,  
como dieres salud á esta familia.

Octubre de 1848.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JACOBO MARIA DE PARGA

CON MOTIVO

DE UN VIAJE QUE HIZO ÉSTE Á SALAMANCA

El mundanal estruendo y torbellino  
huyes, Jacobo, y buscas solitario  
de la virtud el templo peregrino.



Dichoso tú, que libre del precario  
bajel, y de la sirte y golfo exento,  
te abrigas en el puerto hospitalario!

Combatido yo aquí por rudo viento,  
el turbado timon sostengo apénas,  
ya el pecho quebrantado y sin aliento.

Las horas para tí vuelan serenas  
en tanto, y los antiguos capiteles  
contemplas ya de la española Aténas.

Sus cúpulas doradas las cruéles  
manos del tiempo acaso confundieron,  
y talaron sus ínclitos laureles.

Do en la pasada edad resplandecieron,  
las ciencias, hoy de nuestro flaco orgullo  
desden al par y escarnio recogieron.

Pues no del cierzo al destemplado arrullo,  
que tierna mies agosta y arrebata,  
abren las rosas virginal capullo.

Los mármoles y bronces, donde acata  
su saber de otros siglos la cultura,  
ya nada enseñan á la turba ingrata.

De sí misma olvidada, ni áun procura  
sus altos timbres conservar, ni advierte  
que ciega labrará su desventura.

Tú levantas erguido el pecho fuerte  
y la contemplas mísera! ¿Quién sabe  
si su inercia fatal podrá vencerte?...

En vano inquieres! Que tu acento grave  
asombra á los que doctos se apellidan,  
y huyen de tí, cual de siniestra ave.

No ya del sábiõ fundador convidan  
los nobles láuros á la docta Escuela,  
do caducas memorias sólo anidan.

Subir la prole generosa anhela

del árduo monte á la empinada cumbre,  
do la ciencia inmortal sus dones cela.

Mas al correr trás la distante lumbre  
sin guía, en hondo abismo se despeña,  
y sigue del error la servidumbre.

¿Por qué hoy se acogen á su negra enseña  
los que ayer ilustraban las edades?...  
¿Por qué su orgullo la verdad desdeña?...

Al carro de mundanas vanidades  
uncidos, mueven el indocto lábio  
á disculpar sus torpes liviandades.

La razon al mirar en tanto agravio,  
cubre el rubor tu esclarecida frente  
y la asombrada faz ocultas sábio.

Ninguno precia de la edad presente,  
que de error en error ciega camina,  
de otra edad los tesoros diligente!

Ni áun hallas de la ciencia á que te inclinas  
la pura lumbre de tu ingenio raro,  
quien la senda frecuente peregrina.

No el pórfido de Egipto, ni de Paro  
el dócil mármol, ni el diamante duro  
que en Catây persigue inglés avaro:

no el tostado leon y tigre oscuro  
de la desierta Hircania y Libia ardiente,  
ni el camello veloz y al par seguro:

tampoco la benéfica serpiente  
que América en su seno lleva y cria,  
ni el pez dorado que la mar consiente, —

busques, Jacobo, en singular porfía:  
tu ciencia es ya culpada de enojosa,  
y, tal vez, condenada como imp'ía!...

Si al desplegar ligera y temblorosa  
sobre el nítido cáliz de las flores



sus alas la versátil mariposa,  
ostenta los bellísimos colores  
que los rayos del sol en mil cambiantes  
quiebran, robando al par sus resplandores;  
si abre sus tiernos pétalos fragantes  
de Jericó la rosa entre jazmines,  
estrellas de la aurora rutilantes, —  
no esperes, dulce amigo, ni imagines  
que hallarás quien contemple en su hermosura  
de Dios la mano y los ocultos fines.

Al levantar los ojos á la altura  
donde, en eternos ejes suspendido  
por invisible ley, el sol fulgura, —  
no, de insólito ardor el pecho herido,  
quien descubra hallarás su movimiento,  
en tan sublime arcano embebecido.

Si un tiempo de Colon el alto acento  
resonó en los dorados artesones,  
asombro de los sábios y portento,  
desiertos de tan ínclitos varones  
yacen los nobles pórticos, trocadas  
en fúnebre silencio sus lecciones.

De sus preclaros timbres despojadas,  
las Musas huyen del recinto ameno,  
do se vieron de láuro coronadas.

No ya soltando, cual sonoro trueno,  
la voz fogosa y grave y expresiva  
que subyuga la mente, agita el seno,  
se escucha al docto cordobés Oliva,  
ni vence el gran Leon la turba insana,  
que en su daño se ceba vengativa.

Muda está del Brocense la romana  
elocuencia, durmiendo en triste olvido  
su doctrina, otro tiempo soberana.

En vano en tu memoria va esculpido  
tanto recuerdo!... Que en tu pecho sólo  
hallan altar las ciencias erigido.

La dulce voz del valenciano Polo,  
que venciera en sus cantos la ternura  
de Tibúlo, emulando al sacro Apolo,  
envuelta ya en silencio y sombra oscura,  
no repite del luso las canciones,  
del pastoril albergue en la ventura.

Los mármoles de egrégias inscripciones  
cubre ignorante polvo, envilecidas  
sus glorias y sus fúlgidos blasones.

En las rabiosas manos sacudidas,  
arde la destructora horrible tea,  
las fábricas del arte destruídas.

El rico alerce entre el escombros humea,  
y derrumbado el capitel famoso,  
la torre de cien codos, ya flaquea.

El humo crece, y crece el espantoso  
crugir, y la alta bóveda cayendo,  
el suelo gime al golpe fragoroso.

Al bárbaro estallido y ronco estruendo,  
de las abiertas tumbas profanadas,  
un grito de dolor sale tremendo;  
y del oscuro centro levantadas,  
entre las túrbias llamas resplandecen  
de cien héroes las sombras veneradas.

En sus hondos asientos se estremecen  
las moles de granito, y convertidas  
en polvo y en ceniza, desaparecen.

Dó las gigantes cúpulas bruñidas  
mostraban sus cabezas, donde alzaron  
nuestros padres sus preces doloridas, —  
ora tus tristes ojos encontraron



incultos eriales, donde apénas  
las frágiles memorias se guardaron.

Entre el movable polvo y las arenas,  
buscas, acaso, un nombre esclarecido,  
y en vano el pecho de esperanzas llenas.

Al cabo llorarás tu afán perdido;  
pues dó brilló la losa funeraria,  
el beleño retoña maldecido.

Ni aún benigna una mano hospitalaria  
del oscuro naufragio y fiera ruina  
las reliquias salvó! ¡Suerte contraria!

¿Dónde el sepulcro está del docto Espina?  
¿Dó el túmulo modesto?... ¿Dó el lucillo,  
recuerdo humilde del festivo Encina?...

Si de eterna aureola el puro brillo  
rodea de Leon la sien gloriosa,  
creciendo el láuro, á que mi frente humillo, —  
no esperes, no, de su ignorada losa  
hallar ¡oh dulce amigo! algunas señas,  
ni el sitio descubrir donde reposa.

Tal vez remueves calcinadas peñas,  
y entre ellas viendo mústia siempreviva,  
la ansiada dicha alborozado sueñas.

Mas ¡ay! Todo ilusión!... La raza altiva  
quiso escalar soberbia el alto cielo,  
los nobles restos esparciendo esquivá!

Escombros, ruinas, tu incansable anhelo  
logra do quier, y tristes desengaños  
de acíbar llenan de tu edad el hielo.

La que admiraba un tiempo á los extraños,  
préz de Castilla y de la España gloria,  
cayó postrada al golpe de los años!

Apénas reverdece la memoria  
de la preclara salmantina Escuela,

ilustre monumento de la Historia.

Y es fama que en la noche oscura vuela  
sobre los altos muros leve sombra,  
que en llanto acerbo su dolor consuela,  
y entre suspiros mil los hijos nombra  
de la docta Academia, y lastimera  
á la rústica gente al par asombra.

La Musa es inmortal del grande Herrera!  
La de sublime voz y alzado estilo,  
que, del Bétis dejando la ribera,  
viene á llorar los manes de Batilo!

Julio de 1849.

Á

FERNAN CABALLERO

(DOÑA CECILIA BÖLH DE FABER)

Domando el réuma impío,  
que mi existencia mísera fatiga,  
quise ¡oh Cecilia! del afecto mio,  
que tu saber obliga,  
darte el tributo en tu morada amiga.

Por abreviar el plazo,  
que interminable figuró mi anhelo,  
la grata expedición gozoso trazo;



y con rápido vuelo,  
só mercenario coche tiembla el suelo.

Salvado ya el espacio,  
que el laberinto forma de Sevilla,  
diviso al cabo el mudejár palacio,  
do el espíritu brilla  
del noble Pedro, asombro de Castilla.

Al *Patio de Banderas*, —  
que históricos recuerdos atesora,  
y donde ilustre por tu ingenio imperas, —  
la rueda volteadora  
llega, y el curso refrenó sonora.

Bajé, y cobrando el brío,  
que dióme un tiempo juventud dorada,  
seguí á lo largo el corredor sombrío  
que lleva á tu morada,  
buscando alegre, familiar entrada.

De amorosas historias,  
ántes que osára yo tocar tu puerta,  
me asaltaron las plácidas memorias,  
que el hado desconcierta,  
dejando en el dolor la dicha muerta!

Resuelto al fin, la mano  
llevé á la avisadora campanilla;  
mas fué mi intento por desgracia vano,  
pues con habla sencilla  
tu criada prorumpe: — Está en Sevilla. —

Tú juzgarás discreta,  
cuánto fué mi disgusto y desconsuelo,

al ver que toco la aspirada meta,  
malogrando mi anhelo,  
y convertida mi esperanza en hielo.

De dulce edad temprana, —  
que poblando la mente de ilusiones,  
lo porvenir de encantos engalana, —  
las gratas emociones  
gozar pensé, como de antiguos dones.

El ángulo apartado,  
do antaño al cielo inspiracion pedía,  
y donde esquivaba el triunfo ambicionado  
negó á mi afán Talía,  
ansiaba contemplar el alma mía.

Allí, del pueblo hispalo  
celebré los gloriosos monumentos,  
de Albion envidia, admiracion del galo  
y del arte portentos,  
que hoy sus hijos asolan violentos (1).

Allí, á las españolas  
letras, pagué también largo tributo;  
y Herreras hermanando y Argensolas, —  
glorias que no permuto, —  
traje á la patria el ginebrino fruto (2).

Allí... Mas ¿por qué sigo?...

(1) Hace alusion el autor á su primera obra arqueológica, *Sevilla Pintoresca*, escrita precisamente en la habitacion que en 1867 ocupaba Fernan Caballero en el Alcázar, y donde pasó aquél parte de su juventud.

(2) La traduccion del Sismonde de Sismondi.



Allí, Cecilia, moras y recibes  
 sublime inspiracion de cielo amigo:  
 en ella eterna vives,  
 por más que el láuro, candorosa, esquivas.

En sus humildes lares  
 te brinda el pátrio amor las tradiciones,  
 que reaniman la fé de los hogares,  
 y que en doctas versiones  
 multiplican do quier sábias naciones.

Al filósofo egrégio  
 te concedió encantar el cielo justo:  
 feliz gozaste el raro privilegio  
 de avasallar el gusto,  
 y al crítico venciste más adusto.

Triste Germánia llora  
 al profundo varon de ánimo fuerte,  
 que enalteció tu musa seductora:  
 la despiadada suerte  
 al par nos fuerza á lamentar su muerte! (1)

Mas ¡ay! La musa mia,  
 que me inspiró estos versos juguetona,  
 al antiguo dolor torna sombría:  
 su indiscrecion perdona,  
 si sólo el canto del dolor entona.

Perdona, sí. El saludo  
 que anheló tributarte el pecho mio,

(1) Alude al sábio bibliotecario de Viena D. Fernando José Wolf, tan amante de las letras españolas, muerto ya en aquella fecha.

que acojerás benévola no dudo:  
 en tu bondad confío  
 y con devota admiracion lo envío.

Sevilla—Marzo de 1867.

AL SEÑOR  
 DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO

INSIGNE POETA,

MAGISTRADO DE LA AUDIENCIA DE MADRID,

PIDIÉNDOLE UNAS ANTIGUALLAS (2)

Si es deuda lo prometido,  
 hijo de Astrea y de Apolo,  
 el romano chirimbolo  
 por segunda vez te pido.

Joaquin mio, no te enfades  
 de este mi pedir prolijo,  
 pues si no lloro, de fijo  
 no mamaré antigüedades.

Humilde es quien se resigna  
 con tan mendicante empleo:  
 llenar el pátrio *Museo*  
 es no obstante mi consigna.

Y por cumplirla afanoso,  
 pues que acepté tal empeño,  
 quito las horas al sueño,

(2) Era á la sazón el autor, Director del *Museo Arqueológico Nacional*, de fundacion entónces reciente.



y ni un instante reposo.

Gloriosa es la institucion,  
en que hoy mi anhelo se funda:  
honra es de Isabel segunda  
y de la hispana nacion.

Aquí acopian mis desvelos,  
acudiendo á todas partes,  
de las ibéricas artes  
los más preciados modelos.

Aquí de la edad extraña  
que no conoce la Historia,  
voy recogiendo memoria  
que ha de dar honor á España.

Aquí del ilustre griego,  
del celta y del peno astuto,  
se vá allegando el tributo,  
un ruego trás otro ruego.

Aquí del pueblo romano,  
que espanto puso á la tierra,  
mucho despojo se encierra,  
que atesora el suelo hispano.

Aquí se guardan del godo  
las bizantinas preseas,  
que las mahometanas teas  
hundieron en sangre y lodo.

Y á su lado, — por mostrar  
que es ineluctable ley  
el que una grey á otra grey  
tenga siempre que heredar, —  
mil arábigos trofeos  
con creciente afan reuno,  
y só techo mismo, aduno  
de un arte varios empleos.

Trás estos raros primores,

voy ya, amigo, atesorando  
los que fué el arte creando  
de Castilla en los albores.

Y si mis votos Dios toma  
en su amparo y proteccion,  
no envidiará esta nacion  
á Londres, París ni Roma.

Mas el milagro ha de hacer  
*Deo volente*, el patriotismo:  
que del sórdido egoismo  
nada bueno ha de nacer.

Y así como en otra edad  
la fé levantó á millares  
sublimes templos y altares,  
gloria de la cristiandad;  
y cada pecho cristiano  
su creencia enaltecia,  
cuando en el templo ponía  
una piedra de su mano, —  
así la presente Era,  
en cuya entraña se anida  
la esperanza de otra vida,  
ménos triste y plañidera, —  
alzará un templo gigante  
á la española cultura,  
que sobre todas fulgura  
con lumbre de fé radiante.

Dando á la futura gente  
admiracion y ensenanza,  
crecerá en la bienandanza  
lo que hoy se muestra naciente.

Y siendo de todos fruto,  
gloria de todos será;  
y sin cesar cogerá



del pátrio amor el tributo.

Mas en esta lid gallarda  
de cultura y patriotismo,  
más se enaltece á sí mismo  
aquel que ménos se tarda.

Y no con mano colmada  
que debe acudir entienda;  
porque acepta toda ofrenda  
la patria regocijada.

Así que, Chimó estimado,  
no más esquivas tu envío,  
que espera el afecto mio,  
cual de quien es, muy de grado.

Y no por que escaso sea  
temas que lo tenga en poco:  
nadie, que no fuere loco,  
la accion meritoria afea.

Y un grano trás otro grano  
al fin se convierte en monte,  
miéntras el ancho horizonte  
nadie toca con la mano.

Pero si no poseyeres  
más que ese grano, Joaquin,  
reparar debes que al fin  
no faltará á quien pidieres.

Noble ilustracion te sobra;  
de amigos estás dotado...  
pide y serás abastado:  
que el amor milagros obra.

Y entónces, si has prometido  
un romano chirimbolo,  
seguro estoy que no solo  
ha de venir, y esto pido.

## EL MONASTERIO DE PIEDRA

Á MI QUERIDO AMIGO

EL DOCTOR

DON JUAN FEDERICO MUNTADAS

Si el ánima inmortal, hija del cielo  
al barro vil, que la envolvió, sujeta,  
sus dones envidiar pudiera al suelo, —  
sin duda ¡oh Juan! de lo futuro inquieta,  
con sus potencias todas envidiára  
de tu hogar la quietud santa y discreta.

Nunca la Paz bajo su manto ampara  
al que Fortuna levantó en su rueda;  
pues nunca el vuelo la Soberbia pára.

Mas en tu seno que feliz hereda  
la alta virtud de los paternos lares,  
con regalado bienestar se hospeda.

Esquivando del mundo los azares,  
do el más granado corazon zozobra,  
de ídolos vanos rompes los altares.

Miéntras tu alma enaltecida cobra  
nuevo sér inmortal, la noble diestra  
con no agotado afan milagros obra.

¿Quién del revuelto mar de la edad nuestra  
en hora buena te sacó?... ¿Quién pudo  
hurtarte á la política palestra?

Ruge sangriento el huracan sañudo  
de fraticida lid, y tú á sus iras



prudente opones invencible escudo.

Mas ¿dónde ¡oh dulce amigo! te retiras?...  
Suspense el corazón, la mente absorta,  
el bello Eden contempla, do respiras...

Al verlo, el tiempo y el espacio acorta  
mi ardiente fantasía; mas en vano  
alcázares de luz finge y aborta.

Colmó de Homero el genio soberano  
de la hechicera Circe la morada  
de mil portentos con fecunda mano.

Nueva creación sacando de la nada,  
enciende al Dante inspiración divina,  
y triple mundo alumbra su mirada.

Ariosto á la hermosa Carandina  
dá encantado pensil; de Armida el Tasso  
las grutas de marfil y oro imagina.

Por gloria tanta orgullecido acaso  
su triunfo el arte, sin rival, proclama,  
y tal vez de Jehová se opone al paso.

Mas ¡oh! La que presume eterna llama  
pálida sombra fué!... Frágil hechura,  
la que elevó al zenit pródiga fama!

Y no ya en prados de feraz verdura,  
ni en deliciosas vegas, do las flores  
alfombran y entapizan la llanura;

no ya en risueños cármenes de amores,  
que Abril argenta con plácidos ríos,  
que el valle van cruzando bullidores...

mas en rocales áridos, sombríos,  
cuyo estéril aspecto el alma arredra  
y roba al pecho varonil sus bríos, —

el Dios de Abraham, só cuya mano medra  
la universal creación, pródigo envía  
los tesoros sin fin, que guarda *Piedra*.

Puso Moisés, con inmortal poesía,  
del Asia en los magníficos vergeles  
al primer hombre en su primero día.

Colmóle de venturas y lanreles;  
y á cuantas dichas tributarle quiso,  
dieron color sus bíblicos pinceles.

Mas yo te juro ¡oh Juan! que, á Dios sumiso,  
si de *Piedra* el portento contemplára,  
en Aragon pusiera el Paraíso.

Por que ¿á quien no venciera y deslumbrára  
de óasis tal la insólita belleza,  
que allí juntó Naturaleza avara?

Del encarpado monte en la aspereza,  
que el valle cierra y en redor se extiende,  
y las nubes escala con su alteza, —

rápido, como el viento, se desprende  
caudal inmenso de luciente plata,  
que en sonoro fragor las rocas hiende.

De los bermejos picos se desata  
en mil raudales que, al bajar, semejan  
cada cual una ardiente catarata.

Aquí de nieve y de cristal bosquejan  
el albergue feliz de cien ondinas,  
que en zafiros y en ámbar se espejan.

Columnas mil de formas peregrinas,  
con cimbras de exquisita filigrana,  
de egrégio alcázar fingen las ruinas.

Con pura lumbre de eternal mañana,  
sobre sus cimas fúlgidas se mecen  
mudables nubecillas de oro y grana.

Allí, venciendo á las edades, crecen  
gigantes fresnos, que el caudal golpea,  
y con gemir doliente se estremecen.

Tal vez, ya la raíz, que el viento oréa,



en dura piedra deja convertida  
el bullidor cristal que los rodea.

Tal vez, ambicionando mejor vida,  
de las silvestres flores se despiden,  
que lloran envidiosas su partida.

La cresta más alzada apenas miden  
los átómicos ojos, cuando al alma  
asombro nuevo los prodigios piden.

De inmenso lago la solemne calma,  
que á rizar no acertó brisa ligera,  
ganar parece la primera palma.

Después, moviendo con veloz carrera  
y una atrás otra cúspide saltando,  
va del abismo á la region postrera.

Allí nuevos torrentes allegando,  
de todos funde la copiosa suma  
rio gentil, el monte circundando.

Do quier se agita, de azulada espuma  
borda el contorno á la ríscosa falda,  
cual cisne, al sacudir la blanca pluma.

Su curso traza al par tosca guirnalda  
de robusto nogal, que en la corriente  
dibuja sus penachos de esmeralda.

El reposado curso de repente  
rompe, y con nuevo ímpetu al vacío  
se arroja y por los aires va rugiente.

Asciende del abismo húmedo frío,  
que en irisada lluvia torna al valle,  
dando á las flores perenal rocío.

Y mientras osa ambicionar que acalle  
el golpear sañudo que la aterra,  
y en las rocas abrió profunda calle,—

la mano el alma ve, que el río aferra  
con cien cadenas de fluyente plata,

y á gruta inmensa las entradas cierra.

Hondo tronar, que los sentidos ata,  
renueva el son de la tartárea trompa,  
que por el antro oscuro se dilata.

Jamás del Orco la terrible pompa  
brilló más triste, ni aterrar al mundo  
podrá otra imágen, que sus dichas rompa!

De verdinegro lago en lo profundo  
hierven las olas, que en turbion agita  
de helado viento el soplo furibundo.

Espeso gotear la saña imita  
de cráter hervidor, ó eterno llanto  
que de perdido Eden se precipita.

Crece en el pecho abrumador espanto;  
y tal vez fingen los turbados ojos  
que surge allí la faz de Radamanto.

De improvisó, rompiendo los enojos  
de impertinente nube, el sol radiante  
desde Ocaso envió sus rayos rojos.

La luz hiriendo en su postrer instante,  
el torrente, en los aires suspendido,  
penetra entre la espuma chispeante.

El luminoso lampo difundido  
de la gruta en el cáos, la ilumina,  
y un mundo brota allí desconocido.

Naturaleza insólita germina,  
derramando á raudales la belleza,  
que el arte siente y á crear no atina.

Rara techumbre de sin par riqueza,—  
do estalactita múltiple fulgura  
del nativo zafir con la pureza,—

cubrir el antro mágico figura,  
que en los quebrados muros mil caprichos  
y visiones fantásticas apura.



Ora modelan preadamitas bichos;  
remedan ora olímpicas deidades,  
y ora de arte ojival agudos nichos.

Condensar pareciendo las edades,  
como la Grecia la divina Pálas,  
á ser nacieron bellas realidades.

No más altiva en las etéreas salas  
tendió del Dante el águila cantora,  
con simbólico sér, las régias alas;  
ni más gentil la zarpa destructora  
de Nemëa el leon, gloria de Alcides,  
movió en el bosque, do invencible mora:  
que provocando á despiadadas lides,  
águilas ciento y tigres y leones,  
llenando están los ámbitos que mides.

Del lago se irguen hórridos dragones,  
cual hidras del terror que el hambre inflama,  
á devorar humanos corazones.

Cubre sus flancos cenicienta escama,  
sus garras muestran aceradas hoces,  
y de sus ojos fuego se derrama.

Tal vez, articulando horrendas voces,  
del agua al percutir, lanzar parece  
gritos de muerte, cánticos feroces.

Y de fúlgido alcázar, dó florecen  
eternales huríes, só las sondas,  
la misma entrada guardan que aborrecen.

La esperanza burlando de las sondas,  
brilla en torno al palacio cristalino  
jardin hermoso de inmortales frondas.

Despues torno la frente, é imagino...  
mas ¿para qué seguir pintando anhelo  
lo que pidiendo está cantor divino?...

Tú, que encendido en el viril desvelo

de Ciencia fecundante, el hondo arcano  
de tan rica mansion robaste al cielo:

tú, que imitando fiel al Padre Humano,  
rey de la creacion, nombre pusiste  
al torrente, á la gruta, al monte, al llano:

tú, que del valle en lo profundo abriste  
inmensos lagos, y morada y vida  
á séres mil y mil pródigo diste:

tú, que aún de noble juventud florida  
el entusiasmo férvido atesoras,  
que al dulce canto del amor convida,—  
en las doradas y rientes horas,  
que un sol trás otro envía á tu ventura,  
de insólitos placeres precursoras,—

la lira pulsa de eternal dulzura;  
y, cual lo hiciste ya, tu canto eleva  
al Sér que mora en la suprema altura...

Ardiente himno á la creacion renueva,  
y de divinos écos pueble el viento  
la voz, que el alma hasta su fuente lleva.

Torna, torna á cantar!... Con alto aliento  
secretos mil de la creacion escruta,  
y cada pulsacion pinte un portento.

Cual muestra al Dante la doliente ruta  
el gran Virgilio, tu discreta mano  
muestre al viajero la encantada gruta.

Despues, del triunfo que alcanzaste, ufano,  
con más tranquilo espíritu revela  
de más humilde gruta el bello arcano.

Canta!... Y el dulce afan que te desvela,  
como un idilio seductor, repita  
la linda gruta que ilustró *Carmela*.

La que árabe arteson calado imita  
con sobrepuestos arcos trepadores,



que diseñó sutil estalactita.

De la siesta templando los rigores,  
tus dichas á decir tambien aprenda,  
enjos dando á las vecinas flores.

Goza ese eterno bien!... Jamás te ofenda  
de envidia infame el venenoso tiro,  
ni amarga decepcion tu saña encienda.

Feliz en ese encantador retiro,  
inalterable paz tu seno inunde,  
por cuyo goce en vano yo suspiro.

La Poderosa Mano, que difunde  
las sombras y la luz, tu prole tierna  
bendiga, y por los siglos la fecunde.

Y cuando rompa el lazo que gobierna  
este mísero sér, tu claro nombre  
ejemplo sea á gratitud eterna,  
que justo escriba en su memoria el hombre.

Alhama de Aragon — 10 de Agosto de 1869.

## ODAS, SONETOS

Y

TRADUCCIONES HEBREAS



## ODAS

---

### Á LA PAZ

---

*At nobis pax alma veni, spicamque teneto.*

TIB. LIB. I. ELEG. ULT.

¿Qué fuego celestial mi mente inflama?  
¿Quién en mis manos la sagrada lira  
benigno pone, y en mi pecho ardiente  
el patricio entusiasmo así derrama?  
El dulce canto de la paz me inspira,  
y á mi abatida frente  
la oliva ciñe y el laurel fulgente,  
que las sienes coronan del guerrero,  
que allá, en el Norte de la heroica España  
la enseña desplegó del libre ibero,  
trocando en hermandad la cruda saña!  
Yo tambien! Yo tambien, el noble grito  
de *union eterna!* que lanzó el valiente,  
y ya en la hermosa y apacible orilla  
del manso Bétis se escuchó, repito,  
de gozo lleno el corazon vehemente,  
al ver pasmado que radiante brilla  
en los sangrientos campos de Castilla  
la apetecida aurora  
del benéfico sol, que el pecho adora!



— ¡Union y patria y libertad sagrada! —  
 así dijeron, y tembló el tirano  
 en las frágiles gradas de su trono,  
 y — ¡Patria y libertad y Reina amada! —  
 con lágrimas responde el castellano.  
 — ¡No haya más guerra, no: y el duro encono  
 contra el perjuro príncipe inhumano  
 volved heróicos, y decid al mundo:  
 — ¡*Libres somos también!* — Y vuestra espada,  
 que en sangre ilustré se bañó indignada,  
 quebrante del *tirano* el cuello inmundo!

Fué dicho y se cumplió! Que al ya triunfante  
 y valeroso ejército se unieron,  
 llorando de placer y de alegría,  
 los que en la lid ilusos, sostuvieron  
 al feroz despotismo agonizante.  
 El soberbio huracán, que ántes mugía  
 trocóse en calma, y el cañon tonante, —  
 que destruccion y muerte vomitaba, —  
 también enmudeció. La turba esclava,  
 de cólera temblando, ardiendo en ira,  
 requiere insana el fratricida acero,  
 y con despecho y rabia al cielo mira;  
 después se vuelve á su caudillo fiero,  
 y pesarosa en él la vista clava.  
 — ¡No hay salvacion! prorumpe. — La cadena,  
 que la cerviz del libre sujetaba,  
 rota cayó á tus piés de oprobio llena!  
 ¡Dó el pueblo es libre, el despotismo acaba! —  
 Y, en tanto, confundidos los guerreros  
 y al júbilo entregados,  
 el himno cantan de la paz sinceros,  
 y con fraterno ardor alborozados  
*amor perenne* en el altar se juran,

poniendo á Dios y al mundo por testigo,  
 y el dulce cáliz del placer apuran,  
 sin abrigar rencores de enemigo.

Ora se encuentra, al estrechar la mano  
 del bravo campeón desconocido,  
 el tierno hermano con su tierno hermano,  
 que en la horrorosa lid creyó perdido;  
 y al estrecharle contra el pecho, ufano  
 á mirarle otra vez torna engreído  
 con tal felicidad, que ansioso duda,  
 y el placer, al hablar, la voz le anuda.

Ora el valiente anciano venerable, —  
 que siempre ejemplo de constancia diera,  
 y en la liza espantable,  
 rayo desolador triunfante fuera, —  
 al hijo de su amor absorto mira  
 en el jóven bizarro,  
 que á sangre y fuego con tremenda ira  
 llevó la guerra hasta el confin navarro;  
 y al besar otra vez su leda frente,  
 cuyo bélico ardor fiereza inspira,  
 el pecho henchido de entusiasmo siente,  
 y ve la realidad como mentira.

¿Los veis? Ya marchan á pisar el cuello  
 del vándalo feroz que aún lucha altivo,  
 y que el nefando sello  
 á sus maldades pone vengativo.  
 Hébdlos... Á cada cual más valeroso  
 volar en sus corceles,  
 levantando en el cielo vagoroso  
 el pendon de Isabel, soldados fieles.

¡Tiembla, malvado, tiembla! El noble acero  
 del invicto español, tu sangre impura  
 se previene á verter! ¡Tiembla y sucumbe!



Que tu orgullo altanero  
 caerá bajo tu planta mal segura,  
 así que el bronce en Aragon retumbe,  
 y — ¡Valientes, venced! — diga ESPARTERO,  
 y su victoria admire el mundo entero.

Mas ¿qué esperais, ilustres saguntinos?  
 ¿Los hijos de Lanuza y los Artales,  
 que fueron el terror del mahometano,  
 para vencer las hordas desleales,  
 qué esperan ni á qué aguardan?... ¿Dó el tirano  
 podrá esconder su maldecida frente,  
 si el brazo prepotente  
 del fuerte ciudadano,  
 triunfante esgrime la invencible espada?  
 ¿Á dó ocultar su oprobio y su vergüenza,  
 cuando en la lid feroz y encarnizada  
 el libre siempre á su despecho venza?

Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Por qué ociosas  
 en las manos están las bayonetas?  
 ¿Por qué las ponderosas,  
 las fuertes lanzas en las cujas brillan,  
 y el altísono son de las cornetas  
 no se escucha?... ¿Por qué?... ¿Tambien se humillan?  
 ¡Ah, no se humillan, no! Pues bien, que mueran  
 si han de empañar la gloria  
 de nuestra santa union, y que la Historia  
 escriba al porvenir: — ¡Esclavos eran!

Mas ¿qué rumor escucho?... ¿En dónde estoy?  
 ¿Quién entona esos cantos divinales  
 de paz sublime y de eternal ventura,  
 que resuenan dó quier que ansioso voy?  
 ¿De quién son los acentos celestiales  
 de angélica dulzura,  
 que blandamente por el aire vagan

y el fatigado corazon halagan?...  
 Los hijos son de la inmortal Sevilla,  
 que, el noble pecho de esperanza henchido,  
 del rico Bétis en la fresca orilla  
 la discordia feroz dán al olvido,  
 y á la divina aurora  
 de la anhelada paz ledos saludan,  
 y, ébrios de gozo, dudan  
 tanta felicidad, cual sienten ora!

¡Paz! ¡Sacrosanta paz! ¡Bendita seas!  
 ¡Cuán dulce al corazon suena tu nombre!  
 Por tí se apagan las horribles teas  
 de la guerra civil, y libre el hombre  
 de horrores y fatigas,  
 su sien corona de fragantes rosas  
 y doradas espigas,  
 y sus frentes levantan pudorosas  
 las cándidas doncellas  
 sin miedo ni terror! Por tí el anciano  
 tranquilo imprime las pausadas huellas  
 de su caduca planta,  
 do vió su juventud pasar lozano;  
 y el ronco estruendo del cañon no espanta  
 á la madre feliz, que ve amorosa  
 en su torno los hijos que afligida  
 lloró, cuando la muerte desastrosa  
 con saña encrudecida,  
 fatal los arrancó del blando seno,  
 de luto el corazon dejando lleno!

¡Paz! ¡Veneranda paz! Vuele tu acento  
 desde el cántabro mar al gaditano,  
 y en sus alas lo lleve el ráudo viento,  
 y en sus ondas lo cante el Oceano.  
 Con glorioso entusiasmo y ardimiento,



alegre lo repita el pueblo hispano,  
 miétras vierto, al decirlo, dulce lloro...  
 ¡Con toda el alma y corazon te adoro!

Sevilla — Octubre de 1839.

## Á DOÑA ISABEL II

EN SU MAYORIDAD

De guerra fratricida al son horrendo,  
 tembló de Iberia el trono:  
 alzóse la ambicion fiera rugiendo,  
 y con protervo encono,  
 en el pecho español haciendo garra,  
 llenó de sangre el campo de Navarra.

Allí los nobles con marcial aliento  
 las glorias renovaron  
 de mil héroes y mil, que á ilustre asiento  
 á España levantaron,  
 cuando, humillada la soberbia Europa  
 rindió su frente á nuestra invicta tropa.

Allí la deslealtad con saña impía  
 al príncipe altanero  
 en los alzados montes defendía;  
 y el matador acero  
 en sangre tinto de su noble hermano,  
 brillaba aleve en la rabiosa mano.

Empero de la paz la blanda aurora  
 lució con dulce halago  
 en medio á tanta lucha asoladora,  
 á tan horrible estrago;

y el rencoroso afan de la venganza  
 en amistad trocóse y esperanza.

Sus no vencidas diestras, cual valientes,  
 los guerreros cruzaron;  
 y el sólio tan temido de las gentes  
 en sus hombros alzaron,  
 atónitas dejando á las naciones,  
 que juzgaron rendidos los leones.

Mas la ambicion tambien ¡ay! se anidaba  
 en el amigo pecho;  
 y rota del honor la noble traba,  
 vió con hondo despecho  
 que estaba una mujer débil velando  
 la rica herencia del tercer Fernando.

Y al encontrarse armada, — ¡El cetro es mio! —  
 gritó con torpe encono;  
 y en su arrebató y ciego desvarío  
 osó escalar el trono,  
 hollando al par las castellanas leyes,  
 y á la nieta oprimiendo de cien reyes.

Durmieron entre tanto los leones  
 de la vejada España;  
 ébrio el tirano audaz, en mil canciones  
 oyó ensalzar su hazaña,  
 juzgando en su delirio, acaso eterno  
 el triunfo odioso que le dió el averno.

Mas del sufrir la copa hasta las heces  
 sus siervos apuraron,  
 y con fieras y locas altiveces  
 al león despertaron,  
 cayendo en el abismo confundidos  
 al escuchar medrosos sus rugidos.

Alzóse de Isabel la sombra augusta  
 en la heróica Granada,



y en Sevilla tronó la voz robusta,  
desde la tumba helada,  
del santo Rey, que al pueblo castellano  
de esclavitud sacó con fuerte mano.

— Huyan del alto sólio, que amancillan  
los fieros opresores:  
el nombre ilustre que do quiera humillan,  
de sus altos mayores,  
no más juguete del extraño sea,  
y á Iberia Europa con asombro vea.

Brille en sus hijos con ardor profundo  
el fuego sublimado  
que dió á Castilla en Occidente un mundo;  
y vencido ya el hado,  
la sacra *Libertad* al trono unida,  
torne á la patria la quietud perdida! —

Dijeron; é inflamados los varones,  
en torno al sólio unidos,  
al viento desplegaron los pendones  
de reyes tan temidos,  
y huyó el perjuro de los pátrios lares,  
surcando aleve los extraños mares.

Huyó, y en tanto, con heróico pecho,  
por Reina os aclamaron,  
hallando á su placer el mundo estrecho  
cuantos por vos lidiaron;  
y renacer en vos vieron, Señora,  
de ventura y de paz la ansiada aurora.

Ya el cetro poderoso de Castilla,  
de reyes envidiado,  
en vuestras manos celestiales brilla  
de glorias circundado,  
y ciñen vuestras sienas la corona,  
que al orbe hizo temblar de zona á zona.

Luzca po fin la dulce bienandanza  
que España tanto anhela;  
y torne ya la plácida bonanza,  
que al náufrago consuela,  
trás deshecha borrasca asoladora,  
que turba el hondo piélagó á deshora.

De virtud y bondad vuestros mayores  
os dan sublime ejemplo:  
escuchad cuál resuenan sus loores  
de la fama en el templo,  
y de la Hespéria en bien, Reina querida,  
sus hechos imitad enardecida.

Entónces, libre de coyunda extraña,  
cual ántes poderosa,  
vereis alzarse á la afligida España:  
vuestra voz majestosa  
oirá muda y turbada la ancha tierra,  
árbitra siendo de la paz y guerra.

Cubrirán otra vez los vastos mares  
las castellanas proras;  
y de Isabel el nombre en mil cantares  
en las grutas sonoras,  
aún no olvidadas del valor hispano,  
repetirán las ninfas de Oceano.

¡El nombre de Isabel!... ¡Cuánta ventura  
tan alto nombre encierra!...  
Bálsamo á la virtud es la dulzura,  
miéntra al crimen aterra,  
y de recuerdos mil rico tesoro  
de Castilla renueva *el siglo de oro*.

Tended, Señora, la benigna mano  
sobre el pueblo que os ama;  
y cual noble y honrado castellano  
Reina y Señora os llama;



cumplido viendo el porvenir dichoso,  
 que entre horrores sin cuento vió afanoso.  
 Y á nacer tornarán sin par fecundos,  
 Montanos y Leones,  
 que llenando de envidia á entrambos mundos,  
 á remotas regiones  
 con las armas de Iberia, ya triunfantes,  
 la gloria llevarán del gran Cervantes.

Felices otra vez alcen la frente  
 mil vates inspirados,  
 y el no aprendido cántico al ambiente  
 den al par acordados:  
 acallando el rumor de lid altiva,  
 los abundosos frutos de la *oliva*.

Y cuando en paz profunda goce España  
 tanta dicha y ventura,  
 al suelo encantador, que el Bétis baña,  
 volved la frente pura:  
 que aún brillan de Murillo los pinceles,  
 y del divino Herrera los laureles.

1843.

## VICTORIAS DE ÁFRICA

— Álzate al fin, oh dulce patria mia!  
 Álzate al fin del sueño vergonzoso,  
 en que, ahogado su aliento poderosa,  
 tu Heroicidad vivía.

No te avasalle la fatal coyunda  
 que echó á tus hijos mísera Discordia:

Dios tiene ya de tí misericordia  
 y tu seno fecunda.

Él te devuelve el alto sentimiento  
 que dominó los montes y los mares,  
 para llevar de nuevo tus altares  
 al mauritano asiento.

Allí, aferrando la española quilla,  
 volaron de Cisneros los pendones;  
 y allí presa fué Orán de mis leones  
 y sierva de Castilla.

Álzate, pues! Tu espíritu renueva,  
 y un pensamiento sólo en tí germine:  
 la luz de la esperanza te ilumine,  
 que la fé santa eleva.

Grande otra vez serás!... La sábia mano  
 que tus antiguas glorias eslabona,  
 hoy da nuevo esplendor á mi corona,  
 terror del mahometano.

Brilla en las sienas de mi Augusta nieta,  
 Isabel como yo, cual yo animosa!...  
 No haya para vencer espada ociosa,  
 ni á vil temor sujeta.

Sus! A vencer!... El África infelice,  
 á perpétua barbárie condenada,  
 envidiando la suerte de Granada,  
 su esclavitud maldice.

Rompe tú generosa sus cadenas,  
 y donde impera el opresor turbante  
 la Cruz de Cristo anime fecundante  
 riscos, montes y arenas.

No tardes, no! Las horas se cumplieron  
 do tu dolor, y tu ventura empieza!  
 Levanta ¡oh patria mia! la cabeza  
 que los fuertes temieron...



Oyes?... Ese clamor ronco y lejano  
que viene á provocar tu ardiente saña,  
lo mueve Dios para que herida, España,  
armes tu heróica mano.

Tríbus feroces tu blason ultrajan!  
Ármate, pues, y á exterminarlas vuela...  
Como langosta que la miés asuela,  
ya de los montes bajan...

Ármate! No hay temer!... Tu brazo fuerte  
arco invencible de invencible acero  
será, y tu corazón, siempre hazañero,  
triunfará de la muerte.

Triunfará! Y los musulimes con espanto  
verán brotar de entre las ondas bravas  
el laurel de Glavijo y de las Navas,  
que floreció en Lepanto.

Mi amor, con el amor de la Segunda  
Isabel, vivirá siempre contigo...  
Sús! Á vencer!... Tus estandartes sigo,  
que nuevo sol inunda.

Por heróicas naciones saludados  
serán, cual nuncios de perenne gloria,  
y atarán á sus carros la Victoria  
tus ínclitos soldados! —

Dijo una voz en la celeste esfera  
y oyó España su acento conmovida;  
se alzó y tornó la faz ennoblecida  
á la playa frontera.

Miró! Y con befa y temerario insulto  
vió de salvajes hordas africanas  
holladas las enseñas castellanicas,  
en bárbaro tumulto.

Profundo grito de su pecho lanza!  
Y ardiendo en pátrio fuego y santa ira,

¡Venganza!... dice y por los aires gira  
el grito de — ¡Venganza! —

De Calpe á Finisterre y de Laredo  
á la opulenta Gades ráudo suena:  
Mántua lo escucha y el espacio atruena  
con bélica denuedo.

Cunde la indignacion; se abre camino  
y llega al trono y á Isabel inflama:  
—Brille en Iberia un nuevo sol, — exclama:—  
Cúmplase su destino!

¡Dios lo quiere!... corred á la pelea  
hijos del Cid; vuestras espadas brillen  
con inmortal fulgor, y al moro humillen  
que nuestro honor guerrea.

No más tardanza! El triunfo ya contemplo!  
Volad, y de los ínclitos varones  
que infundieron terror á cien naciones,  
seguid el alto ejemplo.

Yo tambien! Mis preseas y joyeles  
tomad...! ¡Cuánto el alcázar régio encierra!...  
Y armas comprad para la santa guerra  
y naves y corceles!

Cubran el mar las castellanicas proras;  
y si un tiempo el Korán nos dió sus leyes,  
hoy darán luz á sus feroces greyes  
mis huestes vencedoras!—

Habló Isabel; é innumerables voces  
responden á su voz y armas requieren;  
y mil ferradas naves la mar hieren,  
para partir veloces.

Ya cruzan el Estrecho, ya ligera  
ondula al viento, y como sol fulgura,  
y cual ángel de Dios, victoria augura  
la hispánica bandera.



De Ábila las almenas saludaron  
al ronco estruendo del cañon guerrero,  
*y el carro y el caballo y caballero*  
en África saltaron.

La infanda Libia en tanto se congrega  
y arma sus hordas de furor... que embisten  
como lobos hambrientos, y resisten  
con ira y rabia ciega.

Mas ¡oh ventura! Al indomable aliento  
del milite español, vencidos ceden,  
y como heridos cuervos, retroceden,  
de ayes poblando el viento.

Un triunfo y otro más Dios nos envía!...  
Y en vano de Satán la horrenda saña  
el mar revuelve y cimbra la montaña,  
noche tornando el día.

Del mar la fúria el español reprime;  
la hórrida tempestad vence y domina,  
y el árduo monte la cerviz inclina  
á su valor sublime.

Todo se allana á su querer! Avanza,  
y cual torrente que de inmensa altura  
con espumante hervor por la llanura  
rebramando se lanza,—

así cayendo con terrible estrago  
las haces del Islam rompe y destroza,  
y deja en pos de su triunfal carroza  
de sangre hirviente lago.

Mas vedle! Ya despliega amenazante  
de Tetuan en la vega sus pendones!...  
Suetos van los beligeros leones!...  
Ay del feroz turbante!...

En la escabrosa y torreada sierra  
sus Príncipes la guardan enriscados...

La inmensa multitud de sus armados  
gemir hace la tierra!...

Pero Dios, que aniquila al orgulloso  
y al humilde enaltece, de su mano  
dió espíritu de fuego al castellano  
en pecho generoso;

y desatando su tremenda saña, —  
el fuerte, el poderoso y el temido  
huyó, con sus falanjes, pavorido  
de los hijos de España.

Huyó! Y el oro de sus ricas tiendas,  
sus armas, sus banderas y corceles,  
sus preciadas marlotas y alquiceles  
son de su espanto prendas.

Y el cuello Tetuan dobló rendida,  
que indomable sus gentes pregonaron,  
y de Isabel las señas flamearon  
del fuerte en la guarida!

Gozad, Reinas, gozad!... Tú que á Granada  
del islamita yugo redimiste,  
y tú que al pueblo ibero devolviste  
su heroicidad pasada, —

gozad!... Que Dios derrama su tesoro  
de la abatida patria en la cabeza,  
y á realizar en África ya empieza  
vuestro SUEÑO DE ORO.



Á LA INAUGURACION DE LA ESTÁTUA  
 QUE AL  
 MAESTRO FRAY LUIS DE LEON

CONSAGRA EL AMOR NACIONAL EN SALAMANCA

Cayó rota la venda  
 que ingrato Olvido al español ceñía!  
 Su no mentida ofrenda  
 al fin la patria mia  
 tributa al génio en venturoso día!...

Ya del laurel, que avara  
 negó á sus hijos, inmortal corona  
 para tu sien prepara:  
 tu virtud galardona  
 y cantor de los cielos te pregona.

De la suprema altura,  
 do gozas del Señor la faz divina,—  
 que entre flores fulgura,—  
 plácido el rostro inclina  
 y á la ibérica Aténas te avecina.

Mira el númen sagrado  
 que á Phidias inspirára y á Thimantes,  
 cuál arde arrebatado;  
 y en bronces rutilantes  
 la prez te da, que reservó á Cervantes.

De estrellas circuidos  
 en torno á tí contemplo cien varones,  
 cual lo fuiste, elegidos:  
 Dios les mostró sus dones,  
 y envidia son de innúmeras naciones.

—Vuela, oh Leon!—exclaman,—  
 y el discernido honor ledo recibe:  
 los que tu nombre aman  
 aquí tu fé cautive,  
 con puro amor que eternidades vive.

No del dolor insano,  
 que al mezquino mortal vence y contrista,  
 temblará nuestra mano:  
 vuelve á España la vista  
 y goza en ella la eternal conquista.—

Su voz trémulo escuchas;  
 y súbito carmín baña tu frente.  
 ¿Por qué perplejo luchas?  
 Alza la noble mente,  
 pues Dios tu humana exaltacion consiente.

Vuela, ¡oh Leon!... Ya el velo  
 de la cerrada niebla rompe España!  
 Ya no es baldon el celo  
 que pura ciencia entraña  
 ni el torpe calumniar ínclita hazaña.

La bética ribera  
 el láuro apresta, que en tus sienes brilla,  
 á Rioja y Herrera;  
 y rendirá Castilla  
 tributo igual á Calderon y Ercilla.

Como feliz augurio  
 de hidalgo premio y galardón vecino,  
 cunde en dulce murmurio  
 tu triunfo peregrino,  
 que suena ya de Gádes á Barcino.

Y del Túria las flores  
 y del Ebro caudal las bravas olas,  
 mirando en tus loores  
 las glorias españolas,



sus Vives preconizan y Argensolas.

Ya del Zorgen la orilla,  
que un día oyó de tu inspirado acento  
la entonacion sencilla,  
pueblan gentes sin cuento,  
para exaltar el pátrio monumento.

Y tu efigie modesta,  
que el sayal de Agustin humilde honora,  
la faz al pueblo acuesta;  
y dulce y seductora  
parece desatar la voz sonora.

— Yo soy el vate, dice,  
que á vuestros padres descubrió el camino,  
que eterno amor predice;  
yo á domar el destino  
los avecé con pecho diamantino.

De la sublime ciencia  
que nace en Dios y á conocerle aspira  
en su divina Esencia  
odiando la mentira,  
el éco santo resonó en mi lira.

Y de Sion las penas  
que en Babel apuró la prole esclava  
entre duras cadenas,  
mi canto recordaba,  
cuando David su aliento me inspiraba.

Y de Job al martirio,  
que el humanal dolor compéndia insano  
en bárbaro delirio,  
el velo alzó mi mano,  
para ejemplar doctrina del cristiano.

Yo los sagrados nombres  
le descifré del Dios, que vino al mundo  
por redimir los hombres;

y el misterio profundo  
mostréle, en bienes y en amor fecundo.

Y al par, con fé sincera  
pisé el hogar, donde perfecta mora  
la dulce compañera,  
que incansable atesora  
dicha sin tasa al hombre que enamora.

Su maternal desvelo  
pinté, anidando en el feliz regazo  
el anhelado hijuelo;  
y el bendecido lazo  
renovar contemplé con limpio abrazo.

Del Tíber las preseas  
para su prole recogí gozoso:  
de flores augusteas  
ramo tegí precioso,  
que dió al materno hablar timbre glorioso.

De pátrio amor la llama,  
que un siglo y otro siglo heróica esplende,  
mi corazon inflama:  
bélico aliento enciende  
y cántico marcial los aires hiende.

Del visigodo imperio  
la vil molicie y deshonor pregono:  
en rudo cautiverio  
miro el manchado trono,  
y á Iberia oprime el mahometano encono.

Después, de Dios movida,  
la hispana estirpe levantarse veo  
á lid apercebida:  
la Cruz es su trofeo  
y mueve su pendon el Zebedeo.

Y triunfante do quiera,  
llevóle de la astúrica montaña



del Darro á la ribera:  
cobró su esfuerzo España  
y alzóse libre de coyunda extraña!

En tanto, en dulce anhelo  
de caridad ardiendo el lábio mio,  
rompo á ignorancia el velo:  
vivífico rocío  
á vuestros padres, para el alma, envío.

Ora al honor más alto,  
que codician mortales, me prevengo:  
no en el bronce me exalto;  
pues mayor gloria obtengo,  
cuando á vivir entre vosotros vengo! —

Así de nuevo fluye  
en tus nítidos lábios la elocuencia:  
tu docta voz concluye;  
del bronce en la presencia  
alegre aplaude universal sentencia.

Salud, cantor divino!...  
Gloria al que en nombre de la ciencia viene  
por fúlgido camino:  
do quier su nombre suene  
y el orbe todo con su gloria llene!

Setiembre de 1868.

## SONETOS

### Á PABLO DE CÉSPEDES

El Bétis triunfador, que en su corriente  
arrastra en sosegado movimiento  
arenas de oro y de zafireo argento  
y al mar saluda con serena frente, —

meció tu cuna en la ciudad potente  
que á Séneca inmortal dió sacro aliento  
y oyó pasmada su inspirado acento,  
que ufano repitió de gente en gente.

Dobló su cuello absorto el Apenino,  
cuando mirar logró tu diestra mano,  
las glorias emulando del de Urbino;  
y al escuchar tu plectro soberano,  
el pecho alzando el Tíber cristalino,  
pensó escuchar la voz del gran Lucano.

1813.

### Á MI HIJO GONZALO

En brazos de tu madre, la ventura,  
prenda del corazón, tu pecho llena,  
sin que tu gozo turbe amarga pena,  
ni el llanto empañe tu sonrisa pura.  
Sólo de amor te halaga la dulzura



que sobre tí derrama en larga vena,  
y el pecho mio cándido enajena  
de tu angélico rostro la hermosura.

Mas ¡ay! que al despertar del dulce sueño,  
que encantos presta á tu apacible infancia  
verás del mundo el crimoso ceño;  
y cual la rosa pierde su fragancia  
apénas brilla en el pensil risueño,  
huiré tu dicha en eternal distancia!

Sevilla — 1844.

### Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU FAUSTO ENLACE

Rayó por fin la espléndida alborada  
que la ibera nacion apetecia;  
y al ver que eres feliz ¡oh Reina mia!  
en júbilo rebosa entusiasmada.

No temas ya que la discordia osada  
de hoy más levante la cervíz impía:  
que el justo cielo á tan propicio dia,  
mil de ventura añadirá colmada.

A par que tú, la Perla de Castilla,  
al tálamo nupcial subir espera,  
cual tú adorada y libre de mancilla.

Nada la dicha de tu rostro altera...  
Cual puro sol sobre tu pecho brilla  
la ilustre sombra de Isabel primera!

1846.

### Á UN RUISEÑOR

Suspende ¡oh ruiseñor! tu dulce canto  
y dá trégua al dolor que te enajena:  
que si es amarga tu angustiosa pena,  
no eres tu sólo, á quien abate el llanto.

Escucha de la tórtola el quebranto:  
oye cómo su voz doliente llena  
de lamentos el valle y la serena  
calma interrumpe y su apacible encanto.

Tú lloras de tu amor la ingrata ausencia:  
ella maldice en su quejar doliente  
la mano que el hijuelo le arrebató.

Tu duelo calmará con la presencia  
del suspirado bien; ella presente  
que no hay fin, á la pena que la mata!

Aranjuez — Junio de 1857.

### A LOS 45 AÑOS

Dos tercios de la vida ya han pasado!...  
Y ¿qué fué, en tanto, para mí la vida?...  
Toda ilusion miré desvanecida,  
y el corazon quedóme desgarrado.

Amor y gloria en mi soñar dorado  
ambicioné con ánsia desmedida:  
falaz fué amor; la gloria apetecida  
la sed no hartó del pecho acongojado.

Horas de insomnio y fatigoso anhelo  
me trae la noche tarda y perezosa;  
y horas de lucha y de dolor el dia...



¿Qué espero ya, infeliz? Oscuro velo  
roba la luz á mi alma generosa,  
é incierta vaga la existencia mia!

1863.

.....

Nublado el sol de la esperanza mia,  
abruma el corazon amarga pena,  
y á inagotable llanto me condena  
el fallo horrendo de la suerte impía.

En balde el pecho con valor porfía,  
y el vago viento de suspiros llena:  
dolor en torno á mí sólo resuena  
y es ya noche eternal mi claro dia.

Nublado el sol, marchita la esperanza,  
¿á dónde volveré los túrbios ojos  
que no encuentre penar y duelo eterno?

La fé, sólo la fé, ventura alcanza!  
Mas al pisar del mundo los abrojos,  
Dios me la dió, me la robó el Averno!

Barcelona — Julio de 1863.

## Á LA VÍRGEN DEL MAR

EN ÁLMERÍA

AL ENTREGAR EL MANTO DE QUE FUÉ PORTADOR POR ÓRDEN DE S. M. DOÑA ISABEL II

Ave del mar, que al extender las alas,  
de Adam la prole mísera cobijas;  
Estrella matinal, que el rumbo fijas

del sol primero, cuya lumbre igualas;  
Flor que esencia inmortal próvida exhalas;  
Gloria del Padre, cuyo amor prohijas;  
Tú, á quien bendicen de Sión las hijas;  
Tú, á quien se humillan célicas escalas, —  
de la augusta Isabel, que el cetro hispano  
rige, benigna el noble don recibe,  
que ora te ofrenda por mi humilde mano.  
En él de Recaredo la fé vive,  
que, anidando en el trono castellano,  
dentro del corazon la España escribe.

1863.

## Á LÁYDA

Láyda, lo ves?... En vano á tu destino  
poner intenta mi cariño freno...  
Quien al nacer libó mortal veneno  
de vida el néctar desdeñó mezquino.

Te ví y te amé!... Tu rostro peregrino  
mil goces me ofreció, de gracias lleno;  
mas ¡ay! brotando de tu impuro seno,  
la hiel del crimen, á mancharlos vino!

Diste á mi fé cosecha de torpeza,  
cuando fruto de bienes te pedía,  
en pago al dulce afan de mi terneza...

Confunda el cielo tu hermosura impía;  
Pues sin virtud ¡oh Láyda! es la belleza  
flor que el estiércol entre larvas cría!

Agosto de 1865.



## DON ENRIQUE DE VILLENA (1)

Envuelto en nube cándida y serena,  
ostentando en la diestra el pléctro de oro,  
y en la siniestra alzando el laúd sonoro, —  
desciende al mundo el mágico Villena.

—No más se ciña el láuro, que envenena  
la vil calumnia: el sin igual tesoro  
que heredé al provenzal y al sábio moro,  
goce la juventud en larga vena. —

Iba á seguir el prócer, cuando ahogada  
su voz entre espantable gritería,  
amargo duelo á su semblante asoma.

Miró, y halló la juventud dorada,  
que mercenaria turba hollaba impía,  
y tornóse indignado á la redoma.

1866.

## EN EL ÁLBUM DE LA ALHAMBRA

Voló el leon triunfante de Castilla  
de Córdoba y Jaen en las almenas,  
y humilladas las béticas arenas,  
dobló su cuello al vencedor Sevilla.

Huyó Aben-Hud llorando su mancilla;  
pero templaron del muslim las penas  
las horas regaladas y serenas  
de tus estancias, do el encanto brilla.

(1) Fué escrito este *Soneto* el día en que la policía de Madrid osó entrar en la Universidad, apaleando á los escolares. Tocábase al autor explicar la influencia de don Enrique de Aragon en la literatura pátria; y no hubo clase.

Tres siglos de Nassar la estirpe clara  
cautivo para tí mantuvo el Arte,  
que eterna gloria á su saber prepara...  
Empieza la discordia á desolarte;  
pero la mano de Isabel te ampara,  
y así el mundo podrá siempre admirarte!

Granada — 23 de Agosto de 1866.

Á....

Ah!... Te contemplo al fin, cándida estrella,  
trás largo zozobrar en noche oscura,  
y el divino fulgor de tu luz pura,  
cual vivo faro, salvador destella!...

No niegues tu piedad á mi querella;  
y pues llama de amor en tí fulgura,  
término da en mi pecho á la tristura,  
que con mortal dolor mi lábio sella.

Tú alentarás de nuevo la esperanza  
que en mi alma agostó fatal destino,  
y al mar de mi afliccion darás bonanza.

Yo sembraré de flores tu camino:  
que, si en el valle terrenal se alcanza,  
eterna dicha para tí imagino.

27 de Setiembre de 1866.

## Á LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA BURILLO

AL CELEBRAR SUS DESPOSORIOS

Rie, rie feliz!... Nubes de rosa  
sobre tu frente seductoradas vagan,  
y mil sueños de amor castos halagan



con dulce afán tu mente pudorosa.

Nombre te dió tu amante ya de esposa,  
y como á tí, mil dichas le embriagan...  
Gozad! Ambos gozad!... Los cielos hagan  
grata vuestra coyunda y venturosa!

Gozad! Mas el placer que el alma llena  
y dulce os brinda perenal encanto,  
no os cierre el pecho á la desdicha ajena:  
quien no llora del mísero el quebranto,  
y en egoistas goces se enajena,  
verterá en su dolor estéril llanto.

Córdoba — 7 de Abril de 1867.

### Á LA SEÑORITA DOÑA PETRA SOLÍS DE ACUÑA

EN EL DÍA DE SU MATRIMONIO

Vas ¡oh Petra! á partir! A ignotos mares  
tu amor te lanza en trémula barquilla:  
escollos ciento rodearán su quilla,  
y bogará entre sirtes á millares.

Do quiera el rumbo incierto enderezares,  
sêa el firme timon tu fé sencilla:  
la vela, que al partir, cándida brilla,  
lealtad jurada á Dios en sus altares.

Si á remo de virtud tu barca entregas  
y haces de limpio honor único faro,  
no temas, no, zozobra en el camino.

Si alguna vez la faz con llanto riegas,  
vuélvete á Dios por demandarle amparo;  
mas no te dobles á falaz destino.

27 de Setiembre de 1868.

### CONTROVERSIA

#### Á CAROLINA CORONADO

I

¿Por qué á la musa del amor divino,  
que vida infunde en el caduco seno,  
poner quisiste inusitado freno,  
haciendo estéril bienhechor destino?...

Si en tierna juventud triunfal camino  
mostraste al que te oyó, de encantos lleno,  
no ingrata ¡oh Carolina! al lloro ajeno  
el bálsamo recates peregrino.

Vuelve á pulsar el arpa seductora,  
que imitó de Sión el dulce canto,  
do el bien se anida y la esperanza mora:

que no te dió el Señor el fuego santo  
para ahogarle en tu espíritu á deshora,  
ni es ley del bueno holgar en medio al llanto.

San Sebastian — 3 de Agosto de 1871.

#### Á AMADOR DE LOS RÍOS CONTESTÁNDOLE AL CORRER DE LA PLUMA

I

¿No es musa, dime, del amor divino,  
la que anidada en mi materno seno,  
á mi ingenio febril poniendo freno,  
dirige de mis hijas el destino?...

Si yo hubiera seguido en el camino,  
que ví en la juventud, de encantos lleno,  
no enjugará tambien el llanto ajeno,  
aunque lograra un nombre peregrino.

Mejor, sábio, que el arpa seductora,  
imita de Sión el dulce canto,  
la caridad, que en mis entrañas mora.  
Y si sufres, verás que el fuego santo,  
de mi amistad, mostrándose á deshora,  
suspende tu dolor, calma tu llanto.

San Sebastian — 3 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO



## Á CAROLINA CORONADO

## CONTESTANDO

## II

Es verdad! Es verdad! Amor *divino*  
con lumbré maternal brilló en tu *seno*,  
y del Arte al instinto diste *freno*:  
tributo inmenso á conyugal *destino*.

Mas cerróse á tu ingenio aquel *camino*,  
que lució para tí de glorias *lleno*;  
y viste al fin tu láuro como *ajeno*,  
siéndote ya su culto *peregrino*.

¿Por qué tanto olvidar? La *seductora*  
doctrina, nunca embote el dulce *canto*:  
que el GÉNIO á veces, con la DICHA *mora*.

De caridad sublime el fuego *santo*  
arda en tu pecho; pero no á *deshora*  
el arpa arrojes, por seguir el *llanto*.

San Sebastian — 3 de Agosto de 1871.

## Á AMADOR DE LOS RÍOS

## RÉPLICA

## II

Olvidarla, jamás! Sueño *divino*,  
el amor á la musa arde en mi *seno*;  
vosotros sois los que pusisteis *freno*  
al impetu, tal vez, de mi *destino*.

Del Arte presentásteis el *camino*  
con tanto estudio y de fatigas *lleno*,  
que miramos el láuro, como *ajeno*  
premio del hombre al génio *peregrino*.

¿Por qué tanto saber? La *seductora*  
ingenuidad, le basta al noble *canto*:  
que en mí la musa en ignorancia *mora*.

Deja que exprese mi entusiasmo *santo*,  
sin criticar mis frases á *deshora*,  
y no hablaremos más de pena y *llanto*.

4 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO

## Á CAROLINA CORONADO

## III

¿Por qué tanto saber! Nunca el *divino*  
génio de la creación abrió su *seno*  
al sediento afanar, do encuentra *freno*  
del sér humano el mísero *destino*.

Nunca, áun rompiendo insólito *camino*,  
de la alma ciencia el ideal vió *lleno*:  
que es de su esfuerzo y de su dicha *ajeno*,  
ceñir triunfante el láuro *peregrino*.

Saber! Saber! Palabra *seductora*,  
que al hombre engaña, cual mentido *canto*  
de la falaz sirena que ena-*mora*.

Oh! No quiere el Señor, tres veces *santo*,  
ver escalar los cielos á *deshora*,  
y al rebelde Titán, condena al *llanto*!

4 de Agosto de 1871.

## CONTESTACION

## III

Humano corazón y éstro *divino*,  
latir de gratitud haces mi *seno*,  
y la crítica más no será el *freno*  
que detenga el correr de mi *destino*.

Ya vuelvo á discurrir en el *camino*,  
que está de flores por tus manos *lleno*,  
y mi entusiasmo, de temor *ajeno*,  
seguirá tu consejo *peregrino*.

Yo resistí á la gloria *seductora*,  
y resistí la inspiración del *canto*,  
por el deber, que en la conciencia *mora*;  
pero cumplido el sacrificio *santo*,  
no dirán que mi voz suena á *deshora*,  
cuando me invoca de infortunio el *llanto*.

4 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO

I—18



## Á AMADOR DE LOS RÍOS

## IV

¿Callas maestro?... El hálito *divino*  
de la musa genial se heló en tu *seno*,  
ó es que no hallando á mis respuestas *freno*,  
quieres dar á tu pluma otro *destino*?...

Emprendes, Amador, muy mal *camino*;  
porque mi nùmen, de impaciencia *lleno*,  
no dejará callar el éstro *ajeno*,  
aunque vaya á la Meca *peregrino*.

¿Por qué tanto callar? La *se luctora*  
gracia perdiste del antiguo *canto*,  
más sabrosa y más dulce que la *mora*?...

¿O a'guna traducción del libro *santo*  
estás haciendo, en que saldrá á *deshora*  
la Virgen de Sión, bañada en *llanto*?...

4 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO

## Á CAROLINA CORONADO

## RESPUESTA

## IV

Callar! ¿Por qué presumes que al *divino*  
éstro, la llama le faltó en mi *seno*?...

Para ensalzar tu canto, inútil *freno*  
á mi acento imponer querrá el *destino*.

Ya de la vida en medio del *camino*,  
aunque de angústia y luto vivo *lleno*,  
jamás al entusiasmo soy *ajeno*,  
cuando pulsas el plectro *peregrino*.

Habla! Y tu mágia ardiente y *seductora*  
desplega ¡oh Carolina!... Suene el *canto*  
del mar hispano á dó el noruego *mora*.

Que si inspira tu génio el nùmen *santo*,  
que el conyugal deber heló á *deshora*,  
en gozo inmenso trocarás mi *llanto*.

4 de Agosto de 1871.

## Á CAROLINA CORONADO

## (CONTINUACION)

## V

Dudó tu mente, y con febril zozobra,  
que el testimonio ahogó de la conciencia,  
osó tu lábio maldecir la ciencia,  
do la prole humanal el bien recobra.

Ah! no: el abismo que te envuelve sobra;  
la luz torne á guiar tu inteligencia:  
tu fé renazca en la divina Esencia;  
que la ciencia es de Dios inmortal obra.

Rescatada otra vez, nuevo horizonte,  
cual águila caudal, rompa tu vista,  
mundos sin fin, tu espíritu creando.

No de ignorancia en el estéril monte  
del bien eterno fundes la conquista.  
La niebla es de Luzbel el reino infando.

6 de Agosto de 1871.

## Á AMADOR DE LOS RÍOS

## CONTESTANDO Á UN SONETO CON LOS MISMOS CONSONANTES

## V

¿Dudar mi mente?... Nunca! Sin zozobra  
en Dios creyó la fé de mi conciencia,  
y reverente confesé la ciencia,  
que aquí pierde el mortal y allá recobra.

La ciencia que desdeño, es la que sobra  
en el mundo á la humana inteligencia,  
y que perturba la divina esencia,  
que Dios ha dado á su perfecta obra.

Mi libro es, Amador, el *horizonte*,  
donde se extiende la asombrosa *vista*,  
donde siempre es á Dios, mundos *creando*, —  
mién tras vosotros, escalando el *monte*  
de ciencia, que el mortal jamás *conquista*,  
legais de Ca'anás al trono *infando*.

6 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO



## Á CAROLINA CORONADO

RÉSPUESTA

VI

Cuán doloroso error!... Jamás *zozobra*  
la fé, cuando está limpia la *conciencia!*  
Jamás á Dios desconoció la *ciencia*,  
que en su divino amor el sér *recobra*.

Jamás! Pero esta ciencia nunca *sobra*.  
Dios, al crear la humana *inteligencia*,  
por ella al hombre reveló su *esencia*  
y con ella colmó su inmensa *obra*.

Libro sublime ofrece el *horizonte*;  
mas quien leerlo osó con simple *vista*,  
quimeras fué do quier, vanas *creando*.

Oh! No maldigas al que en árduo *monte*  
asentó de la ciencia la *conquista*:  
què á Dios maldecirás, con lábio *infando!*

7 de Agosto de 1871.

## CONTESTACION

VI

Jamás pude estudiar: mortal *zozobra*,  
vago temor que asalta la *conciencia*,  
sólo alejada de la adusta *ciencia*,  
su libertad mi espíritu *recobra*.

Lo poco, amigo, que estudié, le *sobra*  
á mi débil, femínea *inteligencia*;  
pues tengo que aspirar pomos de *esencia*,  
al anuncio, no más, de cualquier *obra*.

La luna, cuando cruza el *horizonte*,  
me inspira más, con su sencilla *vista*,  
que los libros que el arte está *creando*.

Y así, alejada en solitario *monte*,  
logré yo de mi musa la *conquista*,  
sin penetrar en el saber *infando*.

7 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO

## Á CAROLINA CORONADO

VII

No es ciencia ¡oh Carolina! esa *zozobra*  
do prevarica y muere la *conciencia*:  
tan sólo el recto conocer es *ciencia*,  
si el alma en él su libertad *recobra*.

Confundir lo que falta y lo que *sobra*  
aherrojando la noble *inteligencia*,  
imágen viva de la Pura *Esencia*,  
de negro fanatismo es torpe *obra*,

Perder del barro el mísero *horizonte*,  
llevando hasta Ihowáh la ávida *vista*,  
y bañarse en la luz, que está *creando*,

obra de ángeles es... Morar del *monte*  
santo, á la falda, ajeno á su *conquista*,  
sólo es del bruto proceder *infando*.

7 de Agosto de 1871.

## Á AMADOR DE LOS RIOS

(CONTESTACION)

VII

Me tiene con muchísima *zozobra*,  
por qué de mi soneto sin *conciencia*,  
escribiste en el tuyo, extraña *ciencia*,  
«el alma en él su libertad *recobra*.»

Pues este verso aunque le falta ó *sobra*  
en la frase la misma *inteligencia*,  
es igual en su tono y en su *esencia*,  
al del soneto que en tus manos *obra*.

Y temo que detrás del *horizonte*,  
que se descubre á mi sencilla *vista*,  
alguna ciencia más se está *creando*.

Que en alas Luzbel tu génio *monte*,  
y haciendo de la mágia la *conquista*,  
vengas del *brujo* con el cetro *infando*.

7 de Agosto de 1871.

CAROLINA CORONADO



## EN LA TUMBA DE BRETON DE LOS HERREROS

No turbemos su paz!... En lucha ardiente  
domó las iras de cruel destino;  
y entonando, al vencer, canto divino,  
de eterno láuro coronó su frente.

El mundo le escuchó con faz riente;  
mas ¡ay! huyendo el salvador camino,  
do hermosa luz para su bien previno,  
lanzóse al vicio, cual feroz demente.

No turbemos su paz!... Gloria más alta  
el Amor Infinito le destina,  
que al nécio humilla y al humilde exalta.

Al Génio, que á su frente se avecina,  
no el lamentar del hombre le hace falta:  
que ante él la Eternidad su frente inclina.

1874.

Á...

De Paros dando al mármol peregrino  
con noble aliento artística grandeza,  
arrebatar del cielo la belleza  
concede á Fidias pródigo el destino.

Victoria insigne fué! Mas yo imagino  
que si hoy alzando la inmortal cabeza,  
mirar osára tu sublime alteza,  
fuera impotente su cincel divino.

Jamás ojos mortales contemplaron  
de forma y de color el gran tesoro  
que en tu seno las gracias derramaron.

Jamás mezclados el marfil y el oro  
unidad tan perfecta revelaron,  
que sólo vive en el celeste coro!

Setiembre de 1874.

## Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN SU LLEGADA Á MADRID EL 14 DE ENERO DE 1875

I

Llegad, Señor! De acrisolada gloria  
la España torna á ser noble dechado:  
vos, que por ella al trono sois llamado,  
en trueque reanudad su antigua Historia.

De Alfonsos ciento la sin par memoria  
con letras de oro guarda lo pasado:  
cual ellos, coimenzais venciendo el hado;  
domad cual ellos la inmortal victoria.

De discordia civil la horrible tea  
generoso apagad, y en vuestra frente  
nuncio de paz y amor el láuro sea.

Llegad!... El pueblo que os llorára ausente,  
obrando siempre el bien, gozoso os vea,  
y vuestro nombre irá de gente en gente!

II

La dicha labrareis del noble ibero,  
si, al bien dispuesta la prudente mano,  
la audaz lisonja os solicita en vano,  
y al par guardais el corazon entero.

Magnánimo, benigno y justiciero,  
al bueno premio dad, pena al insano:  
de vil zizaña separad el grano  
y el dolo inícuo rechazad sereno.

Del huérfano, del mísero y del rudo,  
sea faro en vuestra frente la corona,  
y al sábio y al artista luz y escudo.

No de otra suerte á la preclara zona  
de la fama eternal alzarse pudo  
el Rey que en larga edad vida ambiciona.



Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN SU TRIUNFAL ENTRADA EN MADRID EL 20 DE MARZO DE 1876.

¡Volved, Señor! La espléndida victoria  
que osé anunciaros vuestro nombre aclama;  
y el noble corazón de Iberia inflama  
de providente paz la santa gloria.

¡Volved! Y al láuro, que en la pátria Historia  
entre los héroes ínclitos os llama,  
del Rey Sábio enlazad la docta fama,  
dictando leyes de inmortal memoria.

Para tejer tan fúlgidas diademas  
de nuestra sangre la primicia os dimos,  
cuyo fiel holocausto Dios bendice! (1)

De paz y libertad los caros lemas  
de vuestra mano en cambio recibimos,  
y bien sin tasa el porvenir predice.

Á P...

En insaciable sed de amor y gloria,  
ardió mi pecho en juventud florida:  
luché, y la noble palma apetecida  
puso en mis sienes la inmortal victoria.

Negra fué, en cambio, del amor la historia:  
que el alma triste, de su dardo herida,  
una esperanza y mil lloró perdida,  
en vez del oro hallando vil escoria.

La nieve empieza á coronar mi frente;  
y encendido por tí, de amor abrigo  
dentro del corazón volcan rugiente.

(1) Alude á la gloriosa muerte del menor de sus hijos D. Alfonso, teniente de infantería, acaecida después de haber tomado el fuerte de Mendemiguel, en San'a Bà-bara de Oteiza, el 30 de Enero de aquel año.

Gloria y amor gozar quiero contigo;  
mas si la pura fé tu lábio miente,  
amor y gloria, cual Satán, maldigo!

Á E...

¿Dónde aprendió, mi bien, tu dulce acento  
á modular la célica armonía  
que á torrentes inunda el alma mía?...  
¿Por qué á otro mundo trasportar me siento?

Sueltas la voz en lánguido concento  
y el pecho desfallece en la agonía;  
truenas, y el alma airada desafía  
al leon, al hombre, al huracan violento.

Canta! Las gracias que tu voz encierra  
sobre el doliente corazón derrama,  
y el duelo atroz, que lo abatió, destierra.

Mas ¡oh!... Suspende el vuelo que te inflama:  
que no florecen ángeles la tierra,  
y torpe envidia lo que anhela infama!

Á...

Y eres tú la que en dulce estrecho lazo  
ventura inagotable me ofrecias?..

Tú, la que el santo juramento hacias,  
de no dar á mi amor trégua ni plazo?...

Oh! Te cansaste ya!... Del vil regazo,  
dó hallaron luz las esperanzas mías,  
la pura fé, que pérfida mentías,  
lanzó de Judas el infame abrazo.

No esperes mi perdon!... Llama de infierno  
impía derramaste en mis entrañas,  
que me devora con dolor eterno!



Y aunque en llanto faláz, el rostro bañas,  
no esperes, no, que me conmueva tierno:  
si una vez me engañaste, hoy no me engañas!

Á MARÍA

¿Qué es esto que hay en mí?... Si ayer mi pecho  
tranquilo y libre de temor latía,  
¿por qué hoy lleno de afán, lucha y porfía  
prestando al corazón ámbito estrecho?...

¿Por qué, el alma suspensa, á mi despecho  
á tí se vuelve y trémula te envía  
el ¡ay! que agita la existencia mía,  
y en llanto anega el solitario lecho?...

¿Es esto amor, María? Si en tu alma  
este dulce gemir grato resuena,  
concede á mi dolor la ansiada palma.

Mas si lo oyeres, á mi llanto ajena,  
ó tórname por Dios la antigua calma,  
ó déjame más bien, morir de pena.

Á RAFAELA

Adios! Adios, por siempre, Rafaela!  
A hundirte vas en celda solitaria,  
y el fuego de tu amor suerte precaria,  
cual mentido volcán, injusta vela.

El mísero dolor, que te desvela  
no manche, no, tu mística plegaria,  
y bajo yerta losa funeraria  
el ¡ay! sepulta que tu afán revela.

Ah! No mientas á Dios!... Si el pecho mío  
en hiel rebosa y mi turbada mente  
perdida vaga en lóbrego vacío, —

no llores más por mí... Dios lo consiente...  
Deja que sufra el mal, con que porfío,  
mientras negro crespon cubre mi frente.

Á R...

Cada vez que te ausentas, alma mía,  
la luz se nubla de mis tristes ojos;  
y henchido el pobre corazón de enojos,  
salir del pecho, por seguirte ansía.

Vuelves, y ese mirar que me extasía,  
en dulces flores trueca los abrojos:  
hablas, y fluye de tus labios rojos  
el bien que el cielo, por tu amor, me envía.

Ah! No te ocultes más, astro divino,  
á quien busca tu lumbre soberana,  
perdido el faro en gélido camino.

Acaso alumbres la postrer mañana  
que me concede el mísero destino!  
Por siempre brille en mí tu luz temprana!

.....

Ave, que el vuelo de lejanos climas  
tendistes, y cruzando hirvientes mares,  
buscaste ansiosa los sagrados lares  
dó en la pristina estirpe te sublimas.

Tú, que al domar las empinadas cimas,  
disipando tormentas á millares,  
nueva oliva trajiste á los hogares,  
que en paz eterna seductora animas, —

¿por qué del dulce pecho hondo quejido  
lanzas al despuntar la bella aurora,  
en la callada noche repetido?



¿Qué mano fué la que te hirió traidora?  
Si puede tu dolor ser comprendido  
habla, y éco tendrás en el que llora.

### Á UNA ESTRELLA

Sublime y pura y misteriosa estrella,  
que, mi alma iluminando, resplandeces,  
y del gozo eternal el bien me ofreces  
con el dulce fulgor de tu luz bella:

tú, que mi llanto ves y mi querella,  
¿por qué al dolor que te mostré, ensordeces?  
¿Por qué en tu viva llama te oscureces,  
cuando mi ardiente afán se fija en ella?

Deja ¡oh mi bien! que tu esplendor divino  
torne á mi seno la perdida calma,  
rompiendo el lazo á mi cruel destino.

Ciñe á mi frente de tu amor la palma:  
que en tu luz y en tu aliento peregrino  
su inextinguible sed aplaque el alma!

## TRADUCCIONES HEBREAS

### SALMO CIV DE LA BIBLIA

Bendice al Hacedor, dulce alma mia!  
Ihowáh! Mi Dios!... Que así te engrandeciste!  
La majestad en tí resplandecía  
y hermosura vestiste:  
envuelto en pura lumbre,  
eras, Señor, en ignorada cumbre.

Los cielos extendió tu excelsa mano,  
como inmensa cortina trasparente;  
y á las aguas tu aliento soberano  
altura dió eminente:  
son tu carroza nubes...

Del viento en alas al empíreo subes.

Hiciste al huracán tu mensajero,  
y tu ministro al fuego flameante...  
Tú, que clavaste ¡oh Dios! el orbe entero  
en ejes de diamante,  
dó libre de ruina,  
á la postrera eternidad camina.

El hondo abismo, con su oscuro velo,  
de sólio te sirvió!... Sobre los montes  
las aguas se asentaron junto al cielo,  
sin diques ni horizontes!  
Mas tu aspecto temblaron  
y á la voz de tus truenos se apartaron.  
En rápida corriente á la montaña



ascendieron, bajando al valle umbrío;  
y allí domó su rebramante saña  
tu excélsio poderío:  
que en menudas arenas  
tu mano les forjó férreas cadenas.

Tú eres, Señor, quien á las dulces fuentes  
sueitas, y en apacibles arroyuelos  
congregas sus clarísimas corrientes,  
que entre cuajados hielos  
ya murmuran y ondean,  
y en las faldas del monte, ya serpean.

A sus márgenes llega el leon rugiente,  
y corre al par el cándido cordero,  
que anhela quebrantar la sed ardiente  
en limpio abrevadero:  
todo animal bravío

su ardor aplaca en tan sabroso frío.

Sobre ellas fija el regalado asiento  
el ave de los cielos voladora,  
y entre las verdes hojas lanza al viento  
su alegre voz canora:  
su cantar peregrino,  
misterio santo de tu amor divino.

Tú eres, Señor, quien de sublime altura  
al monte llueves y á la prócer sierra:  
del fruto de tus dones sin mesura,  
hartaráse la tierra;  
do quier brotando el heno  
que paca el bruto, de zozobra ajeno.

Tú al hombre das la yerba aljofarada  
que el pan le ofrece y su afanar mitiga,  
y el vino bullidor de vid preciada  
que alegra su fatiga:  
su faz con el aceite

brilla y su corazón con el deleite.

Tú saciarás tus árboles umbrosos  
y los cedros del Líbano eminente  
que tu mano plantó, donde amorosos  
nidos el ave asiente;  
dó piadosa cigüeña  
su albergue labre con marchita leña.

Tú los montes altísimos criaste,  
dó la silvestre cabra al cielo toca,  
y al conejillo tímido abrigaste  
bajo la firme roca,  
donde, libre de susto,  
mudo bendecirá tu nombre augusto.

Hicistes ¡oh Señor! la blanca luna;  
y á eternas leyes sujetó su paso!...  
Hiciste el sol; y al desdeñar su cuna  
reconoció su ocaso:  
soltando las tinieblas,  
de oscuridad el universo pueblas.

Y es noche!... Y abandonan la espesura  
las fieras: por do quier rujen hambrientos  
y buscan los leoncillos con bravura  
la presa macilentos:  
raya el sol fulgoroso  
y en sus guaridas tornan al reposo.

Entónce el sosegado y dulce lecho  
con solícito afan el hombre deja;  
y ya mueve el hazada en su provecho,  
ya la aguzada raja,  
hasta que el alto monte  
oculta al claro sol en su horizonte.

¡Oh, cuál sé derramaron y cuán bellas  
de tus manos sañeron tus creaciones!  
Tu infinito saber pregonan ellas!



De tus preciados dones  
está la tierra henchida  
y á bienadanza perenal convida.

Ese ancho mar de brazos extendidos  
á reptiles sin cuento dá morada:  
allí surcan los grandes y temidos,  
y el pequeñuelo nada:  
allí bogan las naves,  
y juega el Leviatan, de miembros graves.

Todos de Tí, Señor, todos esperan,  
que benéfico envíes el sustento;  
y tus altos decretos no se alteran!  
Les das, cobran aliento;  
abres tus largas manos,  
y se hartan de tus bienes soberanos.

Encubres tu semblante y se estremecen,  
y giran en el antro conturbados!  
Su espíritu recoges, y perecen  
á su polvo tornados!  
Mas si tu soplo envías,  
viven, y el ancha tierra á nuevos días,

Á Dios la gloria para siempre inunde!  
Las obras goce que su Sér recrean!  
Él, que mira á la tierra y la confunde:  
las montañas humean  
al tocar de su dedo!

Á Ihowáh cantaré, por siempre, ledo!  
Ensalzaré á mi Dios mientras aliente,  
y le serán sabrosos mis loores!  
No habrá en la tierra ya proterva gente,  
ni ciegos pecadores!  
Es Ihowáh mi alegría:  
¡bendice al Hacedor, dulce alma mia!

## SALMO CXIV DE LA BIBLIA

CXIII DE LA VULGATA

Cuando salió Israél del fiero Egipto,  
la estirpe de Jahacob enaltecida,  
de entre el pueblo maldito  
y de opresion infanda á dulce vida,  
entónces fué para eternal morada  
elegida Judáh por el Dios fuerte;  
y á la cumbre empinada  
alzó de su poder al pueblo inerte.

El mar lo vió!... Y sus ondas reprimiendo,  
huyó al profundo abismo... Su corriente  
rápida suspendiendo,  
volvió el Jordán á su primera fuente.

Los montes, como próceres carneros,  
á su presencia de placer saltaron:  
cual tímidos corderos,  
las humildes colinas retozaron.

¿Qué hay á tu vista, ¡oh mar impetuoso!  
que huyendo, así descubres tus arenas?...  
Y tú, Jordán undoso,

¿por qué vuelves tu curso y lo refrenas?

¿Por qué saltais, los montes encumbrados,  
como alegres carneros y arrogantes?...

¿Por que, humildes collados,  
triscáis, á los corderos semejantes?...

Del Señor sacrosanto en la presencia  
yo, tierra, conturbado me confundo:  
ante su pura esencia  
ante el Dios de Jahacob se humilla el mundo.



Él es quien trueca la robusta roca  
 en límpida laguna y trasparente;  
 y á la sedienta boca  
 en duro pedernal dá clara fuente.

21 de Enero de 1849.

## SALMO CXXXVII DE LA BIBLIA

CXXXVI DE LA VULGATA

Sobre los rios de Babel temida,  
 allí nos asentamos;  
 y al recordar nuestra Sion querida  
 con lágrimas lloramos.  
 De los sáuces que entoldan sus riberas,  
 dentro ya de sus muros,  
 colgamos nuestras arpas lastimeras  
 entre los hierros duros.  
 Que allí nuestros tiranos con desdoro  
 cánticos nos pedian;  
 y júbilo á las cítaras de oro  
 que en las ramas pendian.  
 ¡Cantadnos de Sion el dulce canto!...  
 ¡Ay!... ¿Cómo en tierra ajena  
 cantaremos de Dios el himno santo,  
 transidos de honda pena?...  
 ¡Si de tí me olvidare sólo un punto,  
 dulce Solima nuestra,  
 olvídeme en la tierra todo junto!...  
 Olvídeme mi diestra!...  
 Quede mi lengua al paladar pegada  
 si no te recordare;

si en mis delicias, ¡oh Salem precial!  
 mi voz no te ensalzare!...  
 Ihowáh, recuerda á los de Edom sangrientos  
 y de Salem el día...  
 ¡Descubrid, descubrid sus fundamentos!...  
 Su lengua vil decia.  
 Hija de Babilonia, la asolada!...  
 Dichoso el que te pague  
 tal galardón!... El que la diestra armada,  
 como estragas, te estrague!...  
 Glorioso el que colmándote de duelos  
 y amargas desventuras,  
 te robe y despedace tus hijuelos  
 contra las rocas duras!

22 de Enero de 1849.

## ALABANZA CXVII

Es de Ihowáh la tierra,  
 cuyos ámbitos mide con su mano.  
 El mundo, y cuanto encierra  
 el árduo monte y el inmenso llano.  
 Por que Él sobre los mares  
 fijó un indestructible fundamento:  
 y en marmóreos pilares  
 le dió sobre los rios firme asiento.  
 ¿Quién subirá á la altura  
 del monte de Ihowáh?... Ni ¿quién osado  
 se alzaré por ventura,  
 dó mora Dios, de santidad velado?...  
 Sólo el limpio de palma



y puro corazón, que en vil tumulto  
 no levantó su alma,  
 ni al falaz juramento rindió culto,  
 recibirá la eterna  
 bendición de Ihowáh, santa y sublime;  
 y la justicia interna  
 del Dios de salvación que lo redime!  
 Esta la estirpe clara  
 de sus adoradores, escogidos...  
 Los que buscan tu cara...  
 Los de Jahacob, en gracia enaltecidos!  
 Alzad, pórticos de oro  
 vuestras cimbrias!... ¡Oh puertas inmortales,  
 abrid vuestro tesoro!...  
 Que llega el Rey de gloria á sus umbrales!...  
 —¿Quién es el Rey de gloria?...  
 —Ihowáh, el Señor, el fuerte, el valeroso,  
 el Dios de la victoria,  
 temible en las batallas, y animoso!  
 Alzad, pórticos de oro  
 vuestras cimbrias!... ¡Oh puertas inmortales,  
 abrid vuestro tesoro!  
 Que llega el Rey de gloria á sus umbrales!  
 —¿Quién es el Rey de gloria?...  
 —El Dios de Sabahoth, sublime y santo!  
 Dios de eternal victoria!  
 Él de gloria es el Rey! Él nuestro manto!

## ÍNDICE

	Págs.		Págs.
PRÓLOGO de D. JUAN VALERA...	v	La hoja del álamo.....	196
POESÍAS VARIAS.....	1	EPÍSTOLAS.....	201
Inspiración en el Escorial.....	3	A mi querido amigo D. Francisco Rodríguez Zapata.....	203
A la creación del Teatro Español.....	13	Al Sr. D. Ventura de la Vega, pidiéndole una cita.....	210
En el álbum de la Sra. Doña Tomasa Andrés de Breton de los Herreros.....	27	Al Excmo. Sr. D. Jacobo María de Parga, insigne cultivador de las letras y de las ciencias naturales.....	211
Palimpsesto.....	29	Al Sr. D. Ramon de Campoamor y Osorio.....	216
A P.....	36	Al Excmo. Sr. D. Jacobo María de Parga, con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca.....	220
En la muerte de D. Alberto Lista.....	38	A Fernan Caballero.....	225
Cuerpo y alma.....	45	Al Sr. D. Joaquin José Cervino, pidiéndole unas antiguallas... ..	229
En el álbum de la Marquesa de Rianzuela.....	47	El Monasterio de Piedra. — Al Sr. D. Juan Federico Muntadas.....	233
A E.....	48	ODAS, SONETOS y TRADUCCIONES HEBREAS.....	241
A la niña Pilar en sus días... ..	51	ODAS. — Á la paz... ..	243
A una amiga.....	53	A Doña Isabel II, en su mayoría de edad.....	248
Luz y sombra.....	54	Victorias de África.....	252
Jesús perdido.....	56	A la inauguración de la estatua que al Maestro Fray Luis de Leon consagra el amor nacional en Salamanca.....	258
Recuerdos de Baena.....	62		
ROMANCES.....	65		
El Infante don Juan Manuel... ..	67		
La palabra del Rey.....	78		
Abú-Said en Sevilla.....	105		
El Rey y la Iglesia.....	126		
La arrogancia francesa.....	136		
El Faquih de Güerba.....	156		
La bandera del honor.....	183		
Respuesta de Zayde al desafío de Tarfe.....	190		
Romance morisco.....	193		

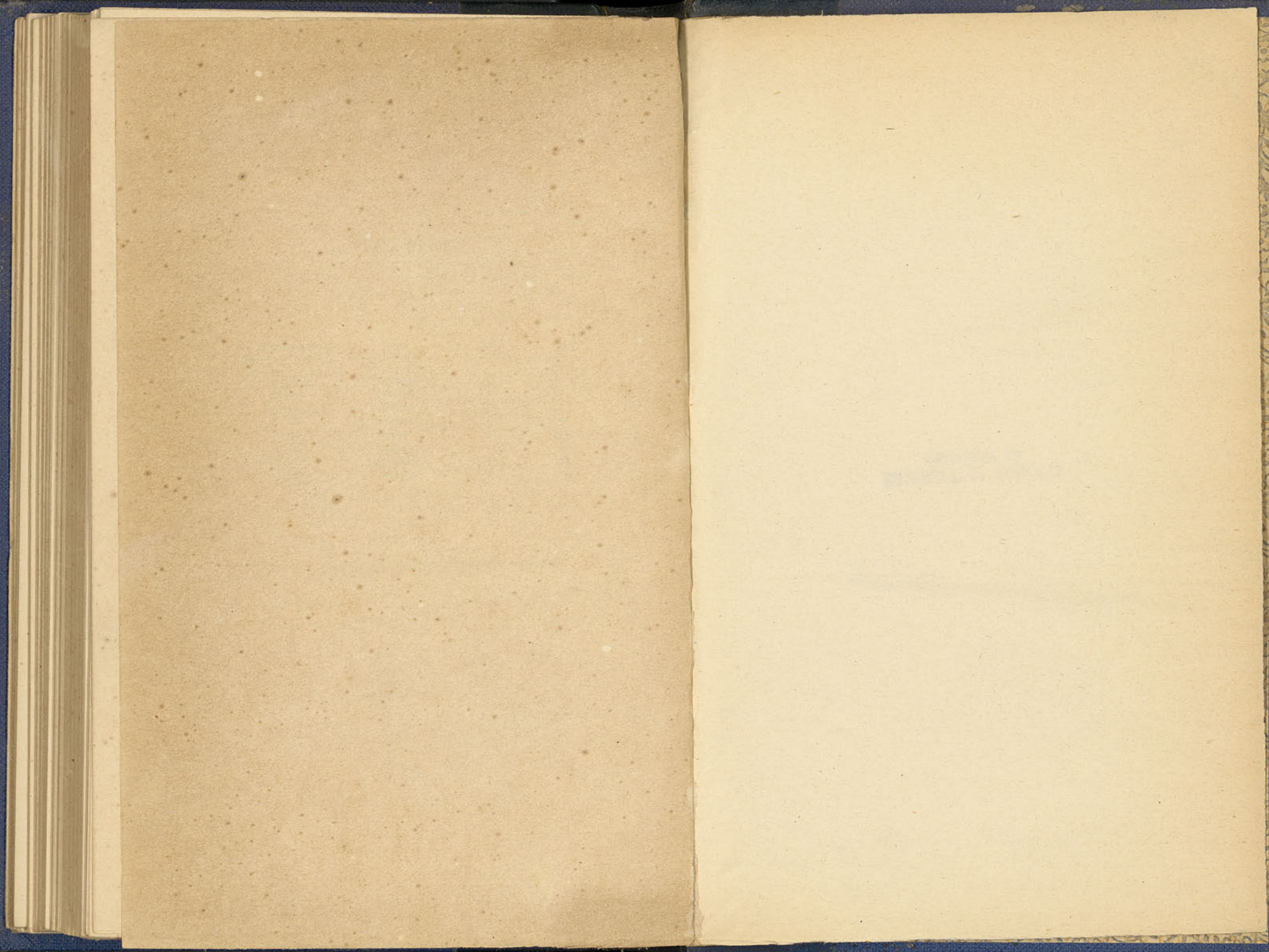


Págs.	Págs.		
SONETOS.— Á Pablo de Céspedes. . . . .	263	A Amador de los Ríos, contestando á un soneto con los mismos consonantes. — V. . . . .	275
A mi hijo Gonzalo. . . . .	263	A Carolina Coronado, respuesta. — VI. . . . .	276
A Isabel II, en su enlace. . . . .	264	Contestacion. — VI. . . . .	276
A un ruiñeñor. . . . .	265	A Carolina Coronado. — VII. . . . .	277
A los 45 años. . . . .	265	A Amador de los Ríos (contestacion). — VII. . . . .	277
..... . . . .	266	En la tumba de Breton de los Herreros. . . . .	278
A la Virgen del Mar, en Almería. . . . .	266	A. . . . .	278
A Láyda. . . . .	267	A S. M. el Rey don Alfonso XII, en su llegada á Madrid el 14 de Enero de 1875. — I y II. . . . .	279
Don Enrique de Villena. . . . .	268	A S. M. el Rey don Alfonso XII, en su triunfal entrada en Madrid el 20 de Marzo de 1876. . . . .	280
En el álbum de la Alhambra. . . . .	268	A P. . . . .	280
A. . . . .	269	A E. . . . .	281
A la Srta. Doña Josefa Burillo, al celebrar sus desposorios. . . . .	269	A. . . . .	281
A la Srta. Doña Petra Solis de Acuña, en el día de su matrimonio. . . . .	270	A María. . . . .	282
<i>Controversia.</i> — Á Carolina Coronado. — I. . . . .	271	A Rafaela. . . . .	282
A Amador de los Ríos, contestándole al correr de la pluma. — I. . . . .	271	A R. . . . .	283
A Carolina Coronado, contestando. — II. . . . .	272	..... . . . .	283
A Amador de los Ríos, réplica. — II. . . . .	272	A una estrella. . . . .	284
A Carolina Coronado. — III. . . . .	273	TRADUCCIONES HEBREAS. — Salmo civ de la Biblia. . . . .	285
Contestacion. — III. . . . .	273	Salmo cxiv de la Biblia. . . . .	289
A Amador de los Ríos. — IV. . . . .	274	Salmo cxxxvii de la Biblia. . . . .	290
A Carolina Coronado, respuesta. — IV. . . . .	274	Alabanza cxvii. . . . .	291
A Carolina Coronado (continuacion). — V. . . . .	275		

## ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
21	16	disessas	diosessas
27	5	Éstonçe	Estonçe
37	16	regalado	regalada
109	4	asesinos	asesino
145	10	proso	preso
147	32	ropa	tropa
195	33	cambiaranse	cambiaráanse
200	6	sútiles	sutiles







Biblioteca de  
RUSSELL P. SEBOLD

450  
2



